

S. IIIIC

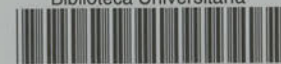
DE POETA

(ABARYC)



DRPS
FA
723

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500769816

S. 1916

EL PORTA

ABANYE

Ex Libris



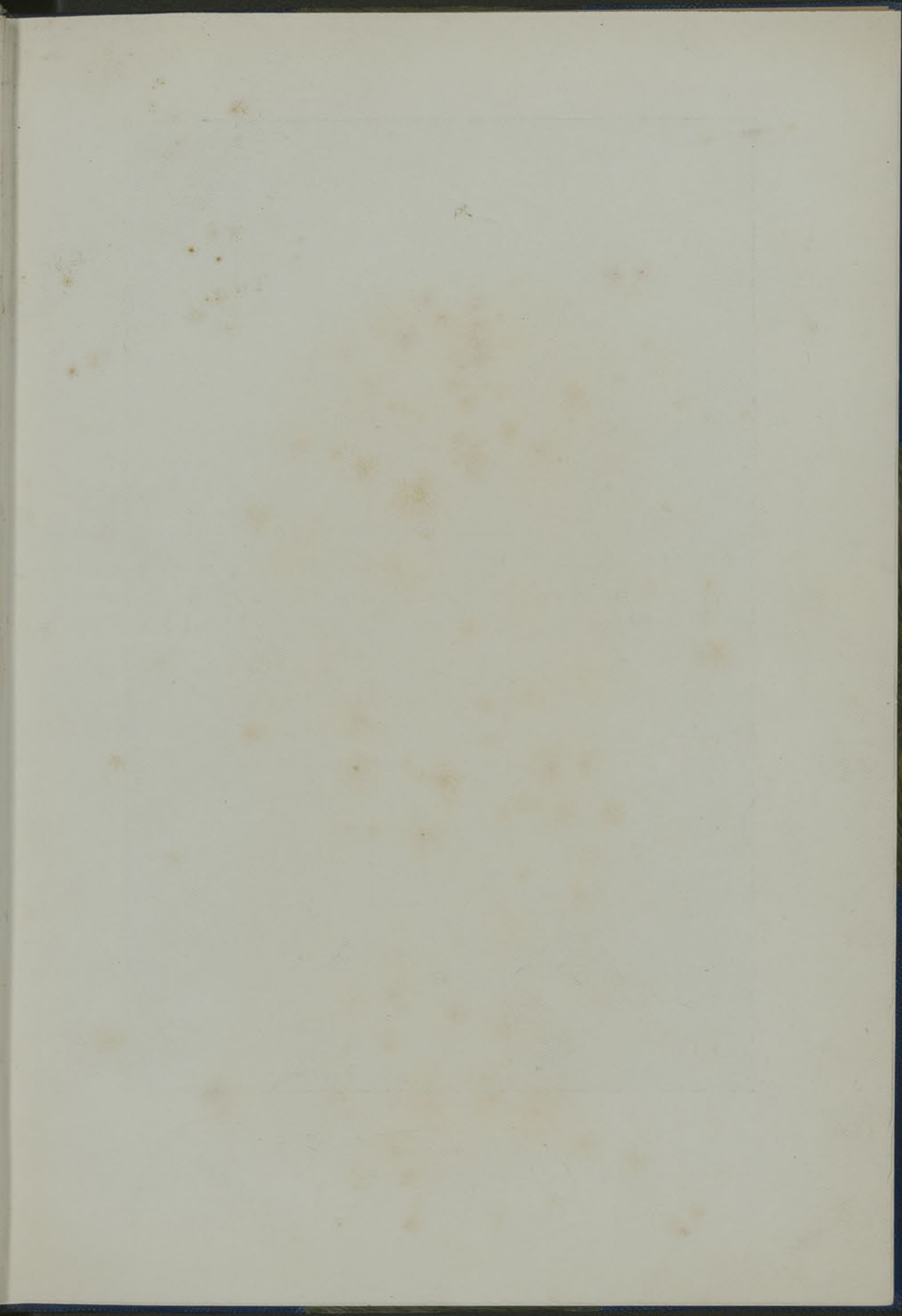
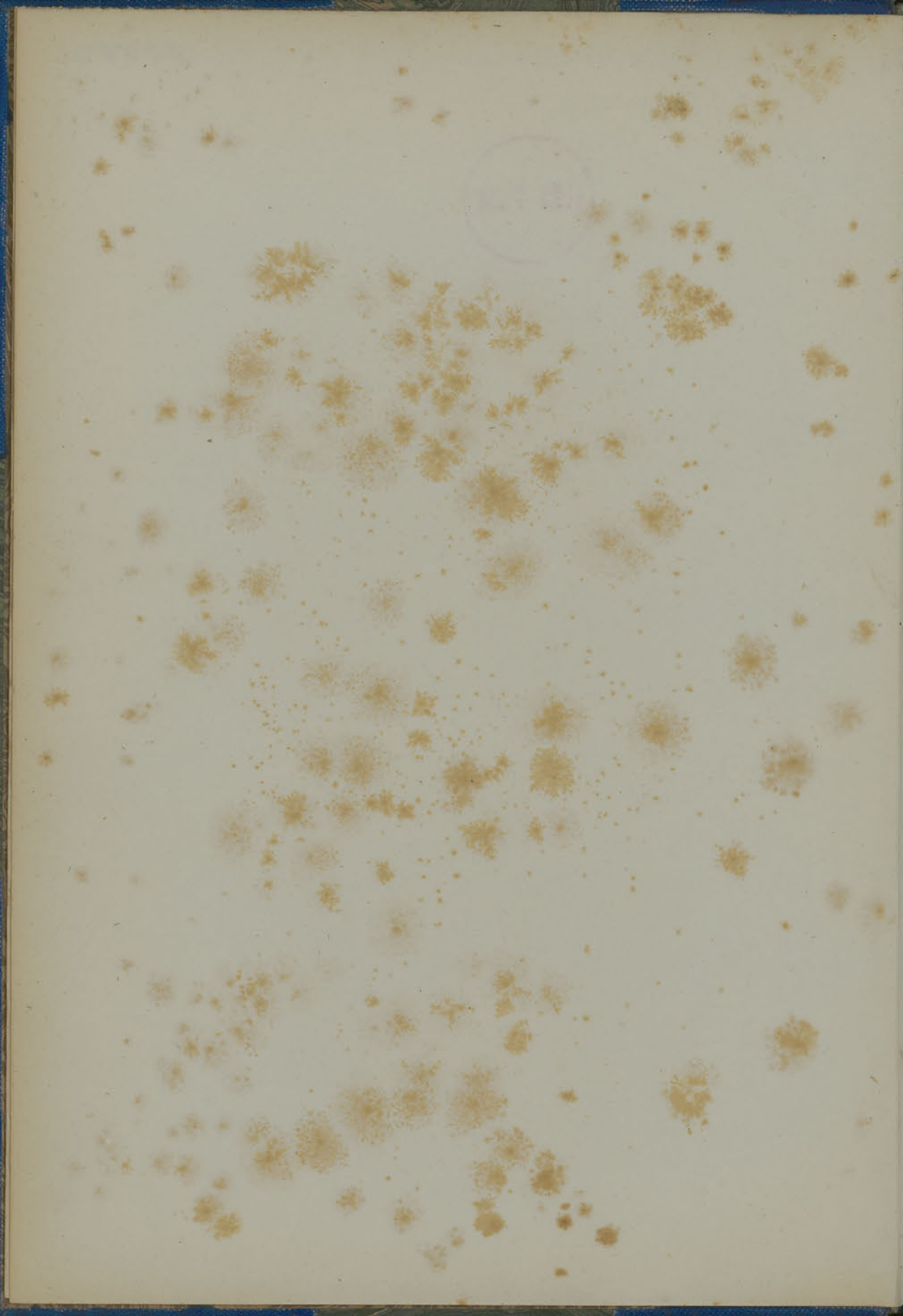
Russell Perry Sebold III

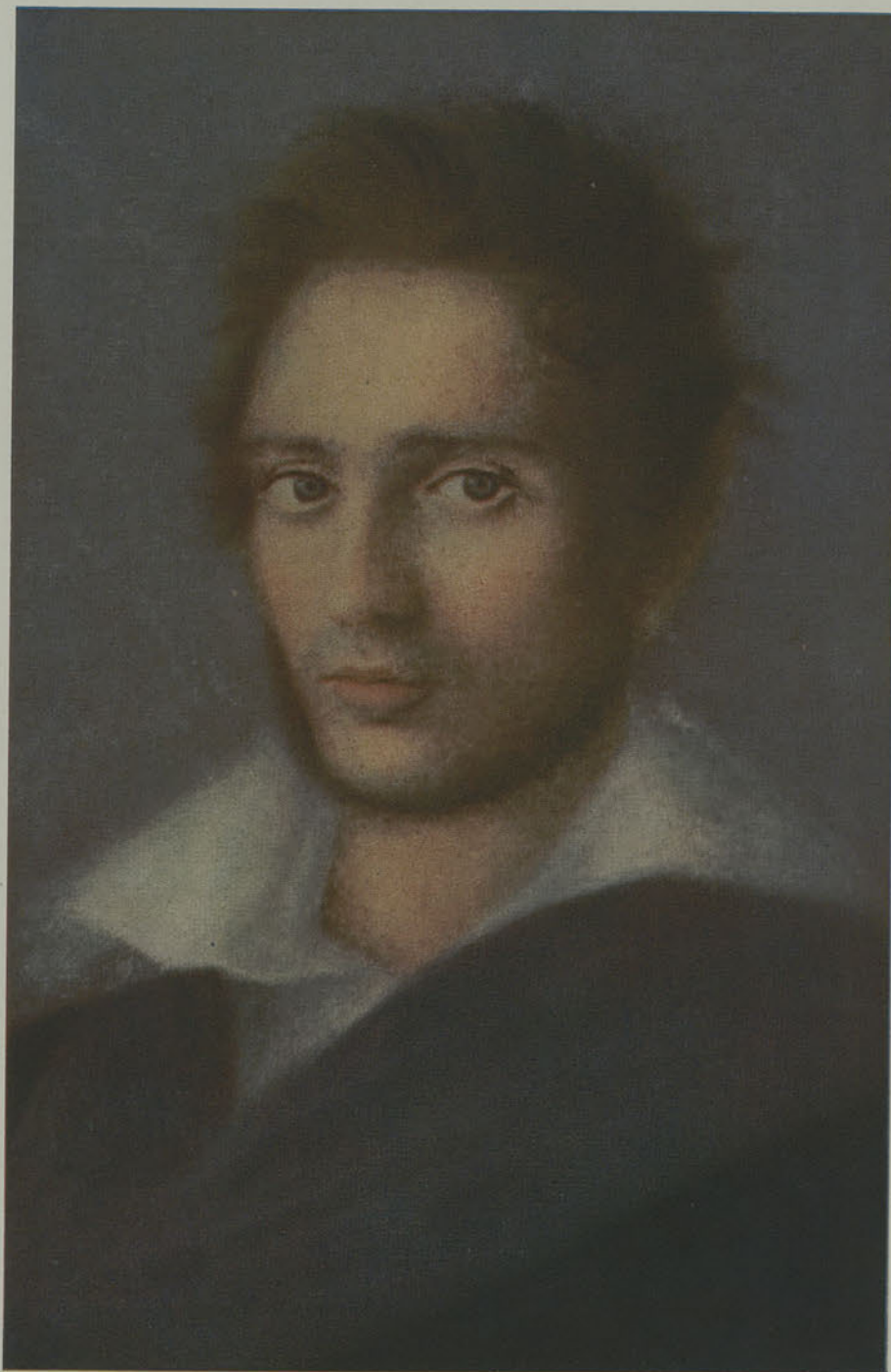
FL DRPS FA/0723

0500769816

10000







Cabanyes
BP

SEBASTIÁN PUIG
CANÓNIGO DE LA S. I. C. B. DE BARCELONA

EL POETA
CABANYES

NOTAS BIOGRÁFICAS
"PRELUDIOS DE MI LIRA" Y OTRAS POESÍAS
DOCUMENTOS

BARCELONA
OLIVA DE VILANOVA, IMPRESOR
MCMXXVII

Nihil obstat
El Censor,
JAIME BARRERA ESCUDERO, Pbro.

Barcelona, 14 de julio de 1927

• Imprimase,
JOSÉ, OBISPO DE BARCELONA

Por mandato de su Excia. Ilma.,
DR. FRANCISCO M.^a ORTEGA DE LA LORENA
Canciller-Secretario

*A la buena memoria de
Sebastián Puig y Catasús y Gertrudis Carsi y Plana
colonos de la «Masia En Parellada»
durante la vida del Poeta*

NOTAS BIOGRÁFICAS

NOTA PRELIMINAR

LOS RETRATOS DE CABANYES

No cabe ilustrar un libro como el presente, a pesar de la riqueza de imágenes que sugiere cada una de las poesías de nuestro vate. Hemos querido tan sólo adornar la cubierta con un fidelísimo perfil de la casa de campo en que Cabanyes pasó al lado de su madre tantos días de su vida. Las líneas severas y clásicas de esta fachada parecen hijas de la misma inspiración de los «Preludios».

Pero al lado de la fisonomía moral del malogrado joven no estará de más presentar su efigie corporal, de la cual podemos ofrecer dos versiones inéditas. La una, en colores, fué pintada al pastel por Sinibaldo de Más, el intelectual adiestrado en todas las disciplinas de la cultura. Los rasgos de sus lápices sólo por un milagro han resistido a la acción del tiempo, pues ningún fijativo contribuyó a adherirlos al papel atirantado por frágil bastidor.

El otro, de ignorado autor, dibujado en lápiz plomo sobre papel muy liso de tono ligeramente rosado, pertenecía a la rama de Cabanyes establecida en Madrid y parece un homenaje póstumo. Las espaldas salen de ligeras nubes, simbólicas de una glorificación familiar.

Ambos retratos, a pesar de ser tan distintos, tienen de común la expresión adolorida, soñadora y noble. La juventud, que ya se adivina en el pastel de Más atacada por secreta dolencia, no ha dejado ningún rastro en la cara madurada por el sufrimiento, cuyo recuerdo cristalizó entre los deudos del Poeta al morir éste y que hicieron representar por experto lápiz en la imagen ovalada, conocida por nosotros en el curso de la impresión del libro gracias a la gentileza de Alejandro de Cabanyes. La intercalamos antes de los «Preludios».

MANUEL DE CABANYES Y BALLESTER, inspirado cantor de la guerra de la Independencia, nació en Villanueva y Geltrú el 27 de enero de 1808, en los mismos días en que penetraban en España las tropas napoleónicas. Pocas horas después, siguiendo la piadosa práctica de la época, fué bautizado en la parroquial iglesia de San Antonio, imponiéndosele los nombres de Manuel, Nicolás y José Oriol. A los seis meses el ilustre Obispo barcelonés D. Pablo Sitjar, de paso en Villanueva hacia la emigración, con motivo de la ocupación de Barcelona por los franceses, le administró el Sacramento de la Confirmación. Seis años contaba Manuel cuando por muerte de su padre D. Lorenzo de Cabanyes y Fusté⁽¹⁾ hubo de encargarse de su educación su madre Catalina Ballester de Carro,⁽²⁾ mujer de grandes dotes, que supo imprimir en su corazón las virtudes religiosas y morales de que dió después alto ejemplo. La docilidad y gratitud del poeta,⁽³⁾

(1) Era natural de Argemón, habiéndose dedicado al comercio y ejercido como su padre el cargo de familiar del Santo Oficio. El Rey D. Carlos IV, en premio de sus méritos y servicios, por diploma de S. Lorenzo del Escorial de 15 de noviembre de 1805, le concedió, para sí y sus descendientes directos, el título de Caballero. Alégase para ello en dicho diploma haber D. Lorenzo de Cabanyes y Fuster seguido sus estudios en el renombrado Colegio de Francia de Sorese, dedicándose al comercio, siendo poseedor de una Casa-fábrica de aguardientes, con grandes almacenes, en los que tenía empleados veinte o treinta jornaleros diarios, sin otros muchos ocupados en el acarreo de vino y leñas, tratándose con la mayor decencia y esplendor y siendo su casa una de las más visibles de Villanueva. Añádese que después de haber fijado su domicilio en Villanueva, había ejercido en dicha Villa con la mayor honradez el empleo de Regidor Decano y los cargos de Procurador Síndico General, Primer Obrero de su iglesia parroquial y Promotor de defensa del partido, nombrado por el Gobernador de Tarragona, desempeñando este último con el mayor celo cuando la guerra de los franceses. Elogia especialmente el citado diploma la caridad que había demostrado el agraciado el año 1791, con motivo de la general calamidad, abriendo a sus costas en su propia casa una olla pública que distribuía los días festivos cuatrocientas raciones, sin contar las que se daban secretamente a familias pobres vergonzantes y a otras gentes necesitadas por carecer de jornal; así como el patriotismo de su hermano Juan Bautista, que había acudido con cien hombres de somatén, mantenidos de su propio peculio durante tres meses, para sostener el ejército, siendo elegido comandante del Cuerpo.

(2) A la edad de veintidós años había casado D. Lorenzo, en Villanueva, con D.^a Josefa Almirall, de S. Pedro de Ribas, de la que hubo varios hijos, sobreviviéndole tan sólo su hija Mariana. A la muerte de su primera esposa, pasó a segundas nupcias con D.^a Catalina Ballester, de la que hubo otros cuatro: José Antonio (1797), Joaquín (1799), Manuel (1808) y María de los Dolores (1812).

(3) Confirman esta docilidad las tres cartas autógrafas de Cabanyes de 1822 y 1824, que no son más que encargos de su madre, así como la de 10 de enero de 1833.

así como la solicitud amorosa de la madre,⁽¹⁾ inmortalizolas más tarde aquél en sus inspirados versos :

Una madre... ¡Ay! ¡Su corazón cuitoso
Si vieras cual palpita! ¡Si le vieras
Cuando a la Virgen del Dolor sus preces
Por sus hijos dirige!

Y al escuchar el parche de las lides
Cual tiembla, cual la vista hacia nosotros
Vuelve con amoroso afán y piensa :
¡Ay, Dios! ¡Si los perdiese!

¡Si la vieras, Corminas!... ¡Oh! Mi pecho
A los combates del poder, del oro,
De la opresión tiránica y del hado
Incontestable opongo;

Empero, a tanto amor, todo lo olvido,
Y oculto débil la sagrada llama
Que me inspiró y avergonzado escondo
Mi dolor y mi lanza.

Los disturbios políticos que agitaron aquel primer tercio de siglo obligaron a los Cabanyes a refugiarse en Barcelona,⁽²⁾ dando ocasión a que el poeta cursara humanidades en las Escuelas Pías de San Antón, en cuyas aulas el ilustre humanista Padre Ribera acercó a sus labios la copa de oro de la literatura clásica, que fué después el néctar predilecto de su espíritu.⁽³⁾

(1) Su primera estrofa alude, sin duda, a la tradicional devoción de la mujer villanovesa, que persevera todavía en la Ilustre y Venerable Congregación de Ntra. Sra. de los Dolores. D.^a Catalina ejerció en ésta, durante muchos años, el cargo de Priora, siendo de su tiempo, según las cuentas de su administración de 1813 a 1826, que posee la familia Cabanyes, la construcción del actual altar de la Sma. Virgen de los Dolores en la capilla del Santísimo Sacramento de la parroquia de S. Antonio.

(2) «La demas familia de Cabanyes durante aquella epoca se refugió en Barcelona hasta que al amenazar el exercito francés sitiar aquella ciudad se retiraron a Sitges y abonanzando los tiempos recobraron sus hogares». *Noticias cronológicas, genealógicas, biográficas e histórico-económicas de la Casa de Cabanyes en Villanueva y Geltrú*. Dietario manuscrito por D. José Antonio de Cabanyes, hermano mayor del poeta.

(3) Según se colige de las cuentas de gastos, fué colegial de las Escuelas Pías de S. Antón, de Barcelona, durante los cursos de 1816 a 1820. El cronista calasancio, P. Vidal, afirma que fué discípulo del célebre humanista P. Ribera; que se distinguió en los públicos exámenes de gramática castellana celebrados los días 7 y 8 de julio de 1817, bajo los auspicios del Excmo. Capitán General Castaños, y que terminó en 1819 en dichas Escuelas Pías los estudios de Retórica y Poética. «La cultura catalana y la Escuela Pía», artículo del Escolapio P. Antonio Vidal en la *Revista Calasancio* de febrero de 1922 (año XXXI, n.º 755). En el archivo Cabanyes consérvanse los libros de uso del poeta durante sus estudios en la Escuela Pía, a saber: *Breve tratado de Poesía latina y castellana, Arte de retórica, Modelos de Retórica, M. Tulli Ciceronis orationes selectæ y Q. Horatii Flacci Carmina expurgata*, todos los cuales están inscritos en su primera página a nombre de *Manuel Cabanyes colegial en Barcelona*. Forman también parte de esta colección, aunque no estén firmados por él, un *Virgilio*, editado por la imprenta de Brusi; un *Cornelio Nepos*, edición de Valencia, y una *Iliada*.

Consta por las cartas del sacerdote Morera que en el curso de 1820 a 1821 estudió en Cervera.⁽¹⁾ En este último año practicó durante las Carnestolendas en el Seminario de Paúles de Guissona ejercicios espirituales. ¿Sintióse en ellos llamado al sacerdocio? Así podría colegirse de haber cursado y probado en el siguiente año 1823 a 1824 Ética o Filosofía Moral en el Seminario de Tarragona;⁽²⁾ pero desvanecidos sin duda los indicios de vocación, como dan a entender sus cartas posteriores, emprendió la carrera de Derecho en la Universidad de Valencia.⁽³⁾

Estas son las únicas noticias que hemos podido recoger acerca de sus primeros estudios. Roca y Cornet, que le conoció muy a fondo y a cuyo relato habremos de referirnos con frecuencia, afirma que, creciendo con él el ansia de saber y anhelando extender cada día más la esfera de sus conocimientos, dedicóse a las matemáticas⁽⁴⁾ y a la historia, pero que sintió siempre en el fondo de su alma que era capaz de sublimarse en alas de su genio a la región de los hombres inspirados. La seductora poesía, añade, nació en él o casi pudiera decirse que constituyó una parte de su ser.⁽⁵⁾ No faltan indicios de que cultivó también la música.⁽⁶⁾

De ello deduce el Canónigo Baranera las características de Cabanyes: «En su vida el pensador cristiano era el Mentor del poeta. Por eso precisamente, porque buscaba el atajo más seguro que conduce a la verdad, para conocerla en el orden especulativo consagró sus vigiliass a la filosofía; para conocerla en el orden práctico, se dedicó con gran celo al estudio de la historia; porque le consumía el amor de la justicia, frecuentó la facultad de Derecho; para alcanzar la corrección aprendió las lenguas cultas antiguas y modernas, ejercitándose con incansable paciencia hasta los últimos años de su vida en la traducción del griego y del latín, del italiano, francés y otros idiomas europeos y porque estaba enamorado de la concisión y de la claridad se sujetó al método riguroso de las ciencias exactas y su amor

(1) Desconocemos los estudios a que se dedicó en ésta su primera estancia en Cervera.

(2) Nos ha transmitido esta noticia la instancia que poseemos dirigida por el ilustre Martí de Eixalá, en nombre de su condiscípulo Cabanyes, a las autoridades académicas de Cervera, solicitando la incorporación de dichos estudios. En el Registro de notas del Seminario tarraconense, correspondiente al año académico de 1823 a 1824, se lee: «Manuel Cabanyes de Villanueva y Geltrú — externo — con la calificación *habilis*. Se le libraron certificaciones de estudios en 23 de Junio de 1824 y en 25 de Junio y 27 de Diciembre de 1827».

(3) Según consta en el archivo de la Universidad de Valencia, cursó y probó en el académico de 1824 a 1825 el primer año de Instituciones Civiles y Derecho Romano, a cargo de D. Juan Bautista Aparici y Tena, Regente de dicha Cátedra, y en el de 1825 a 1826 el segundo año de dichas asignaturas, a cargo del citado Aparici y de D. José Miguel, sustituto.

(4) Enseñóle matemáticas y lenguas su tío paterno D. José M.^a de Cabanyes, después profesor de lenguas en la Academia de Artillería de Alcalá.

(5) «Noticia del Sr. D. Manuel de Cabanyes y de sus producciones», escrita por D. Joaquín Roca y Cornet para el opúsculo *Producciones escogidas de D. Manuel de Cabanyes*. Barcelona, 1858.

(6) En el ejemplar de los *Preludios de mi lira*, que perteneció a Soler y Pers y se conserva en la Biblioteca Museo Balaguer, léese manuscrito con el título «Amor y Fe», un «Adagio con espresione», composición musical para guitarra sobre la frase de la Canción: «Yo te adoré, cuando por vez primera; Yo te adoré, cuando benignas viera», que no sabemos con qué fundamento se atribuye al poeta.

a la armonía y a la belleza de la forma le llevó a restaurar el ritmo horaciano y la métrica clásica.»⁽¹⁾

* * *

Diez y nueve abriles contaba el poeta cuando por segunda vez se dirigió a Cervera para continuar sus estudios, del tercer año de Derecho.

Entonces debieron despertar con mayor viveza los impulsos de su vocación literaria, ganándole definitivamente la influencia universitaria para las letras.⁽²⁾ Al contacto directo de los grandes modelos de la belleza clásica, que se estudiaban en las aulas cervarienses, desplegaríanse ante su alma, virgen y ambiciosa a la vez, nuevos y fecundos horizontes; los ejemplos de santidad, encarnados en las Ordenes religiosas que allí brillaban, acabarían de grabar en su espíritu las normas prácticas del bien en que le iniciara su santa madre,⁽³⁾ y los anhelos literarios, políticos y sociales de la inquieta juventud que bullía en la Universidad, filtrarían definitivamente en su destinación espiritual las ideas madres de su pensamiento, a saber, la libertad, en el más noble sentido de la palabra, que no fué mera protesta contra la invasión territorial en la guerra de la Independencia, ni siquiera aversión a las trabas de la rima, sino más bien sacrosanta cruzada contra la esclavitud del alma por el error y el vicio; las de paz y amor en oposición a la lucha fratricida que ensangrentaba el suelo patrio; las de piedad, patria y religión y por no hablar sino de las que las compendian todas, sus dos grandes y supremos ideales: la verdad y la justicia, únicos derroteros de su camino.

No es la tierra el fin de mi viaje,
Y tú lo sabes: busco ¡ojalá llegue!
Busco de paz las plácidas moradas
Do la verdad es reina.

Do con balanza siempre igual, justicia
Al trabajado recto navegante
Da galardón sin fin, y al criminoso
Sin fin con rayo abrasa.

(1) «El clasicismo poético de Manuel de Cabanyes». Oración inaugural del curso académico de 1908 a 1909 del Seminario Conciliar de Barcelona, leída por el R. Dr. D. José Baranera, Pbro., Profesor de Literatura preceptiva, publicada en el *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado*, n.º 1425, págs. 24-79.

(2) «Poeta-producte d'universitat» llama a Cabanyes A. Esclasans en su estudio «La meva professió de fé», publicado en *La Revista* (CXIII-CXCVIII-192).

(3) En la nota de escritos entregados por el hermano del poeta a Roca y Cornet consta «Un legajito de apuntes sobre instituciones de Ordenes religiosas».

Su primera poesía,⁽¹⁾ la oda a la Reina D.^a Amalia, escribióla Cabanyes en Cervera el año 1828,⁽²⁾ mereciendo los honores de la publicación al lado de las composiciones de los primeros ingenios de la Universidad en el cuaderno oficial entonces impreso por la misma.⁽³⁾

Pertenece también a este primer período de su producción, si no es anterior, la traducción libre del original griego del fragmento de la Epístola de San Juan Crisóstomo a Eutropio y la de las fábulas de Esopo, que podrían ser ejercicios de clase.⁽⁴⁾ El tan discutido soneto «A Conrado», que publicó después por nota a sus Preludios notablemente modificado, fué, sin duda, un ensayo literario de sus primeros años, según se desprende del carácter de letra y composición del primitivo, que hemos encontrado entre sus papeles,⁽⁵⁾ a imitación de un epigrama de Alfieri ridiculizando a un Cardenal.⁽⁶⁾ No es por tanto de tomarse como segura norma de sus ideas religiosas, concretadas definitivamente en «La Misa nueva» que escribió más tarde, por lo cual, quizá, la incluyó en sus *Preludios* por nota, exclusivamente como única muestra de poesía rimada. En todo caso, esforzando el argumento, podría deducirse de la tendencia aparentemente anticlerical de la composición todo lo contrario de lo que pretenden sus apasionados panegiristas.

(1) Carecemos de datos para señalar orden cronológico a todas las poesías de Cabanyes. A la Oda «A la Reyna D.^a Amalia», escrita en abril de 1828, siguió, en 1829, la dedicada «A D. Pablo Alcover». La «Epístola I», está datada en 24 de octubre de 1830; la Oda improvisada «A D. Juan Corminas», es de 10 de noviembre de 1830; «La Independencia de la Poesía», de febrero de 1831; las poesías «Canción», «Canción del esclavo», «A*** Fatal lauro...» y «A*** Perdon...», pueden atribuirse a los años 1830 ó 1831; «La Misa nueva», la escribió en julio de 1831; «A la Luna», en 1832, y el «Cántico nupcial», en el mes de febrero de 1833.

(2) La transcribiremos tal como fué leída en Cervera delante de SS. MM. Después la modificó, según la publicó Roca y Cornet en sus *Producciones escogidas*.

(3) «Poesías con que la Universidad de Cervera celebra las virtudes de nuestros Reyes y Señores D. Fernando VII y D.^a María Josefa Amalia con la oportunidad de haberse dignado S. S. M. M. honrar con su Real alojamiento el grandioso edificio de dicha Escuela.» Cervera. En la imprenta de la Pontificia y Real Universiad. Por Bernardo Pujol. Año de 1828. Págs. 30-34.

(4) Comprenden desde la 1.^a a la 42 y parecen, por su letra, escritas antes del año 1828, quizá como ejercicios de humanidades en las Escuelas Pías de Barcelona.

(5) Las variantes de la citada composición, según el texto primitivo, son las siguientes:

«Soneto
Un animal de mi país.
Che sara quest' animale?
Alfieri, epigram.
1. Ves Fabio, aquel varón allí sentado
2. Con manos, ojos y robusta diente
5. Ves cual en la ardua lid el inflamado
6. Semblante brilla orondo y resplandeciente,
7. Más que entre pardas nubes el naciente
8. Ancho disco solar? Este es Conrado.
9. Siete horas al placer dedica
11. Seis en el seno de hembra corrompida.»

(6) El epigrama X de Alfieri dice así:

«Tutto rosso, fuor che il viso
Che sara quest' animale?
Molta feccia, e poco sale
L'han dagli nomini diviso...
E un cardinale.»

(Poesie originali di Vittorio Alfieri da Asti. Piacenza, 1810. Vol II, pag. 161.)

El poeta, a pesar de cuanto se ha supuesto, observó en Cervera una conducta irreprochable. (1) De ella da buen testimonio el cariño entrañable que le profesó, desde entonces, su propio maestro el canónigo Corminas, al que correspondió Cabanyes con cordiales y repetidos homenajes, entre ellos dedicándole, entre otras de sus mejores composiciones, su indiscutible profesión de fe católica, «La Misa nueva». (2)

Confirma nuestra tesis la pública distinción que le otorgó la Universidad al encargarle la composición de la citada oda para ser solemnemente leída ante los Reyes de España D. Fernando VII y D.^a María Josefa Amalia, en su visita a Cervera en 1828.

La comunicación oficial conque el ilustre Cancelario de la Universidad, D. Ramón Lázaro de Dou, daba cuenta en 16 de abril al Presidente de la Inspección General de Instrucción Pública de la Real visita, nos permite asistir todavía en espíritu a la glorificación de Cabanyes en Cervera.

Después de consignar que una comisión, presidida por él, había cumplimentado a los Reyes en Igualada, conviniendo la fecha de la visita, escribe: «En el 14 á las 11 de la mañana llegaron S. S. M. M. á Cervera: les recibió el claustro formado con las insignias: en la noche hubo besamanos de todas las corporaciones y después se echó un arbol de fuego, costado voluntariamente por los cursantes en un lugar apropósito para que S. S. M. M. sin riesgo alguno, verificándose lo mismo en todo el pueblo, pudiesen disfrutar de la función que fué lucidísima. En el día siguiente, 15, a las 10 de la mañana se dieron por mí, publicando despues lo hecho el padrino, dos grados de doctor el uno *gratis* a un cursante aprobado ya por esa Inspección General el cual con cinta en el pecho trahía la cruz de fidelidad (3) y el otro a un legista aprobado ya también. (4) S. M. tuvo la bondad de asistir con la Reyna Nuestra Sra., a la colación de los grados que duró muy cerca de hora y media; se me previno o se me mandó precediendo por nuestra

(1) Fuera del ilustre Ramón Martí de Eixalá no conocemos otros condiscípulos de Cabanyes. Sólo podemos indicar que durante la residencia del poeta en Cervera, defendieron conclusiones públicas de Leyes los alumnos Clemente Llozer y Cebriá, Domingo Dalmases y de Bufalá, José Balcells y Aleu, Francisco Galobardes y Sparch y Joaquín Fiter y de Roca, según consta en el *Libro de conclusiones de la Universidad de Cervera* que se conserva en el Archivo Biblioteca Universitaria. Del mismo, así como de los *Cuadernos de grados menores*, se colige que en la misma citada época cursaban en Cervera los alumnos villanoveses, hermanos Juan y Manuel Torrents y de Papiol, autor este último de una colección de poesías con el título *El obrero independiente* y de un *Manual de procedimientos*; Ramón Miró, Jaime Santacana, Pedro Mártir Pollés y José M.^a Ramón y Carci.

(2) «Después del hermoso artículo que en las Memorias se dedica a este malogrado joven, a fuer de reconocido al cariño con que siempre me miró desde que le alisté entre mis alumnos de la Academia de Oratoria de la Universidad de Cervera y de mi cargo; cariño al cual debí la «Oda a Batilo», contenida en sus *Preludios de mi lira*, y cuyo original conservo, séame permitido esparcir algunas flores sobre sus cenizas... una pasión decidida por la verdad y justicia y un ardiente deseo de saber constituían el carácter de su alma, el cual se revela en sus composiciones. Tenía cierta aversión a la rima, y su libre y valiente espíritu le movía a buscar nuevos rumbos al canto: marcha que sostenía con honor y sin duda hubiera dejado acreditado. Pongo a continuación una oda improvisada, con que después de responderme en 10 de Noviembre de 1830 quiso espresar su sentimiento sobre uno de los puntos de mi carta. Su estilo en prosa era galano, vigoroso y lleno de filosofía.»

(3) D. Francisco Serra, de la Facultad de Cánones.

(4) D. Joaquín Fiter y de Roca.

parte la solicitud correspondiente que yo gobernase la función del mismo modo que se hacía siempre en los demás grados y que todos los doctores estuviesen sentados con sus bonetes y borlas: asistió toda la servidumbre y entre ella dos o tres señoras de la misma. El maestro de ceremonias con su vara acostumbrada dirigió a todos al lugar de huéspedes, que es según nuestros estatutos y estilo regular, el inmediato al decano: la función salió muy bien tanto el padrino como los cursantes se desempeñaron con aplauso del público, lo cierto es que a mí se me ha mandado que se presentasen las oraciones que han echado los tres con firma y fecha. La capilla en donde se dan los grados es pieza excelente: está siempre lucidísima por sí y la sillería estaba magníficamente adornada.

»Después de verificada la función de la borla S. S. M. M. quisieron que los doctores y yo les acompañásemos a ver las aulas, la biblioteca y los planos con muchas preguntas sobre todo y con una afabilidad la más particular que podía dispensarnos la bondad de los Reyes.

»En la tarde a las 5 en punto mandó S. M. que se echasen los sonetos alternados con música: y S. S. M. M. tenían el impreso en la mano; tanto entonces como después parece que dieron muestras de parecerles bien lo que se había ideado y ejecutado. En cuanto a la idea del proyecto de los sonetos debo remitirme al prólogo que hice y que precede a las poesías.» (1)

Según el citado prólogo las poesías leídas ante SS. MM. fueron compuestas por el excatedrático de letras humanas de la Universidad D. Agustín Torres, Canónigo de Vich, quien escribió todos los sonetos, los catedráticos de teología y filosofía de la misma, el moderante de oratoria maestro del poeta (el citado Corminas) y dos cursantes sin grado mayor y al fin de la carrera que no eran otros que Pablo Alcover y su amigo Manuel de Cabanyes. (2) De las notas que hemos tomado en los papeles de Cervera, que se guardan en la Biblioteca Universitaria, hemos colegido que la oda a la Reina Amalia no la leyó personalmente Cabanyes ante SS. MM. sino tal vez el alumno Jacinto Díaz, después Catedrático de Literatura Griega y Latina en la Universidad de Barcelona.

No son pues de admitir sin maduro examen las varias versiones que se han dado de la supuesta expulsión de Cabanyes de la Universidad de Cervera, precisamente a continuación del triunfo poético a que hemos asistido, en castigo, según unos, de una vulgarísima farsa estudiantil (3) o de la pu-

(1) Documentación de la Universidad de Cervera.

(2) Lo mismo confirman el citado *Suplemento* al Diccionario de Torres Amat, por el propio Corminas, y el Diccionario de Elias de Molins.

(3) «Un día, cuando se sabía que había el Rey D. Fernando de visitar a Cervera llegó a escape, montado en un magnífico corcel, un jinete cubierto de polvo: era un correo de gabinete que anunciaba la llegada del Rey al que precedía a fin de mandar se preparasen para recibir dignamente al Monarca. Cuando se repusieron del susto advirtieron que el pseudo-correo de gabinete era Cabanyes. A no haber interpuesto su valimiento la familia y amigos del poeta pudo costarle cara la broma, logrando al fin que el castigo se redujera a salir de Cervera y continuar sus estudios en la Universidad de Valencia». Fabre y Oliver. Conferencia sobre Cabanyes, dada en el Ateneo Barcelonés, en 22 de mayo de 1897.

blicación, según otros, del citado soneto «A Conrado», al que, diz, se atribuyó la malévolamente intencional de ridiculizar a un profesor de la Universidad (1) según algunos, el de Derecho Canónico.

Descartada la primera hipótesis, por repugnar además a la seriedad del poeta, (2) la poesía que le dedicó aquel mismo año su compañero de triunfo Pablo Alcover, que debemos a la bondad de la Sra. Viuda de Roca, puede dar alguna luz sobre la segunda.

Según ella, Cabanyes fué realmente víctima en Cervera de una persecución literaria que le acarrió su afición a las bellas letras, pero desvanecida luego cual nube de verano la calumniosa imputación hija de la envidia y de la ignorancia, brilló esplendorosa y sin tacha la inocencia del poeta. Entonces fué cuando su amigo Alcover le dirigió la epístola gratulatoria que publicamos, celebrando su nuevo triunfo e invitando al *Cisne viajero* a pulsar otra vez la lira, *honor de Cataluña*, cantando las grandezas de la Ciudad de Sertorio, cuya Universidad le contaba ya en el número de sus laureados. (3)

Cabanyes no se hizo sordo al cariñoso llamamiento del amigo y respondiendo a su invitación escribió en el destierro, entusiasta canto, (4) no a las glorias de la histórica Huesca cuyas aulas lloraban ya su ausencia sinó al heroísmo de la inmortal Zaragoza, a cuya Universidad se había trasladado y en cuyo teatro mayor recibió solemnemente, el 22 de octubre de 1831, la

(1) «D. Manuel de Cabanyes». Estudio biográfico por D. Juan Fabre y Oliver. Artículos publicados en el *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer* en 1889. Aparte de la posibilidad de que este soneto sea anterior al año 1828, como hemos indicado, parece además inverosímil, si como se ha dicho fué causa de la supuesta expulsión, que, a los cuatro años, cuando tal vez todavía enseñara en Cervera el Catedrático ridiculizado, se atreviera el tímido Cabanyes a incluirlo en la colección de los *Preludios*, corregido y aumentado.

(2) En todos sus escritos muéstrase el poeta irreconciliable enemigo de toda ficción, por lo que ha merecido el dictado de poeta de la sinceridad. Su hermano José Antonio consigna en su *Dietario* citado, que aun siendo niño Manuel se distinguió por su seriedad, alejado siempre de los juegos propios de la infancia.

(3) Fué sin duda entonces cuando encargó a su amigo Martí de Eixalá que solicitara la incorporación a la Universidad de Cervera de los estudios cursados en el Seminario de Tarragona. Hemos, además, encontrado entre los papeles del poeta una certificación expedida en 18 de diciembre de 1828 por el Alcalde Mayor y Ayuntamiento de Villanueva y Geltrú, declarando que «D. Manuel de Cabanyes y de Ballester es sujeto de pacífica y arreglada conducta, de buena reputación, fama y honrados procederes, que no fué miliciano, ni perteneció tampoco a la última sublevación de la provincia y que goza del privilegio».

(4) En el libro de actas del claustro y grados menores de la Universidad de Huesca, correspondiente a los años 1826-1831, léanse los siguientes registros:

«Puntos para el bachillerato en Leyes de Cavanyes.

«Día 1 de Abril de 1829, ante el Dr. D. Vicente Diago como decano, se sortearon puntos para el grado de bachiller en Leyes de D. Manuel Cavanyes y Ballester, natural de Villanueva y Geltru, diócesis de Barcelona; y salieron los tres siguientes: primero, num. 66; segundo, num. 37; tercero, num. 14; y eligió el segundo, num. 37 que dice así: «si odes incendio combute fuerint finitur usufructuum et ne hereo quidem usufructuum debetur». 3, tit. 4, lib. 2, de que certifico. — Villanova.»

«Grado de bachiller en Leyes, Cavanyes. — Extracta. — Día 2 de Abril de 1829, ante el Dr. D. Vicente Diago, como decano, se graduó de bachiller en Leyes D. Manuel Cavanyes y Ballester, natural de Villanueva y Geltru, diócesis de Barcelona. Examinadores, los D. D. don Jaime Salas y D. José Moragas. Pregunta, don Francisco Falces. Aprobado, de que certifico. = Villanova.»

investidura del grado de Licenciado en Derecho, (1) que le mereció después el título de Abogado del Real Consejo. (2)

* * *

Algunos biógrafos de Cabanyes, rastreando en su vida y escritos, especialmente en los preciosos restos de su correspondencia epistolar, los rasgos distintivos de su fisionomía moral, han llegado a la conclusión de que el poeta fué un gran solitario, hombre de escasas o muy escogidas amistades, alejado esquivamente de los cenáculos de escritores de su tiempo, en una palabra, un misántropo, que se nutre ávidamente de la sustancia de humanidad que esconde avaramente dentro de sí mismo.

No pueden ignorar que, al aparecer en Barcelona *El Europeo*, portavoz del primer romanticismo catalán, Cabanyes apenas contaba veinte años y que el último quinquenio de su vida, época de su más importante producción, coincidió con un período sin ambiente para las letras, circunstancias que hubieron de condenarlo forzosamente a completo aislamiento. Esto no obstante insisten en no descubrir en sus cartas, pensamientos y poesías, más que manifestaciones varias de un espíritu pesimista, incomprendido, orgulloso, de un monomaniaco cuyos tonos no se adaptan al común de los hombres (3) y por cuya alma, dicen, como de buen romántico, el mismo amor pasa sin dejar en pos de sí más que un rastro trágico y desolado como su propio destino.

Otra muy diversa es la visión psicológica del poeta si se enfoca a la luz de sus rígidas ideas morales y se ponderan sus débiles fuerzas físicas, su breve edad y su cualidad característica según los que le conocieron a fondo, a saber su ardiente pasión por el estudio.

(1) Del libro de *Aprobaciones* de 1827 a 1833, de la Universidad de Zaragoza, tomamos los siguientes datos:

«D. Manuel Josef Cabanyes. Aprobó el *Sexto Año. Catedra de Jurisprudencia, Practica forense y Nobilissima Recopilacion* en el curso que dio principio en 18 de Octubre a igual día de Junio de 1830.»

«D. Manuel José Cabanyes. Aprobó el curso extraordinario de 1830 a 1831, ganado privadamente en virtud de Real Orden de 23 de Enero de 1831 las asignaturas del *Séptimo Año de Leyes*.» El título de Licenciado le fué expedido en Zaragoza a 22 de octubre de 1831.

(2) Está expedido en Madrid a 21 de febrero de 1833, sin duda respondiendo al proyecto de Cabanyes, expresado en una de las cartas que le dirigió Roca y Cornet, de dedicarse en Barcelona al ejercicio de la abogacía.

(3) El primero de los *Pensamientos sueltos* de Cabanyes, publicados en la edición de 1858, dice así: «Dos corazones buenos, dos almas nobles se avienen al momento como dos instrumentos acordados. Así nada es de extrañar que un afecto inmenso nazca de un instante. Hay hombres de tal índole dotados, cuyos tonos nunca ligan con los del común de los demás. Acostumbran a pasar por locos, y es porque la melodía de sus almas no es entendida.»

Enfermizo, tímido, poco amigo de diversiones,⁽¹⁾ taciturno,⁽²⁾ retraído,⁽³⁾ Cabanyes encerróse, en verdad, quizá sin darse cuenta de ello, en la espléndida vida interior que constituyó todo su ideal, sin que se atreviera a confiar más que a sus amadas Musas, sus más íntimos secretos, la antipatía, por ejemplo, que le inspiraba la carrera de leyes,⁽⁴⁾ por no ser infiel al misterio de la inspiración que le torturaba comunicándole dulcemente del común de los mortales.

No es que orgulloso se bastara a sí mismo y esquivara la comunicación con los demás.

Todos sus amigos pertenecen, más o menos, a la república de las letras. Martí de Eixalá,⁽⁵⁾ Roca y Cornet,⁽⁶⁾ Corminas,⁽⁷⁾ Alcover,⁽⁸⁾ Sinibaldo de Mas,⁽⁹⁾

(1) En su carta de 27 de diciembre de 1832, escribe a su amigo Roca que verdaderamente no sabe cómo pasar el tiempo en Villanueva.

(2) Su hermano José Antonio observa en su citado Dietario que Manuel hablaba poco.

(3) Véase su carta de 23 de agosto de 1832.

(4) Véase su carta de 30 de agosto de 1831 y su poesía «Epístola 1.^a».

(5) Ramón Martí de Eixalá, obtuvo en 1830 la licenciatura en derecho en Cervera. A los pocos años fué catedrático de jurisprudencia en la Universidad de Barcelona, publicando varias obras de derecho romano, español y mercantil. Fué todavía más famoso como filósofo. Murió en Madrid en 1857.

(6) Joaquín Roca y Cornet, nació en Barcelona en 1804. A los quince años dióse a conocer por sus composiciones poéticas en el *Diario de Barcelona*, considerándosele como uno de los más antiguos escritores de la nueva Cataluña. Torres y Amat inserta en su Diccionario sus poesías castellanas «La Ascensión» y el «Canto elegíaco», escrito éste con motivo de la prematura muerte de Cabanyes. Son numerosas sus obras en prosa y en verso, así como sus traducciones del latín, italiano y francés y sus artículos científicos, políticos y literarios. Entre ellos son dignos de mención el «Juicio crítico de Moratín», el opúsculo traducido del latín *Antídoto, El padre de familia, Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, La esperanza del cristiano, El templo de Venus en Gnido* y otros. Colaboró con Balme en *La Civilización*, fué a los 24 años uno de los censores de Barcelona y murió a los setenta en 1873. Para más detalles léase la *Noticia de la vida y escritos de D. Joaquín Roca y Cornet*, por D. Joaquín Rubió y Ors, de la Academia de Buenas Letras.

(7) Juan Corminas y Güell, natural de Manlleu; estudió en el Seminario de Tarragona, recibió en Cervera en 1824 el grado de Doctor en Teología, hizo oposiciones a la Canongía Magistral de Tarragona y se ordenó de sacerdote en 1831. Fué regente de Cátedras en Cervera, Canónigo de Calahorra y Secretario de Cámara, Rector del Seminario y Gobernador Eclesiástico de la Diócesis de Burgos. Escribió innumerables trabajos y poesías en latín, castellano y catalán. Son dignas de mención las oraciones inaugurales de los cursos de 1825 y 1826, en la Universidad de Cervera, que hemos leído en su original en el Archivo-Biblioteca Universitaria de Barcelona.

(8) Pablo Alcover y Guitart, natural de Barcelona. En 1823 estudió en Cervera; después en la Universidad de Huesca. En 1828 recibió en la de Cervera los grados de Licenciado y Doctor en Leyes. Poseía varios idiomas, siéndole familiares el latín, francés e italiano, en los que escribió varias poesías. Aficionado al estudio de la botánica, dejó inéditos una obra titulada *Floresta española* y restos de un herbario. Compuso varias églogas e idilios, dos poemas épicos, también inéditos, con el título *La Colonia y Méjico rendida*; la tragedia *Viriato o La Lusitania recobrando su libertad*, la traducción de algunos opúsculos de Milton, del drama sentimental *Eraastro*, de Gessner, y varias disertaciones y opúsculos sobre temas filosóficos y de derecho. Recibió abogado en 1829, pasó a ejercer el cargo de promotor fiscal en Santa Coloma de Farnés, donde murió en la flor de su edad en 1832.

(9) Sinibaldo de Mas y Sans, natural de Barcelona, merece un puesto entre los primeros románticos. Tradujo al castellano la *Eneida*, de Virgilio, y escribió un curiosísimo *Sistema musical de la lengua castellana* en el que, apoyado en la fuerza del cálculo, de la autoridad y de la experiencia, se propone aplicar al castellano los diversos metros del griego y del latín, para lo cual examina la posibilidad de fijar las cantidades de la prosodia castellana, de manera que pueda alcanzar la armonía de aquellas dos lenguas madres. Los principios que desarrolla y las investigaciones a que se entrega abren perspectivas completamente nuevas. Es también autor de una obra escrita en francés, *Ideographie*, memoria sobre la posibilidad y facilidad de formar una escritura general, por medio de la que todos los pueblos de la tierra puedan entenderse mutuamente sin que los unos conozcan la lengua de los otros. Sus *Poesías líricas*,

Pedro Mata,⁽¹⁾ Suárez,⁽²⁾ Milá,⁽³⁾ casi todos son poetas o, como sentía humildemente Cabanyes, aficionados a la poesía.⁽⁴⁾ Estos constituyeron su pequeño cenáculo. El ilustre Torres Amat no se desdendió de prestar a este pequeño círculo de estudios su protectora sombra.⁽⁵⁾ Nada escribió, absolutamente nada, que no sometiera a la censura de sus amigos, que siempre estimó benévola. Sus cartas, de temas exclusivamente literarios,⁽⁶⁾

en número de veinticuatro, aparecieron en 1831, seguidas de una tragedia en prosa, *Aristodemo*. Otro aspecto de este joven, que ya queda indicado en la originalidad de sus obras, es el espíritu aventurero que le inspiraron sus viajes a Oriente, imitando a otro célebre catalán, Domingo Badía y Lleblich (a) *Ali Bey*. Pensionado por el Gobierno español para realizar un viaje artístico-científico a Oriente, con objeto de ilustrar los escritos del citado *Ali Bey*, embarcó en 1834 para Constantinopla, Tierra Santa y Egipto, muriendo en Madrid en 24 de noviembre de 1868, después de prestar a la ciencia y a España grandes servicios. Véase la colección de sus obras, reunidas y publicadas en Manila en 1845, con el título *Pot-Pourri literario* y la edición de Madrid de 1852. También se dedicó a la pintura, siendo bella muestra de su pericia el retrato al pastel del poeta Cabanyes, que va al frente de este estudio, de notable parecido según Elías de Molins en su *Diccionario biográfico*, vol. I, pág. 346.

(1) También puede contarse entre los amigos de Cabanyes a Pedro Mata, nacido en Reus en 1810 y muerto en Madrid en 1877, de cuya producción literaria publica Elías de Molins dos fragmentos. Mata aconsejaba a los jóvenes poetas, desde las columnas de *El Vapor*, que imitaran el ejemplo de Cabanyes abandonando las viejas formas poéticas, octavas reales, sonetos, tercetos epistolares, etc. por «no importa, decía, que metro de nueva invención». Véase un estudio publicado en la revista *España regional*, XXII, pág. 169, con el título «Un precursor del renacimiento catalán. Pedro Mata».

(2) Juan Antonio Suárez, natural de Villanueva y Geltrú; sujeto de perspicaz ingenio y de variados conocimientos, enseñó a Cabanyes el griego y contribuyó grandemente a su cultura, hasta el punto de acometerle después de la muerte de aquél escrúpulos de haber quizá cooperado con sus consejos a su pérdida, como escribía a su hermano en su carta de 7 de septiembre de 1833. Era individuo de la Real Academia de la Historia y de la Greco-Latina y en 1849 comandante de telégrafos de Irún. Dedicó al estudio de los clásicos griegos y latinos, tradujo las *Heroidas*, de Ovidio, que dejó inédita, y sólo conocemos por fragmentos publicados en diarios de Barcelona. En el *Diccionario geográfico universal*, impreso por Turner en Barcelona (1830-1832), figuran importantes artículos de Suárez, quizá los mejores de aquella publicación. Siguiendo el método expuesto en la Gramática general de los PP. de Port-Royal, publicó un trabajo titulado *Estatilegia explicada* o método para enseñar a leer en pocos días (ocho lecciones), sistema que se enseñó felizmente en Barcelona en 1830. La *Estatilegia* se publicó en 1832 en la imprenta de Sauri. Publicó además el Sr. Suárez *Fastos españoles* o Efemérides de la guerra civil desde Octubre de 1832; Carta del Venerable Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla de los Angeles, al Sumo Pontífice Inocencio X, etc. Barcelona, imprenta de Grau, 1845. Aunque no muy conocido, era uno de los poetas más brillantes de su época, habiendo publicado en Barcelona varias obritas en prosa y en verso. Suárez vivía todavía en 1858, con el grado de teniente coronel de infantería.

(3) Juan Milá y Mestre, que nació en Villanueva y Geltrú en 24 de Junio de 1803, fué otro de los amigos de Cabanyes. Siendo seminarista, ingresó en la Compañía de Jesús, en Madrid, en 28 de marzo de 1825, pero hubo de salir de la religión, a los pocos meses, por motivos de salud. En la interesante correspondencia de Roca y Cornet y Cabanyes se comprueba el vivo interés que sentían ambos por Milá, doliéndose de su temperamento. Éste, en carta de Villanueva de 24 de noviembre de 1829, rogaba a Roca que activara en la Curia eclesiástica de Barcelona el despacho de la licencia que tenía solicitada para la impresión de una *Novena de Nuestra Señora de las Nieves* que había compuesto. De otra carta de Cabanyes a Roca, se colige también que Milá era escritor o poeta. Entre las cuentas de gastos de la enfermedad y muerte de Cabanyes, obra el recibo de unas limosnas de Misa celebradas por Milá por encargo de la madre de aquél. Milá vivía todavía en 6 de agosto de 1849. Según las noticias que hemos recogido, el Pbro. Milá era un sacerdote humildísimo, muy dado al retiro, a la oración y al celo por la salvación de las almas. Apenas salía de casa, como ya lo indica Cabanyes en una de sus cartas, confesábase todos los días antes de celebrar la Santa Misa y dedicábase con fervor al ministerio de visitar enfermos y asistir a moribundos, lo cual hace posible que asistiera en su última enfermedad al poeta.

(4) Véanse las palabras de Cervantes con que encabeza los *Preludios de mi lira*.

(5) Unían a Roca, Mas y Cabanyes con el ilustre Torres Amat vínculos de respeto y afecto. Véanse las cartas de 15 de septiembre de 1832 y 19 de mayo de 1833.

(6) No disimula el poeta el embarazo que sentía para escribir sus cartas sin acogerse a materias literarias, según confiesa en la de 28 de mayo de 1831.

nos lo muestran, por otra parte, asociado al movimiento de las letras, conocedor de los periódicos, escritores y poetas de su tiempo. Al decirse, no sin timidez, a publicar sus *Preludios*, acudió al consejo de los maestros que con Quintana hubieron de reconocer, en nada obstante su aparente aislamiento, en aquel desconocido poeta y en sus no menos oscuros compañeros, una verdadera *escuela*.

El punto céntrico de observación para juzgar a Cabanyes es, pues, su ardiente pasión por el estudio. La misma densidad de su obra revela ya por sí sola el intensísimo trabajo cerebral que hubo de precederla. La recia intelectualidad que le caracteriza, sin repudiarlos, no tenía absoluta necesidad de los estímulos de la conversación, de la amistad, ni de la sociedad en general, para poner en vibración sus potencias; bastábale, como él mismo confiesa en «La Independencia de la poesía», la llama activa de la voluntad que espolea la acción intelectual y despierta el instinto creador.

De vuestra fantasía
Los ídolos amad: él nada anhela
De lo que amáis vosotros.
Del corazón en el altar, do tiene
Pocos nombres inscritos,
Arde una llama pura, inmensa, eterna.
¡Hombres! Ella le basta;
Nada quiere de vos más que el olvido.

En este agosto y dulce olvido de los hombres, como en el sagrado recinto de un templo, lejos del mundanal ruido, ni envidiado ni envidioso, lanzóse el genio de Cabanyes a las amorosas torturas de la gestación e inefables delicias del alumbramiento.

A este propósito, sería muy interesante sorprender la callada obra de su formación literaria, reconstituyendo su biblioteca. No es ésta fácil tarea, porque los volúmenes de la actual de los Cabanyes son muchos y de aportación diversa. (1) Los de literatura anteriores a su muerte pudieron, además, ser comunes a ambos hermanos José Antonio y Manuel, los dos poetas, aunque no alcanzara el hermano mayor, por quien están todos firmados, igual favor de las Musas. (2) Un ligero examen de los que sin duda fueron libros suyos nos permite no obstante rectificar desde luego dos afirmaciones tan gratuitas como tendenciosas. No es cierto que el contingente mayor de su biblioteca estuviese formado exclusivamente por libros ingle-

(1) «Dicha biblioteca, según el repetido «Dietario» de José Antonio, se compone de pasados mil trescientos volúmenes, la mayor parte recogidos por D. José Antonio; muchos ya lo fueron por su señor Padre, algunos otros por su hermano D. Manuel y algunos también por su tío D. José María.»

(2) José Antonio de Cabanyes dejó inéditos varios volúmenes de poesías (algunas en catalán), cuentos, relaciones de viajes y gran número de traducciones de Homero, Goethe, Walter Scott, Hoffman, Boileau, Lamartine, Racine y otros autores extranjeros.

ses, (1) ni que se echen de menos en ella sus dos poetas predilectos, Horacio, (2) Fray Luis de León (3) y los neo-clásicos italianos. (4)

Sus lecturas favoritas están indicadas por él en sus cartas y poesías: Plutarco y Anacreonte, (5) Thomson, (6) Byron, (7) Alfieri, (8) Meléndez, (9) Moratín, (10) Herosilla (11) y Cervantes. (12) Roca y Cornet afirma que el sublime Macpherson y su digno traductor Cesarotti cautivaron poderosamente su fantasía. (13)

La escasez de noticias concretas de su formación intelectual puede en parte suplirse con la comprobación de las influencias que la crítica literaria ha señalado en sus producciones. Menéndez Pelayo dice que el poeta tenía

(1) Hemos visto en la citada biblioteca las obras de Cervantes, Fr. Luis de Granada, Calderón de la Barca, Alarcón, Burgos, Cañizares, Pérez de Montalbán, Moreto, Leiva, Rojas, Tirso de Molina, Solís, Zamora, Zárate, Vélez de Guevara, Bretón de los Herreros, Saavedra Fajardo, Lope de Vega, Garcilaso, Jovellanos, el poema del Cid, Quevedo, Góngora, P. Mariana, Iriarte, Lista, Corneille, Condorcet, Bossuet, Racine, Rousseau, Mad. Stäel, Pascal, Wolff, Gall, Condillac, Mad. de Sevigné y otros.

(2) También existe la edición de *Las poesías de Horacio*, traducidas en verso castellano por D. Javier de Burgos, texto latino y castellano en cuatro tomos, edición de Madrid de 1820.

(3) Las obras de Fr. Luis forman parte de la colección de poetas castellanos que obra en dicha biblioteca.

(4) Existen también las obras de Tasso, Dante, Petrarca, Milton, Manzoni, Machiavello, Casti, Guidi, Rucellai, Berni, Pulci, Metastasio, Finati, Guarini, Maffei y otros.

(5) Véase la carta de 28 de mayo de 1831 y la poesía «El Oro». Existe también en la biblioteca de Cabanyes la edición de los clásicos griegos, texto original y traducción francesa.

(6) Cf. la citada carta de 28 de mayo.

(7) Ixart fué quien por primera vez indicó la significación romántica de Cabanyes. Montoliu, en la conferencia que dió sobre «El romanticismo de Cabanyes» en el «Centre Català», de Villanueva, trató de invertir la importancia de las dos notas, clásica y romántica, que caracterizan al poeta, sosteniendo que la dominante no es aquélla, sino ésta (cf. *La Veu de Catalunya* de 5 de abril de 1923). El profesor inglés E. Allison Peers, en su edición de las obras de Cabanyes, reconoce su parentesco espiritual con Byron, y sin atreverse a calificarlo de «byronista», ni siquiera a admitirle en el número de los poetas sustancialmente románticos, le considera ya como precursor del Romanticismo hispánico. Finalmente el citado Montoliu, en su último estudio del poeta villanovés, reclama para Cabanyes un puesto en la falange romántica propiamente dicha, reconociendo en su manera de sentir la antigüedad clásica las dos notas características del primer romanticismo, a saber: el subjetivismo individualista, *leit-motiv* de su lirismo, que se revela en la protesta contra la sociedad en aras de un ideal de austeridad y de integridad humanas que, aunque conciliándolo con la visión del mundo antiguo, palpita en «La Independencia de la Poesía», y la íntima unión entre el arte y la vida que se traduce en su pesimismo de buena ley, pero de sabor byroniano, entre otras poesías en las «A Cintio» y «A mi estrella». Se ha de confesar, no obstante, que el romanticismo de Cabanyes, de carácter puramente literario, no le contagió del *mal du siècle*, gracias a su recia formación religiosa, que baña todas sus poesías, aun las más amargas, con el sentimiento cristiano.

(8) Roca y Cornet afirma que Cabanyes, al fin de su vida, prefirió a todas las lecturas la de Alfieri, cuyo temple fogoso y nervudo le mereció particular estudio. Véase el elogio que le dedica en su carta de 22 de abril de 1831. En su biblioteca figuraba la edición de *Opere di Vittorio Alfieri*, de 1809, en veintidós volúmenes.

(9) Aprecia la maestría con que Menéndez Valdés pinta los variados cuadros de la naturaleza, en su carta de 28 de mayo de 1831. Existe también en su biblioteca la edición en cuatro tomos, de 1820, de las *Poesías* de Menéndez.

(10) Eran sus obras favoritas las de Moratín. Existen en su biblioteca las dramáticas y líricas en tres tomos.

(11) Véase la carta de 30 de octubre de 1831.

(12) Forman parte de la biblioteca de Cabanyes la edición del *Quijote*, de 1819; las *Novelas Ejemplares*, edición de 1821, y la *Vida de Cervantes*, por Martín Fernández de Navarrete.

(13) Existe también en dicha biblioteca la obra en cuatro volúmenes «*Poesie di Ossian figlio de Fin-gal*, antico poeta celtico, ultimamente scoperte e tradotte in prosa inglese da Jacopo M. e da quella trasportate in verso italiano dall' abate Melchior Cesarotti».

ideas, sentimientos y vida propios, pero que imitaba los modelos antiguos con la verdadera libertad del verdadero genio lírico: que su educación fué rica, fecunda y para aquel tiempo muy variada, y que conocía las obras del romanticismo, especialmente a Byron, pero que eligió por modelos a Horacio, Luis de León, Alfieri, Francisco Manoel o sea Filinto y quizá a Hugo Foscolo, al cual en muchas cosas se parece. (1) Añade el autor de «Horacio en España» que su estrofa predilecta, la de Francisco de la Torre, la tomó Cabanyes de la oda de Moratín «A la Virgen de Lendinara» o más bien de las composiciones portuguesas de Correa Garçao y Filinto, en cuya lectura parece empapado. Si alguna influencia se nota, observa Baranera, en la poesía de Cabanyes, es más bien la italiana de Pindemonte, (2) Foscolo, Alfieri y del sereno cantor de «La Pentecosté». Por lo que afecta a la forma, la de la escuela francesa es casi nula. No ha compuesto un solo alejandrino, por más que quizás influyeran en su visión poética algunas composiciones de Chenier, Chateaubriand y Lamartine. Tampoco fué ajeno a la influencia de la poesía inglesa y especialmente de Shakespeare, Thomson, Macpherson y lord Byron.

El principal modelo, empero, de Cabanyes, fué indiscutiblemente el cisne de Venusa, cuyo espíritu reproduce con una fidelidad asombrosa, a pesar de las grandes diferencias existentes entre nuestro lenguaje y el de los latinos. Lo rápido de las transiciones, el cincelamiento y sobriedad de la frase, la rigidez espartana en las ideas, contrastando a veces con el epicureísmo muelle, todo este conjunto de rasgos inconfundibles que distinguen el estilo de Horacio, renace bajo la pluma de Cabanyes, — afirma el P. Blanco García, — como por evocación misteriosa.

La oda «A un amigo en sus días» escribióla Cabanyes después de una lectura del *Donarem pateras*; la «A Marcio» imita en parte al *Delicta majorum*; «El Oro», según Oyuela, es una bien entendida imitación del *Sic te diva*; «El estío» y «Mi navegación» están compuestos con hermosos versos horacianos, y casi todas las demás indican el estudio cotidiano del sublime poeta latino, en quien, según el mismo poeta confiesa en una de sus cartas, descubría cada día nuevas bellezas, haciéndole acrecer su estima por el

(1) Asimismo figura en la biblioteca del poeta, la edición de 1817 de *I sepolcri e poesie*, de Hugo Foscolo. «Se ha notado, escribe el P. Blanco García, alguna semejanza, quizá casual, entre el poeta catalán y Hugo Foscolo, pero el *Carme dei sepolcri* tiene precedentes en las estrofas de Pindemonte y del férreo Alfieri, mientras Cabanyes, sin perjuicio de la admiración que este último le inspiraba, puso manos en la empresa sólo intentada por él, aislándose del movimiento general para seguir libremente los vuelos de su espíritu. Quien no posea ojos muy de lince para no pasar más allá de la corteza de sus versos, acaso tenga por barbarismos las novedades de su lenguaje, y por incorrección viciosa las meditaciones y aparentes incoherencias; pero los mismos fútiles reparos que opuso Hermosilla al estudiante de Cervera, pudo hacerlos cualquier crítico de esta talla al *Carme* de Foscolo y a otras joyas del moderno clasicismo. Detenerse hoy en leves tropiezos de expresión y ensañarse en neologismos más o menos admisibles, cuando se tiene delante de la vista un temperamento tan fuerte y original como el de Cabanyes, arguye miopía o rigor extremado». *La literatura española en el siglo XIX*, tomo I, cap. VI, páginas 99-103.

(2) Forma parte de la biblioteca del poeta el volumen *Poesie de Ippolito Pindemonte Veronese*, edición de 1805.

gran lírico, hasta el punto de tener por atrevimiento casi sacrílego poner sus manos en su famosa oda *Justum et tenacem*, y por imperdonable audacia dar a la traducción castellana mayor número de versos que el original.

* * *

La lengua en que escribió Cabanyes ha dado tema a largo debate. Apareció el poeta en el primer tercio del siglo XIX, cuando no se había iniciado el renacimiento catalán, ni su patriarca Rubió y Ors había modulado sus primeras estrofas, cuando había de transcurrir todavía más de un cuarto de siglo hasta la restauración de los Juegos Florales, primera apoteosis de nuestra lengua rediviva, en una palabra, cuando el catalán no podía ser en manos del artista la arcilla dócil al soplo creador.

No es pues de extrañar que en vez de la lengua de Costa y Llobera, que sin duda hubiera adoptado Cabanyes de aparecer en nuestros días, escribiera en la de sus estudios, la de sus lecturas y la de su poeta favorito, Fr. Luis de León, que, como él, procede de Horacio, sin mengua de su propia relevante personalidad.

Esto no obstante, el uso de una lengua que no era la propia no fué bastante a cortar en su espíritu el caudaloso manantial de su inspiración ni su densa catalanidad desapareció por completo en la corriente del verbo ageno, ofreciendo el raro fenómeno de una mutilación espiritual que ha escandalizado a los críticos del *poeta sin lengua*, pero que ha merecido que los escritores de allende el Ebro le coloquen entre los clásicos castellanos y los de nuestra tierra le cuenten entre los precursores del Renacimiento literario de Cataluña.

El malogrado Cayetano Soler sustentaba, hace veinte años, desde las columnas de *El Diario de Barcelona*, la tesis de que Cabanyes fué el primer insigne poeta que logró Cataluña, si se exceptúa al gran lírico Ausias March.

«Tal vez no conociera, escribía, obra alguna de la antigua literatura catalana y quizá desconoció por completo nuestra historia, (1) llevado del ardiente anhelo de dominar la lengua de Castilla, cuyas letras e historia enardecían su inspiración poética, sin embargo puede afirmarse que es Cabanyes el poeta más profundamente catalán que poseemos, el tipo de más pura raza de que podamos gloriarnos.

»Todos los rasgos más nobles de nuestro carácter regional, en él se encuentran eminentemente y en sus poesías brillan con el fúlgido resplandor que les presta la llama del genio. En este sentido puede decirse que es el glorificador más excelso de nuestro carácter étnico.

(1) Solamente hemos visto en la biblioteca de Cabanyes la *Crónica del Rei D. Jaume*, de Montaner, edición de 1562, y la *Crónica dels Comptes de Barcelona y reys de Aragó*, de Carbonell, edición de 1546.

» La austera altivez e independencia de espíritu que tanto nos distingue, desborda ya en la primera de sus odas al evocar su Musa «fiera como los montes de su patria», independencia y altivez que afirma de nuevo y con mayor fuerza y calor en su poesía «A mi estrella», retratándonos a grandes rasgos la hermosura de su alma que desprecia las ciencias vanas que el alma ensorbecen y el corazón corrompen.

» Esta austeridad tan de nuestra raza y sin precedentes en la literatura hispana, de tal manera impregna toda la vida de Cabanyes y palpita en el acento y los conceptos de su poesía y hasta en su mismo lenguaje que a ella ha podido atribuirse al par que la pureza de su pensamiento cristiano, apenas contagiado por las ideas malsanas de los escritores de su época, la diamantina pureza de su lenguaje áspero y de retorcida construcción, cual hierro batido a martillazos sobre el yunque, o como él mismo decía «duro como una espada». (1) Esta misma austeridad catalana tan parca de palabras como rica de pensamientos fué tal vez la razón quizás inconsciente de su odio a la rima, que por otra parte encontraba confirmada con el ejemplo de otros autores italianos contemporáneos. (2)

» El dominio de las pasiones por la fría razón, cualidad que tan difíciles nos hace para el proselitismo personal absoluto que se usa en la política militante, tiene en Cabanyes una personificación ideal extremada hasta el punto de admirar, con la admiración más ardiente, el inmenso valor literario de su gran maestro Horacio, cuyas obras pone sobre su cabeza con veneración profunda al mismo tiempo que abomina del servil cantor de Augusto, el mismo Horacio, con un sentimiento tan real, tan hondo cual si el poeta latino viviera y pudiera hundirle bajo el peso ingente de su elocuentísima execración, integridad y entereza de carácter que le mueve a escandalizarse, a él, que hacía de la poesía como un ministerio sagrado, de que su amigo Roca, autor de un hermoso himno «A Cristo crucificado», pudiese dedicar una oda a los encantos de una actriz. (3)

» Por último la ternura y nobleza de las afecciones, los afectos que anidan en el alma catalana recubierta por tan áspera corteza, hallan en nuestro gran lírico la más alta expresión literaria, como lo demuestran las poesías dedicadas a sus amigos Batilo y Cintio, la ya citada en que habla de su madre con la más tierna emoción, la consagrada a cantar a Julia, el

(1) «La Independencia de la Poesía».

(2) Cabanyes encontraba muelle el sononete de las consonancias y de las asonancias y prefería el ritmo ideológico y patético, el paralelismo de los miembros, la euritmia de los períodos y de los versos libres, la melopea de las estrofas siempre sujetas como a un péndulo interior a los latidos del estro y del entusiasmo. En esta preferencia, por la cual fué objeto de las censuras de los filo-rítmicos, coincidió con el gusto estético de Herder y de Lowth y con la nueva tendencia de algunos preceptistas que proponen como modelo de armonía el ritmo característico de la antigua poesía helénica y hebraica. Esto no obstante, sin caer en las vanas pretensiones de Villegas, ni admitir enteramente el *Sistema musical de la lengua castellana* de su amigo Sinibaldo de Mas, los versos de Cabanyes son una vena lírica que salta como un torrente de sonoridades metálicas, repetidas y ajustadas a un diapason y a un compás musical.

(3) Carta de 15 de septiembre de 1832.

único e irrealizable amor de su breve vida y la que canta las misteriosas grandezas de la religión. (1)

» Una sola circunstancia le falta a Cabanyes para ser el poeta catalán por excelencia, haber escrito en su lengua materna, circunstancia ciertamente involuntaria, debida al tiempo en que vivió, pero fatal para su fama, pues le ha acarreado la indiferencia, sino la odiosidad de los que no pueden sufrir sin protesta la rudeza de su dicción. No es ésta, sin embargo, la única causa de la espléndida oscuridad en que ha quedado para el gran público el malogrado poeta catalán. Hay en sus poesías un intelectualismo que le ocultará eternamente a los ojos del vulgo. La popularidad de que goza un escritor debe buscarse en la relación que existe entre la medianía de sus ideas y las del público. Nadie se enamora fácilmente de lo que no entiende. Verdaguer, por ejemplo, será siempre popular, porque su poesía, puramente descriptiva, hiere la imaginación sensitiva de que aun el hombre más ignorante goza. Para sentir la poesía de Cabanyes requiérese una cultura y una imaginación afectiva que ya son, unidas, patrimonio de pocos. Por esto Menéndez, que sabía de memoria las poesías del lírico villanovés, decía que «para conocer a Cabanyes es preciso leer, y no una sola vez, esa serie de áureos fragmentos, cuyas bellezas no son de las que hieren y deslumbran a ojos profanos». Sólo así se explica que mientras el gran público, enamorado de indignas vulgaridades, ignore por completo a nuestro poeta, le hayan cantado con todo el fuego de su entusiasmo Menéndez Pelayo y Costa Llobera y que Quintana, Milá, Ixart y el mismo Valera le hayan colocado entre los grandes poetas de nuestro Parnaso. (2)

El tema no se ha agotado todavía después de veinte años.

Los modernos historiadores de la literatura catalana, dando un paso más en la controversia, al reparar el injusto olvido, ya indicado por Menéndez, a que se había condenado el glorioso período literario de poesía castellana escrita por catalanes, consideran a Cabanyes como el punto de partida de una generación poética, que muy pronto había de encontrar su instrumento propio y adecuado en la lengua indígena, redimida de la vulgaridad por Aribau, Rubió y Ors y otros precursores del espléndido renacimiento catalán.

(1) Aparte de ligeros resabios de época, en todas las poesías de Cabanyes palpita el fervoroso sentimiento de la religión. En «El Cólera-morbo», alude claramente a la Providencia de Dios, que castiga con males temporales los pecados del hombre; en la oda «A Batilo», a la inmortalidad del alma; en la «A Cintio», al dogma del pecado original; «La Misa nueva», es toda ella un himno sagrado; «A mi estrella» rinde pleito homenaje al sacramento de la penitencia; «A Marcio» glorifica a los héroes cristianos; «El estío» termina con hermosísima profesión del dogma de la libertad humana; «Mi navegación» expresa la eternidad de premios y castigos; «A ***» es una delicadísima glosa de la pureza cristiana; «Colombo» ensalza la obra civilizadora del Evangelio, y las poesías «A la Reina Amalia» y «A D. Pablo Alcover» evocan tiernamente el culto de la Virgen Santísima en Montserrat y en Zaragoza.

Entre las obras de carácter religioso que formaban parte de su biblioteca, podemos consignar la *Introducción a la Sagrada Escritura*, del P. Lamy; el *Nuevo Testamento*, *La Petite Carême*, de Massillon; *Explicación del libro de los Salmos*, las *Confesiones de San Agustín*, por el P. Rivadeneyra; los *Sermones de Bourdaloue*, el *Año Cristiano* y la *Vida del Beato Angel de Acrí*.

(2) «En el Centenario de Cabanyes», artículo por C. S. en el *Diario de Barcelona* de 17 enero de 1908.

Este interesante aspecto de la poesía de Cabanyes ha sido últimamente estudiado por el profesor de la facultad de Letras de Montpellier, D. Juan Amade, en sus *Origines et premières manifestations de la Renaissance Littéraire en Catalogne au XIX siècle*.

«La poesía de Cabanyes, escribe, ofrece dos caracteres principales: un sentido clásico purísimo y una libertad de pensamiento y de forma bastante antinómico, aunque la antinomía no sea más que aparente. En el fondo, Cabanyes fué principalmente un poeta de transición, encontrándose en el punto de confluencia de dos edades y por consiguiente de dos espíritus. De la antigua cultura que había hecho sus pruebas y nutrido millares de generaciones, tomó lo mejor, si podemos hablar así, lo eterno, lo que no pasará jamás y conservará siempre la misma gracia sonriente. De los tiempos nuevos recibió, en cambio, la sed de independencia moral y espiritual, la necesidad de romper los estrechos límites señalados acá abajo por los hombres al corazón y al pensamiento, la inquietud del vivir y la preocupación del misterio. Con todos los encantos áticos y latinos, y los que al contacto de Grecia y Roma habían logrado las civilizaciones modernas, desarrolló Cabanyes nuevos estados del alma que la poesía de aquellos dos pueblos jamás había conocido ni siquiera sospechado.

»Sus odas henchidas de helenismo, e impregnadas de luz mediterránea, en las que se mezclan reminiscencias de Horacio, de Luis de León y del italiano Foscolo, dieron el tono a algunos jóvenes poetas de Cataluña, admiradores de su arte, en el que cierta complejidad de análisis jamás llega a enturbiar la serenidad de la ejecución.

»Por el estudio de esta poesía, que desde 1833 había ya dado toda su medida, pudieron aquéllos formarse una más alta idea de su profesión que por la de los pseudo-clásicos españoles del período anterior, los cuales, en su mayor parte, no tenían de verdaderos clásicos más que el nombre y la pretensión de serlo.

»Este soñador, este solitario fué, seguramente sin pensarlo, el maestro de poesía de una parte de su generación, no la menos bien dotada por cierto ni la menos destinada al parecer a sobrevivir, si ha de juzgarse por la cualidad de su cultura, pero sobre la que cebóse desgraciadamente la muerte; maestro de poesía, decimos, por lo que ésta tiene de armonía íntima, más bien que por su vibración externa, su plástica y su coloración. Cabanyes demostró a esta generación que la poesía valía la pena de ser intentada desde que se la concebía verdaderamente digna y noble, a saber, según su ideal más elevado, con sus virtudes internas más raras, pero nunca a través de un seco y vano formalismo, que sólo reúne un ínfimo número de las justas condiciones estéticas.

»Con su ejemplo personal y la osadía de sus ensayos restituyó por otra parte a la poesía su libre movimiento, gracias exclusivamente al que creía que podía desarrollar, en ritmos imperecederos, todo un mundo de sentimientos que todavía no se habían traducido, y libertarse de las reglas hasta

entonces tenidas por sagradas, para que la inspiración, en condiciones más favorables, viniera a ser más sincera, lo cual no podía hacerse sin una liberación sentimental, única capaz de volver a encontrar una especie de primitiva tradición, enturbiada por los hombres y la sociedad, pero hacia la que nos inclinan la soledad y la meditación. Aquí todavía, como en los procedimientos de su arte, el tierno y noble Cabanyes acercábase voluntariamente a la naturaleza, abandonando los fáciles senderos que huella en desorden la oscura horda de poetas mediocres y vanidosos. Su correspondencia con espíritus selectos como Roca y Cornet («Cintio») nos alumbraba todavía más que sus propios versos acerca algunas de sus concepciones. Desde Boscan, su compatriota, ninguna palabra tan realmente nueva habíase pronunciado en Cataluña (y quizá en España) por un poeta de lengua castellana. Y si a esto se añade toda la delicadeza, todo el ardor y toda la espontaneidad de sentimientos que se agitaban en este corazón de hombre, demasiado grande y aun demasiado vasto para que la vida pudiera llenarlo, se comprenderá que los primeros renacientes llenos de la idea de libertad, hijos feroces de la naturaleza catalana, marcados en el fondo de su alma con esa virginidad de la que tomó el Renacimiento lo mejor, obedecieran secreta y alternativamente a las voces paganas y místicas que se hacían oír en los *Preludios de mi lira*.

»Si no imitaron el clasicismo de Cabanyes en cuanto a sus formas personales y a sus principales inspiraciones, retuvieron la dulzura, la serenidad, el buen gusto, todo el perfume, en fin, que de él se desprende. Y de otra parte en una época en que, como escribe Milá y Fontanals, «la literatura española apenas se había apercebido del cambio sobrevenido en las ideas literarias», su romanticismo precoz les brindó ternuras nuevas, amores apasionados que orientaron a los jóvenes poetas del Renacimiento hacia un objeto inmediato y positivo, en vez de lanzarse hacia lo desconocido. Los derechos de la recta razón, afirmados en materia de arte, y los del sentimiento por la inspiración lírica, tales son las dos adquisiciones esenciales que la poesía ha hecho en Cataluña, gracias a la obra de Cabanyes, obra herida de muerte en la persona del poeta, pero no en los generosos fermentos que llevaba en su seno.»

Después de estudiar la influencia de Cabanyes en Carbó, Semis, Roca y Cornet, Mas, de Mata, Milá y Fontanals y Arolas, pasa a estudiar Amade como la misma cualidad imperfecta de la lengua castellana empleada en verso por Cabanyes y sus discípulos, ayudá a explicar en cierta manera el fenómeno del Renacimiento catalán.

«El carácter mismo de esta escuela literaria castellana en Cataluña pudo al principio parecer favorable a su desenvolvimiento, pero en realidad estaba destinada también a causar su pérdida. En efecto, pronto se hizo sospechosa a la crítica y a la literatura nacionales, a cuyos ojos sólo aparecía su particularismo y aun podríamos decir, en cierto sentido, su exotismo. Al formarse esta escuela, tendía la poesía en Cataluña, como hemos indicado,

a hacerse cada vez más catalana. No tendía seguramente a ello por la lengua, no retornaba al catalán más que un número muy restringido, en un principio, de nuevos fieles, semiconfusos o al menos intimidados por su propia audacia, pero si por la materia misma de su inspiración, la atmósfera que buscaba y en la que quería vivir, los mil detalles tomados al terruño, ese sabor de gleba que se le pega, las ternuras en fin propias del país, harto difíciles de adaptar al genio de la lengua castellana, tan alejada de aquélla.

» No coronando con frecuencia el éxito, como estos poetas tenían derecho a esperar, sus esfuerzos, desplegados con una confianza tan candorosa como sincera y trocándose además casi siempre tan obstinadas tentativas contra quienes habían puesto en ellas todas sus esperanzas ¿qué extraño que tales esfuerzos acabaran por perder su ardor? Este fracaso de la nueva escuela repetía, bajo otras formas y condiciones, el que había podido notarse ya en Cataluña, después de Boscan. Encontrando pues, en el centro intelectual de España de donde partían los atractivos con que se pensaba seducirla, el acogimiento que estaba ya descontado, nada de sorprendente que se replegara sobre sí misma. Estos poetas que se aplicaban como perfectos discípulos con un celo tan tierno como meritorio, a desnaturalizar sus medios de expresión, a evitar los idiotismos sugeridos por su lengua materna y que a veces no sentían por esta última, al menos bajo el punto de vista poético, más que un sentimiento de vaga conmiseración, llegaron a preguntarse si acaso no la habían menospreciado y hecho traición y, lo que todavía es más grave para escritores, si no habían quizás cometido con ella un error literario. Entonces volvieron de nuevo a amarla o más bien (porque no era el amor sino la confianza en ella lo que habían perdido) la reconocieron cualidades estéticas sobre las cuales, deslumbrados hasta entonces por su rival, no habían abierto los ojos; y descubrieron en ella posibilidades que en efecto autorizaba su historia. Habían creído hasta entonces que el catalán de los poetas, al que llamaban *lemosín*, era un idioma de convención, fabricado casi a piezas al grado de no sé qué fantasía, tan alejado de la lengua común como lo sería hoy la de los trovadores: y he aquí que ahora sentían al contrario palpitar bajo las palabras abandonadas la eterna vida, pareciéndoles las del pueblo, el hablar de la gente de los campos, el idioma de los corazones sencillos, desbordantes de tierna y joven poesía.

» Por experiencia personal aunque dolorosa comprendieron después de su desilusión, que únicamente el catalán era, en el fondo, su verdadera lengua, al menos la en que su alma se expresaría mejor, y sobre todo más sinceramente. En ese sentimiento natural más bien que en un movimiento de orgullo o de independencia, en un prejuicio o en un espíritu de sistema, hay que buscar pues una de las explicaciones del esfuerzo que les llevó hacia el Renacimiento. En definitiva, es la misma idea que quiso expresar Menéndez y Pelayo al escribir en un discurso compuesto y leído en catalán:

» La Historia nos enseña que en el largo período de más de tres siglos que los catalanes cesaron de cultivar su idioma materno, en el período que va de Boscan a Cabanyes y Piferrer ni un solo poeta de primer orden, ni apenas de segundo, apareció en tierra catalana: y al contrario, al instante en que renació la lengua, con ella retoñó también el sentimiento poético, de la misma manera que se pueblan los bosques de aves cantoras, desde que han sentido el tibio y amoroso aliento primaveral.»

Hasta aquí Amade.

Sea de ello lo que fuere, es evidente que en ambos supuestos la gloria de Cabanyes no puede encerrarse dentro de los estrechos límites de una lengua ni de una región. Ni las letras nacionales pueden dignamente desdeñarla a pretexto de ser de un catalán, ni la literatura regional repudiarla por ser de lengua castellana. Colocado el poeta en el límite de dos pueblos y en el punto de confluencia de dos lenguas hermanas, Cabanyes, aun en época de decadencia de la propia, supo dar generosamente a la de la Madre patria los frutos inmortales de su ingenio, adelantándose a condenar las estridencias de un separatismo literario, tan odioso como el político.

* * *

Cuatro o cinco meses antes de morir, cual si presintiera su próximo fin, resolvióse Cabanyes a consultar la opinión publicando en Barcelona unas pocas poesías bajo el velo del anónimo y con el título de *Preludios de mi lira*.

En su sencilla y tímida presentación resplandece una vez más otra de las cualidades de su alma ingenua y candorosa, la modestia, que le movió siempre a desconfiar de sí y aun de la benevolencia de sus amigos cuando de él se trataba. (1)

«No encareceré, escribía en el prólogo, por lo mismo, las dificultades que un catalán ha de vencer para escribir en una lengua cuyo estudio le es tan costoso como el de cualquier idioma extranjero, pues con razón podrían contestarme que nadie me obligaba a escribir y que sin mis poesías poco perdiera la literatura española.

» Sin embargo, una dote preciosa llevan consigo estas poesías y es que son pocas. Con ella, lector, yo espero que buenas o malas no llegarán a causarte hastío; pero concluyendo con palabras de lord Byron, ya que de él hemos hablado, "si nos entendemos, nos encontraremos otra vez, y si no, yo sólo molestaré tu paciencia con este corto ensayo".»

(1) Cartas de 17 de julio de 1831, 23 de agosto de 1832, de febrero y 19 de mayo de 1833.

Los *Preludios*, opúsculo de sesenta y nueve páginas, hubo pues de emprender su camino, solo, aislado, sin protectores, desprovisto de todo, desheredado de bienes y de amigos, pues, como dice Balaguer, los escasos que Cabanyes tuviera no podían menos de mostrarse tímidos, recelosos y hasta desconcertados ante la aparición de una obra, fruto de un joven, casi de un niño, que tenía la osadía de lanzar al arte por sendas desusadas, cuando no desconocidas. (1)

Esto no obstante, con estas doce poesías contadas, ni más ni menos, se presentó Cabanyes ante el público y con ellas solas ha conquistado al fin la posteridad para su nombre.

Abre la serie de los *Preludios* «La Independencia de la Poesía», (2) oda de asunto literario, en que la personalidad poética y moral del escritor se destaca vigorosa y de resalto. Así, describe en bellas y animadas estrofas el carácter, nunca desmentido por cierto, de su poesía :

Como una casta ruborosa virgen
Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su arpa solitaria,
Suelta la voz del canto.

Lejos ¡profanas gentes! No su acento
Del placer muelle corruptor del alma
En ritmo cadencioso hará suave
La funesta ponzoña.

Lejos ¡esclavos! lejos : no sus gracias
Cual vuestro honor traficarse y se venden;
No sangri-salpicados techos de oro.
Resonarán sus versos.

Cabanyes, en general puro y correcto, es a veces atrevido en el lenguaje. El penúltimo verso lo demuestra y sigue justificando nuestro lírico su ausencia de galas y primores rítmicos. ¡Lejos de sus versos la molicie «que corrompe la fibra de su pueblo», la venalidad cortesana, la adulación palaciega! Su lira, como la del vate portugués Francisco Manoel, se inspira solamente en la verdad :

(1) Discurso del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer en la Academia Española.

(2) Esta poesía se publicó en 1840 en el periódico de Madrid *El Panorama*. El Padre Blanco García dice que Cabanyes, en esta poesía, no luchaba contra una escuela para entronizar otra, no perteneciendo más en definitiva a la clásica, como se la entendía por entonces, que a la romántica en ninguna de sus manifestaciones. En ella es de notar alguna reminiscencia de Moratín, nada de Lista o de Gallego, nada que anuncie a Zorrilla y Espronceda, a no ser el principio de libertad, interpretado por él muy diversamente que por éstos.

En los manuscritos de Cabanyes, que sirvieron para la publicación de las *Producciones escogidas* y que se conservan entre los de Roca y Cornet en el Archivo Histórico Metropolitano, de Tarragona, esta poesía está datada en febrero de 1831.

Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan :

Sobre sus cantos la expresión del alma
Vuela sin arte : números sonoros
Desdeña y rima acorde; son sus versos
Cual su espíritu libres.

Es elocuentísimo el rasgo varonil con que termina la oda, en el que, a pesar de la admiración que siente el poeta por Horacio, indignase y lo maldice y execra por haber envilecido la lira y hecho traición a su patria, arrojando cobardemente su escudo de soldado en la batalla de Filipos, viéndosele después en Roma, adicto al bando vencedor y amigo de Augusto, a quien ensalza adulador en sus versos.

Tan blando acento y a la par tan torpe
Tuyo había de ser, que el noble hierro
De la patria en sus últimos instantes
Lanzando feamente,

¡Deshonor! a tus pies, hijo de esclavo,
Confiaste la salud : ¡maldito seas!
Y la terrible maldición las ondas
Del Tíber murmuraban.

El poeta, que tan alta idea tenía de su arte, no había de hacerlo descender a los triviales asuntos tan de moda en el siglo pasado. Sus odas ofrecen gran variedad de tonos y argumentos, dignos y elevados siempre. El segundo de sus *Preludios*, al que no obstante Milá y Fontanals antepone otras varias poesías, maldice «El Oro», y maldícelo por una manera del todo horaciana, que recuerda las invectivas a la navegación y a la audacia de los hombres.

«Es una de las composiciones mejores y más originales de Cabanyes, que trae a la memoria, por el modo como en ella se combinan los versos sueltos, una traducción de Horacio hecha por Herrera y varias composiciones lusitanas. En ella describe, original y gráficamente, los daños que el *auri sacra fames* ha causado en el orden moral y material a la humanidad.»

¡Qué plástica y dantesca resulta la imagen del *Querub precito* que, para apoderarse del orbe, saca con mano avara del *báratro* un puñado de oro, lo arroja sobre la tierra y prorrumpa en feroz y pérfida sonrisa de triunfo al ver cómo los mortales se disputan la posesión del metal funesto! Entonces,

Bañada en santas lágrimas
Con velo de dolor cubrió el semblante
La Virtud y al Empíreo
En alas vagarosas tendió el vuelo.

En época en que prevalecía en Europa la economía de la especulación y de la explotación del hombre por el hombre, ningún poeta, ni siquiera Carlyle, ha aventajado a Cabanyes en fulminar sus anatemas contra el avaro individualismo de Adam Smith. Ya en otros lugares condena nuestro poeta el inhumano comercio y la esclavitud de la raza negra, pero en esta composición censura por igual todas las injusticias y todas las violencias del espíritu de conquista.

Compara los avaros a los sedientos hidrónicos, que

Cuanto más beben más en sed se abrasan.
Ni mitigan el ávido
Furor cuantos mineros desde el suelo
Nebuloso del Anglia
A la mansión sonora de Adamástor
Y de las playas Índicas
A los campos de Luso deleitosos
La tierra oculta....

En estos versos se ha visto una alusión a los excesos de la escuela de Manchester. Pero de pronto se acuerda el poeta de su patria y del grande error de la España del siglo XVI, cuando cifró en el oro de las minas coloniales su riqueza futura, y así, maestro en la disposición lírica, alude oportunamente a la conquista de América:

Tú viste ufana el temerario arrojo
De tus hijos ¡oh Hispania!
Tú de sus manos recibiste altiva
La corona de América...

Y en un rasgo de primer orden, impensado y feliz como el de Horacio en la oda anterior, prorrumpe:

¡Joya fatal! jamás te ornara ¡oh Madre!
Y en extranjeras márgenes
De tu seno arrancados no murieran
Por la flecha del Indio
Y ¡oh dolor! por la espada de Toledo
Tus malogrados jóvenes:

Menéndez Pelayo prefiere a la anterior la tercera oda, intitulada «El Cólera-Morbo asiático», composición singular por el asunto y algunos detalles, y, a pesar de sus desigualdades, rica en valientes rasgos.

Compara en ella los estragos del «morbo letal» con los producidos por la guerra de principios de siglo y, otra de sus consecuencias, la difusión del cólera.

El final de la oda, relativo a la guerra civil portuguesa, es rápido y de primer orden:

¡Nudos bellos de amor! Al golpe horrible
Del hierro fraticida rotos caen:
Se estremece Natura,
¡Ay! ¿y las ves? Ya aullando
Sobre tus torres, oh Ulysea, vagan
Las furias de Montiel y las de Tebas. (1)

La oda «A Batilo», o «A un amigo en sus días» es, como indica su título, una felicitación de días al sacerdote Corminas escrita a imitación de la de Horacio, como lo prueban, entre otros versos, los siguientes:

Índicas telas y chinescos vasos
Y candelabros de oro reluciente
Tu amigo ausente, en prueba de cariño,
Darte quisiera. (2)

A pesar de asunto tan poco interesante, ofrece esta oda bellísimo contraste entre los muelles sáficos y la energía robusta de algunas ideas. Sirvan de muestra de lo uno y de lo otro las dos siguientes estancias:

Cultor humilde del pierio coro,
Tan solo aquestos, que en mi tosca lira
Ora me inspira, dedicarte puedo
Fáciles metros.

.....
.....
Fué, que Alejandro aquella voz oyera
Do goza Aquiles inmortal reposo,
Y ¡oh venturoso que un amigo hubiste
Mientras vivías!

Los endecasílabos «A Cintio» son una composición admirable y amarguísima del género de Leopardi, cuyos cantos, de seguro, no conocía Cabanyes.

Pertenece, dice Milá, a un orden de ideas demasiadamente beneficiado en nuestros días en que la poesía, lejos de levantar y enardecer el ánimo, se ha complacido muy a menudo en desalentarlo y abatirlo. Mas si la gravedad y la nobleza, si una resignación dolorosa fuesen bastantes a abonar composiciones de este género, tendríamos la que nos ocupa por una de las más admirables, sino de las menos amargas.

(1) Entre los autógrafos que conserva la hija política de Roca y Cornet, D.^a María Hernández, hemos visto un hermoso calco autógrafo de esta poesía.

(2) Oda IV, 8.

En efecto, dentro del pesimismo de la oda filosófica «A Cintio», no se revuelve el poeta contra Dios y contra la sociedad como pudiera creerse, dadas las tendencias dominantes en sus autores favoritos y la energía, casi rudeza, de su carácter, sino que, al contrario, sin desmentir estas cualidades, las emplea para afrontar las contrariedades, y, por decirlo así, la caducidad de las glorias mundanas, juntando a un gran fondo de reflexión cristiana, gran inspiración y sentimiento íntimo:

¡Ay! De mi triste juventud ¡oh Cintio!
¡Cual se arrastran inútiles los días
Y sin placer! Un tiempo, de la gloria
La brillante fantasma su amargura
Con esperanzas halagó mentidas:

.....
.....

Amapola de vida momentánea
La frente saca de la tierra un punto;
Viene el arado del gañán, la troncha,
Y deja de existir. Gota lanzada
Del matinal rocío en la corriente
Del Orinoco, a las inmensas ondas
¿De qué sirve? Arrastrada a la par dellas,
Irá a morir sin pró y desconocida. (1)

La penosa impresión que deja en el ánimo la poesía «A Cintio» disí-pase en presencia de «La Misa Nueva», (2) que recuerda los pensamientos y hasta el ritmo de los *Inni Sacri* de Manzoni. Aunque compuesta en forma horaciana, adoptó en ella Cabanyes el asclepiadeo moratiniano, combinado con su hemistiquio agudo, lo cual produce un movimiento lírico desusado.

Todas o la mayor parte de las composiciones religiosas de poetas modernos ofrecen una reproducción fecunda y generalmente oportuna del estilo sublime y arrebatado de la antigua poesía hebraica. Sin embargo, para las ideas de «La Misa Nueva», empapóse directamente Cabanyes en el *Nuevo Testamento*, dando así, a su poesía, un carácter de dulce majestad, muy diverso del que ostentan las inspiradas por objetos de la Ley antigua.

Aunque no es posible dar una idea completa de su belleza sin transcribirla íntegramente, son dignas de citarse las siguientes estrofas:

(1) «Oblitusque meorum oblivendus et illis». Hor.

(2) Escribió esta oda para la primera Misa de su profesor y amigo D. Juan Corminas, en el corto espacio de dos días, como manifiesta a Roca y Cornet en su carta de 17 de julio de 1831. Oyuela hace notar, a propósito de esta composición, «la maestría de Cabanyes en el manejo de los esdrújulos, uno de los principales ornamentos de nuestro idioma y su admirable tino en la elección de los epítetos, los cuales no son en sus obras de los ordinarios y de troquel, sino verdaderamente horacianos».

¡Ah! no le olvida y un hijo escógese
Entre sus hijos a cuya súplica,
Cuando en los áridos campos marchítese
La dulce vid,

Romperá el seno de nubes túrgidas
Y hará de lo alto descender pródiga
Lluvia, que el pecho del cultor rústico
Consolará.

Un hijo escógese cuyas plegarias
Tornarán mansa la eterna cólera,
Cuando ceñido de piedra y rayo
Asolador,

Sobre las alas del viento lóbregas
Volará el Justo contra los réprobos
Y so sus plantas truenos horrisonos
Rebramarán.

Bien como el Arco, señal de calma,
Que de los montes la yerma cúspide
Une a las altas salas espléndidas
Do mora el Sol;

Así él la tierra, mansión de angustias,
Juntará al trono de Dios ingénito
Y humanas preces bondoso el Numen
Escuchará.

Así está escrita toda la oda hasta su conclusión, no violenta como cree Milá, quien por lo demás considera esta pieza como una de las cuatro obras maestras del poeta. Es, además, otro de los ejemplos más palpables de cuan bien se une la forma clásica con el espíritu cristiano en manos de un artífice diestro.

Menéndez Pelayo cuenta entre las cuatro obras maestras del cisne de Villanueva la oda «A mi estrella», superior en conjunto a «La Independencia de la poesía» y bajo todos conceptos una de las más perfectas, geniales y características del vate laetano:

¡Salve, luz de mi vida!
Guiadora gentil de mi carrera,
Estrella mía, ¡salve!

Largo tiempo mis ojos te han buscado :
 En el zafir celeste
 Clavados largo tiempo, a tus brillantes
 Hermanas preguntaron,
 ¡Ay! y a su voz ninguna sonreía.
 Mas tú... yo te conozco,
 Y tú me escucharás, Ninfa del Eter.
 Sobre tus áureas alas
 A tu mortal desciende que te implora,
 Y así de su destino
 La Ley sobre su frente con un rayo
 De tu corona escribe :
 «Ciencias vanas que el alma ensoberbecen
 Y el corazón corrompen,
 Favor de plebe y dones de tiranos
 Este mortal desprecia :

 ¡Hombres! pensad, mas permitid que piense :
 Dejad pasar su carro
 Que no él el vuestro impedirá que marche.
 De vuestra fantasía
 Los ídolos amad : él nada anhela
 De lo que amáis vosotros.
 Del corazón en el altar, do tiene
 Pocos nombres inscritos,
 Arde una llama pura, inmensa, eterna :
 ¡Hombres! ella le basta;
 Nada quiere de vos más que el olvido. (1)

¡Qué dignidad y qué encantadora dulzura!, exclama Menéndez, ¡qué hombre y qué poeta! Y esto lo escribía un estudiante, muerto a los veinticinco años, que pasó olvidado y desconocida su corta y laboriosa vida, sin que ninguna voz viniese a alentarle, sin que sospechase nadie que en un cuaderno anónimo publicado en Barcelona se ocultase el alma de un poeta

(1) Es indudable que Cabanyes, por su anhelo de concisión y sobriedad, condiciones más propias del catalán que del castellano, se toma a veces algunas libertades y hace uso de modismos y vocablos anticuados o poco conformes con la índole de la lengua, a lo cual le impulsaban principalmente sus aficiones latinas; pero esto, que podrá ser un defecto, prueba también la independencia de su genio, que era realmente superior y que campeaba con toda libertad, holgura y gallardía, rompiendo trabas y estorbos y sólo sujeto a la idea y a la belleza encarnada en la forma.

Estas libertades de lenguaje, que algunos juzgan aventuradas y otros felices, no pudiéndose afirmar rotundamente ni lo uno ni lo otro, y que consisten en latinismos, arcaísmos, cambios de acento y supresión de letras, prueban que el gusto de Cabanyes era muy depurado, pues algunas de estas audacias han sido después admitidas por el léxico de la Academia, según observa Baranera, y propuestas alguna vez como esfuerzos beneméritos para hacer más rica y más sobria la lengua de Cervantes.

capaz de rejuvenecer la antigüedad y de infundirla un aliento nuevo, como Chenier, como Foscolo, como Leopardi, como Shelley. Y en una época que se jactaba de clasicismo, muchas veces falso y de segunda mano, nadie paró mientes en aquel joven catalán, a quien parecía haber transmigrado el alma de Horacio. Quintana le conceptuó superior a cuantos entonces hacían versos en España, lo cual no era elogio grande, por cierto, tratándose de 1830. Pero Hermosilla, sin reparar que Cabanyes era en la forma el discípulo más fiel de aquel Moratin, por él tan alabado, le trató como un principiante de buenas disposiciones y se dignó dirigirle impertinentes reparos gramaticales. (1) Y ciertamente que si Hermosilla hubiera sentido de veras la belleza clásica, cuyos ejemplares conocía bien como filólogo, habríale faltado valor para sus censuras, después de leído este pasaje de la misma oda :

¡Yo lo veré — con llanto!
 Pero mi pecho latirá tranquilo.
 Del Ida allá en la cumbre
 Así al Saturnio el gran cantor nos pinta
 El áspera reíriga
 Contemplando de Teucros y de Aquivos,
 Caen los héroes; rojas
 Con la sangre las límpidas corrientes
 El Janto y Simois vuelcan;
 La faz llorosa y suplicantes manos
 Al Olimpo dirigen
 Las Dárdanas esposas y las madres;
 De las Deidades mismas
 El feliz corazón palpita inquieto :
 Y calma goza eterna
 El Padre de los hombres y los dioses.

Esta maravillosa imagen de la serenidad olímpica, esta reproducción en pequeña escala de uno de los grandes cuadros de Homero ¿no entusiasman al traductor de la Iliada?

La oda «A Marcio» está escrita en dodecasílabos combinados con su hemistiquio agudo, de esta suerte :

Por la angosta senda del Garraf riscoso
 Corcel desbocado dirigir sin riendas,
 O por las furentes olas del Egeo
 Barquilla regir,...

(1) Consérvanse los pliegos de reparos de Hermosilla entre los papeles de Roca y Cornet, en el Archivo Metropolitano de Tarragona.

Es composición bastante singular y extraña, que recuerda algunas odas de Horacio, pero amalgama estas imitaciones con recuerdos nacionales, terminando con la jura de Santa Gadea, un poco afectadamente descrita, según Menéndez.

La oda «El Estío», tiene estrofas de primer orden por la rapidez y el número :

Hacia tí con deseos criminales
La su vista de águila volviera
Entonces de las Galias
El domador, cual mira
Hambriento azor de la región del éter
La que va a devorar tímida garza.

¡Astro del Orión! hermoso brillas
En las noches de otoño; mas tu lumbre
Nuncia de tempestades
Llena de luto el alma
Del labrador que en torno el duro lecho
Enjambre ve de nudos parvulillos.

Mensajera de mal la estrella Julia
Así de Italia apareció en el cielo...

Qué frases tan horacianas : *nudos parvulillos* (Od. II, 18, 26, 3), *estrella Julia* (Od. I, 12, 46, 6). Qué lírica la transición de la segunda estrofa :

¡Astro del Orión! hermoso brillas.

En la ingeniosa oda «Mi navegación», la alegoría, no bastante clara, como ya advirtieron Hermsilla y Milá, queda compensada por sus altas ideas, generosos sentimientos y bellas estrofas.

La poesía «Colombo» es notable por la feliz elección del asunto. En ella, nuestro poeta, digno imitador de Horacio y de Fr. Luis de León, hace levantar al Océano de las ondas para hablar al héroe más intrépido del mundo. ¡Con qué maestría pone en boca de ese gran Númen la envidia que produciría a las demás naciones esta empresa de gloria, los inmensos beneficios que derramará España en aquellas regiones y la ingratitud con que un tiempo debían alzarse contra la madre patria! A pesar de que sus endecasílabos sueltos no se distinguen por aquella precisión lírica, que tanto recomiendan a las otras poesías, parecen no obstante, a Milá, dignos de compararse y aun de equipararse con *I Sepolcri* de Foscolo.

* * *

Réstanos hablar de una de las poesías de los *Preludios*, que por su carácter autobiográfico merece capítulo aparte.

Tres tiernísimos afectos agitaron el corazón de Cabanyes durante su breve vida : el amor a su madre, «ángel terrestre que nos vela, que nos enjuga las lágrimas inocentes de la niñez, las inflamadas de la mocedad y tal vez las criminales de la edad viril»; el cariño a sus amigos, «astros que en las tormentas de la vida aparecen esplendorosos, constantes y consoladores entre las tempestuosas nubes» y, finalmente, la ardiente pasión que le inspiró una honesta doncella villanovesa, a la que juró eterno amor.⁽¹⁾ «Si la mano de la muerte, escribía, cerrase para siempre tus ojos divinos, divina amiga mía, la fresca guirnalda que conserva aún la vida en mis sien- nes abrasada caería seca y marchita.»⁽²⁾

Este su único amor profano, si podemos hablar así, había de ser fatal a Cabanyes. Precisamente cuando alegre tejía nupcial corona para orlar la frente de su amada, «un destino impío»,⁽³⁾ quizá la traidora dolencia que minaba secretamente su débil cuerpo, dióle a entender que el amoroso ensueño no había de ser más que el delirio de un enfermo. Otro hubiera caído en la más amarga de las desesperaciones; Cabanyes, empero, espíritu reflexivo y de profunda fe religiosa, al que aun en sus más terribles crisis de pesimismo hemos visto remontar el vuelo de su pensamiento en alas del ideal, persuadido de que «la virtud como la corteza del cinamomo entonces despide más fragante olor cuando es magullada y rompida», supo inclinar

(1) Esta honesta doncella, según la tradición, fué Antonia Inglada y Roig, que nació en Villanueva el 18 de septiembre de 1811 y casó a fines de 1837 con Jaime Urgell, natural de Reus, siendo madre de dos generaciones de artistas. Fabrè y Oliver, en su citada conferencia en el Ateneo Barcelonés, transcribe una carta de D. Eduardo Vidal y Valenciano en la que refiere cómo el pintor Urgell sorprendió un día el secreto de su madre, con ocasión de leerle al acaso la poesía «Perdón, celeste Virgen», del volumen *Producciones escogidas* que casualmente había llegado a sus manos, noticia que Vidal conocía por el malogrado literato D. José Coroleu e Inglada, pariente de aquélla. El mismo Fabrè afirma en otro de sus trabajos sobre Cabanyes, que la expresada Antonia debió tener en su poder los autógrafos de las poesías «Canción del esclavo» y «Canción», relativas a los amores del poeta, que después de su muerte pasaron a la familia Inglada.

(2) Segundo «Pensamiento suelto».

(3) Se ha creído generalmente que la madre de Inglada se opuso tenazmente a estos amores, no se sabe con qué motivo, tal vez por la tenaz dolencia que minaba la salud del poeta. Fabrè en sus citados trabajos y Gras y Elías en sus *Siluetas d'escriptors catalans del segle XIX*, dan de ello detalles que por lo minuciosos reputamos inverosímiles y opuestos al carácter de Cabanyes. La frase «destino impío», así como las indicaciones biográficas que hemos apuntado de este último período de su existencia, más bien favorecerían la hipótesis de que la verdadera causa que impidió la realización de los amores de Cabanyes fué su precaria salud.

la cabeza ante el fatal decreto y apartar, sereno, de sus labios de fuego, el cáliz del amor.

He aquí el asunto de la poesía de los *Preludios* que nos resta saborear.

Este episodio, que iluminó melancólicamente casi toda su producción literaria, fué, sin duda, anterior al año 1831. Entonces, al terminar su carrera, escribió desde La Granada a su amigo Roca la carta de 30 de octubre, cuyos conceptos sólo pudo dictar la viva contrariedad que sintiera al vislumbrar en su incierto porvenir el terrible momento en que, privado de su madre, hermanos y amigos, arrebatado por el torbellino de las humanas vicisitudes, lejos de aquéllos que correspondieron a los afectos de su corazón, quedara solo en el camino de este mundo «sin una barraca hospitalaria, los lares de la familia y un pedazo de pan».

El sacrificio hubo de costarle copioso llanto, como confiesa en su «Canción», y sólo a la esperanza de que su amante virgen conservara fiel la memoria de su infelice amor resignóse a sentirse feliz en su desgracia, más feliz que el favorito de la fortuna, de la hermosura y del ingenio, como canta en su poesía A *** «Fatal lauro de victoria».

Dos años más tarde, pocos meses antes de su prematura muerte, todavía el doloroso recuerdo conmovía su mente, contrastando con la dicha de su amigo Cintio, cuyos amores celebraba en sentido himno epitalámico y polirrítmico:

«Mas ¡ay Cintio! de tu amigo
Sobre la mano abrasada,
Palidece marchitada
De nuestro valle la flor;
Y de mí laúd las cuerdas,
Fugitivo el placer blando,
Mueve triste murmurando
Sólo el aura del dolor.

«Sentidas lágrimas
Por mi semblante
Corrieron férvidas,
Cuando a las aras
Cabe tu Fílida
Marchar te vi;

«Y en ansia incógnita
Palpitó el pecho,
Cuando con sincero
Labio amoroso,
Mirando a Fílida,
Dijiste: ¡Sí!

«No fué la envidia
¡Ah! ¡bien lo sabes!
Del placer célico
Que tú gozabas,
Quien de mi espíritu
Turbó la paz;

«Fué una mortífera
Voz que en el alma
Sonó fatídica:
Tales dulzuras
Nunca tú ¡miseró!
Disfrutarás. (1)

La expresión, empero, más perfecta e inspirada del trágico desengaño, el fruto exquisito de estos infortunados amores, que habían de ser «al mismo tiempo el suplicio y la felicidad de su vida», son las delicadas estrofas de la única poesía amatoria de los *Preludios*, de la que, como dice Menéndez, no es posible dar una idea acabada sin transcribirla íntegra, la que comienza:

Perdón, celeste Virgen
Si a tus honestos labios
Arrebaté de amor costoso un sí:
Si a tu inocente pecho,
Si a tus sueños tranquilos
Turbé la calma plácida, perdón.

Admirable por su sentimiento, por su sobriedad y por su galanura, es la más íntima y quizás la más acabada de las producciones de Cabanyes. No se concibe mayor pureza de sentimiento y de expresión. Por su carácter profundamente subjetivo y castamente erótico, parecía reclamar la estrofa sáfica; pero el genio de Cabanyes, que la prefirió para cantar otros temas, rechazóla en el presente como para alejar hasta la memoria del sentimiento profano que la poetisa de Lesbos canta en su célebre oda, cuyos fragmentos más fogosos nos transmitiera Longino. (2) No he sabido encontrar, observa el Canónigo Baranera, un sacrificio tan puro, ni en las salmodias de Verlaine después de su conversión, ni en el erotismo penitente del Petrarca, ni

(1) Este cántico nupcial fué escrito en enero de 1833, según lo comunicaba el poeta a su amigo Roca en carta de 10 del propio mes, siendo quizás la última de sus poesías. El matrimonio de Roca y Cornet, al que probablemente asistió Cabanyes, se celebró el día 14 de febrero de 1833 en la parroquial iglesia de Santa María del Mar, de Barcelona, oficiando el ilustre Torres Amat. Además de la impresión por A. Bergnes y C.^a, de Barcelona, parece deducirse de la carta de Mas, de 2 de febrero de 1833, que se publicó el cántico en *La Revista de la Corte*.

(2) Boileau: *Traité du sublime, traduit du grec, de Longine*, págs. 85-89. Obra que figuraba en la biblioteca de Cabanyes.

siquiera analogías con la pureza de afección y castidad de estilo, sin remontar la corriente de la tradición poético-catalana hasta Ausias March.

En esta poesía es donde encontró, quizá más que en otra alguna, el secreto de la forma. Hay grande atrevimiento, opina Alcoverro, en intermediar endecasílabos agudos con eptasílabos breves. Cabanyes tuvo, además, en esta poesía, intuitivamente la idea de realizar lo que muchos años más tarde debía decir Lamartine en esta u otra parecida frase: «La poesía habrá conseguido su mayor triunfo el día en que sea prosa».

Nada hay en ella, según Milá y Fontanals, de imitación, nada de escuela, nada que falte, nada que esté de más, nada violento y precipitado. Es el triunfo de la virtud y la resignación cristiana, que renuncia al Amor por amor, sujetándose a la voluntad divina y entregándose serena en brazos de Dios en las últimas estrofas, bañadas dulcemente, como otras de sus poesías, por la tenue luz de la inmortalidad:

Y cuando al fin mi espíritu
Las odiadas cadenas
Rompa que le atan al arcilla vil;
Y sus alas despliegue,
Y a volar se aperciba
A la eterna mansión del Sumo Bien;
¡Ángel mío! en los coros
Yo esperaré encontrarte
Que himnos santos entonan al Señor;
Y a tan plácida idea
Sobre el muriente labio
Sonrisa celestial florecerá. (1)

* * *

A unos dos kilómetros de Villanueva, en medio de la campiña cerrada por formidable sierra que principia en el monte *Atalaya* y corre hasta el *Mont-Gros*, destaca un severo palacio de estilo Renacimiento, (2) rodeado de pinos y de vides, de palmeras y de cipreses. Es la quinta señorial de los Cabanyes, *la Masia d'en Parellada*.

(1) La poesía «Perdón» ha merecido repetidamente los honores de la publicación, siendo una de las más conocidas del poeta. Además de los *Preludios* y de *Producciones escogidas*, publicóse en el *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer* (agosto de 1885), en el *Diario de Villanueva* (23 de mayo de 1914), en el *Compendio de Poética*, de C. Cortejón (1881), y en la conferencia citada de Fabrè y Oliver. Rubió y Ors la recordó en el metro de su poesía «A Cabanyes»; nosotros la dimos a conocer últimamente a los lectores de *Reseña eclesiástica*, de Barcelona (febrero de 1924), con el artículo «Un poeta catalán casi desconocido».

(2) Es de estilo neo-clásico, obra de un arquitecto italiano desconocido, quien inspiróse sin duda en las deliciosas «villas» de su país, aunque añadiéndole las galerías abiertas laterales tan frecuentes en Cataluña. «Recordando a un poeta», artículo de M. Llopis y Bofill en el *Diario de Barcelona* de 28 de marzo de 1922.

Conduce a ella, escribe Victor Balaguer, que la visitó un día acompañando un grupo entusiasta de poetas catalanes, (1) menguado y tortuoso camino carretero, a cuya vera se abren, de vez en cuando, profundas cavas. Unas hileras de añosos olivos, que terminan en un grupo de esbeltos álamos, indican la proximidad de la *masía*, a la cual se sube por una escalera de piedra algo ruinoso ya, llegando a lo que los poetas de nuestro siglo xvii llamaban el *terrero*, es decir, el campo o terraplén delante de la casa, sitio y teatro, en nuestras comedias antiguas, de amorosos discretos y de galantes coloquios.

Un ancho vestíbulo conduce a una espaciosa escalera y ésta al piso principal, donde, cruzada la antesala, se penetra en el salón, de cuyas paredes penden preciosos cuadros de Viladomat, el pintor favorito de los catalanes. (2) Desde el amplio salón podía divisar el poeta, por los grandes balcones que dan al terrero, todo cuanto fué objeto de su poderosa concepción: el mar, perdido entre cuyas brumas vió «a un hombre de Liguria conducir las íberas quillas a ignotas playas», Colombo; Villanueva y Geltrú, su patria, con la parda torre de la casa en que moraba la celeste Virgen de su «Perdón» sublime; el ríscoso *Garraf*, que cantó en su poesía «A Marcio», y el cielo donde brillaba aquella estrella, «ninfa del Eter», a la que invitara a descender para que «escribiera sobre su frente, con rayos de su corona, la ley de su destino».

El salón comunica con dos habitaciones interiores: la de la derecha fué aposento del poeta, reducida estancia que da a la amplia galería porticada hacia Oriente, severamente amueblada con sillería de estilo inglés. De sus paredes blanqueadas cuelgan todavía cuadros de asunto mitológico. (3) Una consola sostiene un escaparate con un crucifijo de talla. (4) La habitación aparece interrumpida por un cortinaje de anchos pliegues que al descorrerse permite ver una modesta cama de hierro. (5)

Es el lecho en que murió el poeta.

Éste hacía tiempo que venía minado por secreto germen de muerte. Ya en el corazón del último invierno escribía a su amigo Cintio que «el frío le tenía rendido y que no hacía nada, absolutamente nada». (6) El mis-

(1) Recientemente publicó también las impresiones de su visita a la «Masía d'En Cabanyes» Allison Peers, en el *Bulletin of Spanish Studies*, con el título «Literary Pilgrimages in Spain». II.

(2) Los cinco Viladomats representan escenas de la vida del casto José.

(3) Representan la Muerte de Meleagro, Calixto descubriendo la preñez de Diana, el Rapto de Europa y Alegoría de unas Musas.

(4) Encima del escaparate, enfrente de la cámara mortuoria, existe un cuadro representando a Santa Teresa de Jesús contemplando la aparición del Niño Jesús. El Canónigo Baranera supone que el poeta moribundo fijó sus ojos extáticos en esta pintura. La circunstancia de que no conste este cuadro en el «Estado o Catalogo de las pinturas de la Casa Cabanyes», escrito por el hermano mayor del poeta, como las pinturas anteriormente mencionadas, podría indicar que fuese de adquisición posterior.

(5) El pabellón cubierto que cobija la cama es de una especie de cretona o indiana, fabricada con seguridad a principios del siglo xix. Llaman también la atención la sillería y el sofá de gusto inglés (período Heppelwhite), del cual existen bastantes ejemplares en algunas comarcas de Cataluña. Llopis y Bofill, l. c.

(6) Carta de 27 de diciembre de 1832.

mo Roca declaró después que «su pasión por el saber, fomentada por un genio ardiente y por una aplicación extremada, le abrió el sepulcro en la flor de sus años; que, dando a su espíritu un vuelo muy superior a lo que su complexión permitía, llegó a olvidarse de sí mismo y que, siendo su amor al estudio igual a su talento, brillaba ya entre sus amigos y compañeros con un resplandor prematuro que hacía temer su cercano fin.»

En efecto, atacado de tisis aguda, cuyos progresos, apenas el mal empezó a iniciarse, no pudieron cortar todos los socorros y consuelos prodigados por una familia que le amaba, fué trasladado de Barcelona a su quinta, cerca de su país natal, sin que los aires del campo, ni los auxilios de la ciencia⁽¹⁾ fuesen bastantes a detener el rápido curso de una enfermedad, que a pesar de su ordinaria lentitud, le arrebató en menos de dos meses.⁽²⁾

El poeta miró a la muerte con la serenidad conque tantas veces la había evocado en sus poesías; sufrió la enfermedad con la mayor resignación, sin mostrar impaciencia por lo agudo del mal, el fastidio de los remedios ni el dolor de los suyos. Profundamente cristiano, se dispuso al tránsito con la dignidad del justo, pidiendo por sí mismo los Santos Sacramentos y recibiéndolos con ánimo tranquilo y sumiso, siendo, a pesar de su natural vivacidad, admirables la paciencia y la dulzura conque edificó a cuantos le rodeaban.⁽³⁾

Se ha querido suponer, con relación a sus desgraciados amores, que hallándose ya en los mismos umbrales de la eternidad recibió la visita de unos enviados de su amada.⁽⁴⁾ La especie necesita a nuestro juicio de detenida comprobación. No es de creer que la piadosa madre de Cabanyes permitiera que se turbase la santa placidez de los últimos días del hijo predilecto con recuerdos profanos. Su hermano mayor, testigo de la última enfermedad, afirma que fué admirable su tranquilidad y dulzura y que si algún recuerdo de amor terreno acarició el delirio que precedió a la muerte fué el de su dulce amigo Cintio, cuyo nombre pronunció con frecuencia.

Por fin al rayar el alba del 16 de agosto de 1833, cuando apenas se había desvanecido el último eco de la fiesta de la Asunción, el espíritu electo de Cabanyes, que sólo ansió las plácidas moradas de paz donde reinan la Verdad y la Justicia, rodeado de su madre, de sus hermanos José Antonio⁽⁵⁾

(1) En las cuentas de la última enfermedad del poeta, consta que le asistieron los facultativos de Villanueva D. Isidro Parellada, D. Carlos Galcerán y D. Ignacio Valenti.

(2) «Noticia del Sr. D. Manuel de Cabanyes», por D. J. Roca y Cornet, en la edición de 1858.

(3) Carta de José A. de Cabanyes de 29 de agosto de 1833.

(4) Fabrè en la conferencia del Ateneo y Gras y Elías en sus *Siluetas*, suponen que, enterada la amada de Cabanyes de la enfermedad postrera de éste, logró que su madre comisionara a su hijo el pintor Inglada para que, acompañado de un sacerdote amigo y consejero de la familia, notificara que levantaba su veto a los amores de su hija y el poeta.

(5) D. José Antonio de Cabanyes casó en 1836 con D.^a Josefa de Olzinellas y de Romero. Murió en Villanueva en 11 de julio de 1852, siendo sepultado en el cementerio de La Granada.

y Dolores⁽¹⁾ y de sus fieles servidores⁽²⁾ cerró los ojos a la tierra para abrirlos a la Belleza Infinita, según los anhelos tantas veces expresados.

Cuando a par de mi cabaña
Sentado una noche amiga
Del estío
Armada de su guadaña
Venga la muerte y me diga,
«Ya eres mío».

¡Oh Luna! en aquel momento
¡Ay! alumbrá por piedad
Al que un día
Joven, su lira y su acento
A ti, bondosa deidad,
Dirigía.

Y sobre tus rayos, rotas
Las mortales ataduras
Volará
Mi espíritu a las ignotas
Deseadas mansiones puras
De Jehová.⁽³⁾

(1) D.^a María de los Dolores de Cabanyes casó en 3 de noviembre de 1840, en Barcelona, con D. Ramón de Cárcer y de Falguera, Marqués de Castellvell.

(2) No es inverosímil que presenciáran la muerte del poeta los colonos de la «Masía», Sebastián Puig y Catasús y Gertrudis Carsi y Plana, que vieron nacer a la sombra de los Cabanyes «cual enjambre de nudos parvulillos» a sus trece hijos. A uno de éstos, Juan, padre del que esto escribe, apadrinaron en las fuentes bautismales D.^a Catalina Ballester y D. José Antonio de Cabanyes, madre y hermano mayor del poeta.

(3) No podemos compartir la opinión de los que, sin duda para poetizar la escena de la muerte de Cabanyes, la añaden detalles inciertos, por no decir inverosímiles. De tal reputamos la especie patrocinada por Fabrè al afirmar que «la familia, abriendo de par en par el balcón que da a porticada galería, hizo que la luna besara la pálida y hermosa frente del poeta, de busto tan bello como su alma. Así se cumplieron los deseos del vate espresados en estas estrofas de su oda "A la Luna".» (Conferencia del Ateneo Barcelonés.)

En los siguientes términos anunciaba desde Villanueva Domingo Creus a su hijo, en carta de 19 de agosto, la muerte del poeta: «Mori Manuel lo dia 16 entre 5 y 6 del mati; el 17 se li feren las exequias, y a la nit portaven son cadaver a la Granada, ahont va passar pera la tarde Jph. Anton; y ahy 18, al tart retorna en companyia del P. Nofre que tambe hi havia anat. La mare y germana ahy al mati vingueren de la masia, y Jph. Anton ha regressat de la Granada. — Ahy al vespre lo vai veurer y avuy tambe l'hi vist; está bo pero trist, y la seua mare y germana las deixa veurer». (Biblioteca Balaguer — Reg. de C. y MS., núm. 960.)

Después de celebradas las exequias en la parroquial iglesia de San Antonio, recibió el cadáver del poeta sepultura eclesiástica en el cementerio de La Granada, donde su familia poseía una heredad. Recientemente, la agrupación villanovesa «Pomell de Joventut Poeta Cabanyes» pasó el día 15 de abril de 1923 a dicho cementerio, para presenciá el traslado de la urna que contiene los restos del poeta a una nueva sepultura. Véase *Costa de Ponent*, de Vilanova, de 21 de abril y 12 de mayo del mismo año.

Además de las doce poesías de los *Preludios*, dejó escritas Cabanyes otras que en su exquisita modestia juzgó «tan solo dignas de conservarse a título de memoria de los mejores años». (1)

Estas venerandas reliquias literarias son, por desgracia, muy pocas, a saber: dos odas horacianas, inferiores en conjunto a los *Preludios* pero bastantes a acreditarle, según Menéndez, si éstos faltasen; dos epístolas escritas al modo de Horacio, inferiores también a aquéllos, pero llenos de hermosos versos, (2) y las poesías «Canción», «Canción del Esclavo», «A ***», (3) «A la Luna», (4) «A Don Pablo Alcover», (5) «A D. Juan Corminas» (6) y la versión en verso de la tragedia *Mirra* de Víctor Alfieri. (7)

Han de incluirse, además, en sus producciones, otros preciosos trabajos en prosa, como *Las Noches del Tasso*, traducción del original italiano en colaboración con Roca y Cornet, publicadas antes de los *Preludios*; (8) el cuento de Machiavelo, que vio la luz en *El Diario de Barcelona* pocos años después de la muerte del poeta; (9) la *Historia de la Filosofía*, de la que nos

(1) Carta a Roca y Cornet de 19 de mayo de 1833.

(2) La primera Epístola, correcta aunque algo prosaica en alguno de sus fragmentos, es de fina intención satírica. La segunda se refiere a la guerra civil, cuyos horrores arreciaban cuando fué escrita, tema ya magistralmente tratado en otras composiciones. Ambas fueron publicadas por Milá y Fontanals, excusándose de transcribirlas íntegras por no permitirlo el incorrecto manuscrito de que disponía.

(3) Las dos últimas poesías ligeras fueron, según Milá, publicadas por D. J. Ll.

(4) Esta oda debió escribirla el poeta en el verano de 1832, según se colige de sus cartas a Roca de 23 de agosto y 15 de septiembre de dicho año.

(5) Es, sin duda, contestación a la que le dirigió a Huesca el poeta Alcover.

(6) Publicóla por primera vez el Canónigo Corminas en su *Suplemento a las Memorias de Torres Amat*.

(7) La carta de 23 de abril de 1831 podría dar alguna luz acerca el tiempo y motivo de esta traducción.

(8) Publicáronse las *Noches* en 1832, en una bella edición en miniatura de la imprenta Bergnes y C.ª, de la que queda un ejemplar en la biblioteca Cabanyes. Tradujéronlas del original italiano, por mitad, Cabanyes y su amigo Roca. Elías de Molins dice en su *Diccionario Biográfico* que la publicación alcanzó gran éxito, superando las esperanzas de sus jóvenes autores, pues se agotó la edición en breve tiempo, siendo actualmente rarísima. Esto explica que ningún biógrafo del poeta hable de esta traducción con anterioridad al 1889. Gras y Elías supone equivocadamente que está escrita en verso.

En el año 1839, el mismo editor Bergnes publicó una segunda edición con el título *Noches de Torcuato Tasso*, traducción libre del original italiano por D. M. C. y D. J. R. y C.ª, con una «Advertencia preliminar» y «unas noticias sobre las Noches del Tasso», ya publicadas en la primera. En la Advertencia escribía Roca y Cornet: «Cuando salió al público esta traducción, Cataluña y España gozaba aún de la preciosa existencia de D. Manuel de Cabanyes. Entonces, su modestia no me permitió anunciar al público, ni aun por medio de los perjódicos, que mi joven amigo había traducido la mitad de las *Noches* que se publicaban y prefirió el anónimo. Mas en el día en que me es tan cara su memoria y en que la fama de su genio se ha engrandecido con publicaciones posteriores, mientras que circunstancias más favorables permitan la edición póstuma de sus obras, no me será lícito para recomendar aquéllas al público inteligente revelar el nombre del que se dignó asociarme a su traducción?». Véase el artículo «Cabanyes, traductor de Tasso», publicado por D. Manuel Creus y Esther en el *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer* de febrero de 1889 y «Bibliográfica» del periódico *El Vilanoví* de 28 de marzo de 1923.

(9) El cuento de Maquiavelo «Belfagor arquidiablo», publicólo Roca y Cornet en el *Diario de Barcelona* de 17 y 18 de marzo de 1839, precedido de las siguientes líneas: «La siguiente anécdota, escrita en italiano por el célebre Nicolás Maquiavelo, fué traducida de su mismo original por el malogrado joven

quedan tan sólo los fragmentos y extractos de las *Producciones escogidas*; (1) seis *Pensamientos sueltos*; (2) algunas muestras, aunque escasas, del género epistolar, extraídas de sus cartas familiares, (3) y otros trabajos como la *Vida de César*, *La luz del Harem*, *Cartas a Sara* y otros varios apuntes que se han perdido. (4)

literato D. Manuel Cabanyes, cuyo nombre, tan amado de todos cuantos conservan afición a las letras y a la gloria de la patria, parece que añade un nuevo interés a esta traducción. Ya que por una serie continua de circunstancias poco favorables se ha visto privado el público inteligente de la completa edición de las obras que dejó escritas Cabanyes, nos parece a lo menos con esta corta publicación tributar un grato recuerdo a su memoria, aunque en esta anécdota no pueda figurar la rauda vivacidad de su genio sino únicamente la facilidad de su estilo, que le caracteriza hasta en sus menos importantes traducciones. Debemos esta producción a la generosidad de un amigo a quien Cabanyes la había cedido y nos la proporciona con el objeto de publicarla en nuestro periódico. El editor». Publicó también este cuento el *Boletín de la Biblioteca-Museo* de febrero y marzo de 1890. Véanse, además, los artículos anónimos publicados en el mismo *Boletín* con el título «Cabanyes, traductor de Maquiavelo».

(1) «Algunas traducciones del francés, inglés e italiano, escribe Roca y Cornet en el prólogo de la edición de 1858, perfeccionaron en Cabanyes el manejo del idioma español que había profundamente estudiado en nuestros clásicos; pero su talento reflexivo y universal conoció desde un principio que los raptos del genio sin la solidez de la filosofía no son más que ráfagas brillantes, y que es preciso ser antes filósofo que poeta. En sus manuscritos se descubre lo raro y profundo de sus investigaciones en esta parte, pues tenía muy adelantada la *Historia de la Filosofía*, en cuyas preciosas páginas, llenas de erudición y de sabiduría, se proponía presentar en compendio todos los progresos de la inteligencia humana, arduo y grandioso proyecto. El manuscrito contenía veinte pliegos y no estaba concluido.»

(2) Cabanyes, según Roca y Cornet afirma por nota al artículo de Milá en la edición de 1858, apuntaba con mucho ahínco sus reflexiones y pensamientos personales en una especie de memorias o diario. Sólo nos quedan de él los seis pensamientos sueltos de dicha edición.

(3) A propósito de sus cartas familiares, escribe Roca y Cornet en la edición citada: «En esos sencillos y espontáneos arranques de la amistad es donde, por decirlo así, se le sorprende en lo más íntimo de su carácter y en lo más natural de sus afecciones: sus cartas eran su conversación misma, su trato, sus maneras de discurrir y de juzgar, y la amenidad con que su genio vivaz razonaba sus dichos aparece transparente y sin estudio en sus escritos familiares. Me ha parecido, pues, que estas líneas harían resaltar con toda verdad el retrato de su alma ingenua, flexible y encantadora, en la cual el genio sublime y el más elevado sentimiento visten el ropaje del candor y de la naturalidad.»

(4) Entre los papeles de Roca y Cornet que se conservan en el Museo Histórico Archidiecésano, de Tarragona, encontramos la siguiente nota:

«Manuscritos entregados por el Sr. Cabanyes en 23 de Abril de 1834:

» *Historia de la Filosofía*. Opúsculo completo.

» *La luz del Harem*. Anécdota completa.

» *Historia de César*. Opúsculo, al parecer completo, con dos pliegos escritos por mitad.

» *Discurso sobre la Historia literaria de España*. Completo.

» *Observaciones de la censura y contestación del autor*.

» *Cartas a Sara*, por J. J. R., traducidas por M. J. C. Completo.

» *Apuntes para servir a la historia de Fernando 7.º*

» 10 pliegos escritos con margen, de historia seguida al parecer sin principio; 2 de citas de leyes; un cuaderno en 4.º de apuntes históricos y varias notas sueltas.

» *Historia de España*. Compendio resumidísimo dividido en 6 épocas. Falta la última y ocupa 4 pliegos y medio de papel, escritos,

» Legajito de apuntes sobre instituciones de órdenes religiosas y otras materias.

» Notas de un contemporáneo acerca la prisión de Antonio Pérez, sacadas de un libro antiguo. Parece que además se hallaba trazada una historia, pues se hallan en cuadernos separados: uno con el título I, otro cap. III, y otro cap. IV en el que se halla el capítulo V. concluido, sin llenar sino la mitad del cuaderno.

» Libretita como de memorias en 8.º largo, de la que hay 5 hojas escritas.»

El Sr. Roca afirma en la citada «Noticia» preliminar de la edición de 1858, que no se habían encontrado los manuscritos del «Discurso sobre la Historia literaria de España», la «Historia de César», en la que siguió a Plutarco; varios y curiosos «Apuntes sobre la historia de España ya antigua, ya del tiempo de Felipe II y de Fernando VII y algunas otras composiciones».

Aparte de estos frutos del ingenio de Cabanyes, pocos son también los recuerdos que nos quedan de él, si se exceptúa la cámara mortuoria, monumento viviente que los suyos conservan religiosamente tal como lo hemos descrito, en el mismo estado en que se hallaba en la infausta madrugada del 16 de agosto de 1833.

Podemos evocar imaginativamente al poeta, gracias a los rasgos fisiológicos que nos ha transmitido su hermano en su repetido *Dietario*: «Fué este joven de un bellissimo personal; alto y muy bien formado: su cara muy expresiva, su boca risueña y sus ojos pardos muy animados bien que era un poco miope, el pelo castaño oscuro graciosamente arqueado».

A mayor abundamiento poseemos dos buenos retratos de Cabanyes: el tenido hasta ahora por auténtico, debido al pincel del laureado pintor barcelonés Pelegrín Claver, amigo del poeta, según el citado *Dietario*,⁽¹⁾ pero pintado después de su muerte, y el pastel al natural de Sinibaldo de Mas, que hemos tenido la fortuna de adquirir y que conservamos como el mayor galardón a nuestro amor al poeta villanovés y que publicamos al frente de este modesto estudio, gracias a la bondad del distinguido notario de Barcelona, D. Joaquín Dalmau y Fiter, que lo conservaba como recuerdo de su pariente Roca y Cornet, para quien fué ejecutado.⁽²⁾

Consérvanse en la «Masía» las pruebas o capillas de los *Preludios* y una buena parte de sus libros y en la Biblioteca-Museo Balaguer las tres cartas autógrafas que publicamos en el Apéndice, con la composición musical que se le atribuye, y de la que hemos hecho mérito.

Debemos a la bondad de la hija política de Roca y Cornet, D.^a María Hernández, Viuda de Roca, la carta autógrafa de 15 de septiembre de 1832 que nos ha permitido rectificar y completar la publicada en *Producciones escogidas*.

Finalmente D. Carlos de Cabanyes, que con exquisita amabilidad nos abrió su interesante archivo de familia en beneficio de estos apuntes, posee los títulos de bachiller y licenciado en leyes, el de abogado y varios autógrafos del poeta, a saber: un cuaderno de 14 páginas con la traducción castellana de las fábulas de Esopo, la poesía «A D. Pablo Alcover» y el citado soneto «A Conrado», los borradores de las poesías «Canción» y «A la luna», fragmentos de «El Oro», «La Independencia de la Poesía», «Oda improvisada a Corminas» y de la tragedia *Mirra* y la interesante carta inédita a su hermano José Antonio de 11 de mayo de 1833, quizás la última que escribió y que incluimos entre los documentos del poeta.

(1) D. Pelegrín Clavé y Roqué (1811-1880), natural de Barcelona, pensionado en Roma, Director de la sección de pintura de la Academia de Bellas Artes de Méjico. El retrato de Cabanyes, pintado por Clavé, sirvió de modelo para el que el fundador de la Biblioteca-Museo mandó pintar para su rotunda; para el que todavía preside la Biblioteca Provincial Universitaria de Barcelona, por cierto con notorio error en el año de su muerte, y para la estatua que modeló Campeny en 1890 para el pórtico de la expresada Biblioteca-Museo Balaguer.

(2) Formó parte de la Exposición de Retratos y Dibujos antiguos y modernos celebrada en Barcelona en 1910, con el número 1196.

Los *Preludios de mi lira* apenas llamaron la atención pública. Balaguer oyó decir, y túvolo por cierto, que no hubieron de venderse del cuaderno más allá de diez o doce ejemplares. Acerca de él no se escribió otro artículo que el que le dedicó Roca y Cornet en *El Diario de Barcelona*, que por cierto se distinguía por su timidez y parvedad en la alabanza⁽¹⁾ y aunque dispensaran al opúsculo honrosa acogida los entonces oráculos de la crítica literaria como Quintana⁽²⁾ y Hermosilla,⁽³⁾ a decir verdad, muerto ya

(1) *Diario de Barcelona* de 13 de mayo de 1833. De esta timidez se exculpó más tarde en su «Noticia» de la edición de 1858, pág. 12.

(2) D. Manuel José Quintana, en carta de 1.º de mayo de 1833, acusaba recibo a Cabanyes de sus *Preludios* y le decía textualmente: «Hallo generalmente en ellas el mérito poco común de una composición sencilla, juiciosa é interesante, unida á pensamientos elevados, sentimientos enérgicos, y miras grandes y nobles. En esta parte hay mucho que alabar: en lo que me parece que no tendrá V. aprobadores es en el sistema de versificación que ha adoptado; porque no tiene toda la música y el alhago á que están acostumbrados los oídos modernos en la poesía lírica. Ya sabe V. que yo no soy de los desesperados *filorímicos*, como V. los llama, que todo lo sacrifican á la simetría y sonsonete de sus negros consonantes, pero entiendo que nuestros versos líricos para producir del todo el efecto agradable á qué como tales deben aspirar, no pueden absolutamente prescindir de la rima; adorno, si se quiere gótico y rudo en su origen y principio, pero después perfeccionado mucho por los escritores posteriores, y ya necesario en las lenguas modernas, faltas de verdadera prosodia, de valentía y elegancia si se las compara con las antiguas. — V. dará á esta indicación el lugar que en su prudencia estime y esté seguro de que estimo y agradezco mucho el obsequio que V. me ha hecho, y le animo con toda sinceridad á que prosiga en su camino empezado tan felizmente, si es que se halla con fuerzas y valor para arrastrar los desabrimientos que acompañan á una arte tan desairada, y á los peligros que suele sobrevenir en su ejercicio cuando lleva la tendencia que tienen los versos de V.».

(3) D. José Gómez Hermosilla, en 25 del propio mes de mayo, escribía a su vez a Cabanyes: «Correspondería yo mal á la confianza con que V. me honra, si, rogándomelo con tanto ahinco y mostrando tanta docilidad, no le dijese francamente mi opinión sobre sus poesías. Digo pues que en su generalidad me han gustado, que veo en V. bellas disposiciones para sobresalir algún día entre los alumnos de Apolo, que ahora mismo muestra ya en los *Preludios* de su lira que no le son desconocidos los secretos del arte, y que algunos trozos de sus composiciones nada dejan que desear. Pero me parece que está V. un poquito contagiado del *magüerismo* y *neologismo* que tan graciosamente ridiculizó Moratín en su epístola á Andrés». Después de lamentar los defectos de que suelen adolecer algunas composiciones de la época y de proponerle por modelos los trozos escogidos de Garcilaso, León, Herrera, los Argensola y Francisco de la Torre, Rioja y sobre todo las poesías sueltas de Inarco, continúa: «Allí verá V. hermosos simos pasajes y composiciones enteras admirables, sin que en ellas haya ninguna de aquellas mamarrachadas. Lea V., por ejemplo, los endecasílabos sueltos del último al nacimiento de la condesa de Chichón, y verá como para hacer una obra la más perfecta en su línea que tiene nuestro parnaso, y los versos más llenos y sonoros que en su género se han escrito hasta ahora entre nosotros y en lenguaje sobremanera poético, no necesitó de esa ridícula algarabía en que algunos cifran todo el mérito de sus ininteligibles y casi bárbaras poesías. Para hablar bien la lengua de las musas, lo importante, lo esencial es saber reducir a imágenes las ideas abstractas, ennoblecer las comunes por medio de espresiones figuradas bien escogidas y oportunas perifrasis y formar nuevas pero coherentes combinaciones con las voces usuales, sin que en nada de todo esto se descubra el artificio ni se advierta el menor rastro de afectación. A dos reglas que, bien explicadas, lo enseñan todo, reduzco yo el arte de hablar; que son el *sibi quivís*, y el *notum verbum reddat novum callida junctura*, de Horacio.... Sentiré que V. se ofenda de mi franqueza; pero siendo ésta mi profesión de fé literaria, no he querido ocultarle el disgusto que me ha causado ver en sus obritas, al lado de trozos muy bien escritos, ciertos rasgos de la gerigonza de los Andreses. Y por esto me he tomado la libertad de notarlos en las adjuntas observaciones». Los cinco pliegos menores de observaciones a que alude Hermosilla, se conservan entre los papeles de Roca y Cornet en el Archivo Histórico Metropolitano, de Tarragona.

el poeta, trasladados sus huesos fuera de su patria y marchitas las escasas flores que esparcieron dos o tres amigos sobre la desierta tumba,⁽¹⁾ todo enmudeció a su alrededor durante largos años, y desde que se extinguiera el eco funeral de la campana parroquial de San Antonio que doblaba a muerto por el poeta tan sólo parecían resonar en el vacío los acentos proféticos del vate.

Breves y oscuros de la tierra al seno
Así mis días correrán llevados:
Sobre mi huesa la espinosa zarza
Como antes crecerá, y el viajero
Proseguirá sin percibir mis huellas:

Ni la publicación póstuma de algunos fragmentos no despreciables de sus escritos, ni las reminiscencias que en escritores más recientes atestiguan el estudio de los mismos, ni los encomios de escasos si bien decididos admiradores, ni sendos artículos bibliográficos dedicados por Torres Amat y sus continuadores, que no hicieron más que anegar la memoria del poeta en el diluvio de nombres desconocidos o modestos,⁽²⁾ ni otros recuerdos locales fueron bastantes a arrancar a Cabanyes de la involuntaria oscuridad en que le sumiera su prematura muerte.

Veinte años transcurrieron en espera de la anunciada edición de sus obras póstumas y Milá y Fontanals pudo escribir en 1854 que la mayor parte de los que hablan o leen y escriben el idioma que usó Cabanyes no habían oído mentar siquiera su nombre y que muchos otros que no se hallaban en el mismo caso, aguardaban todavía dicha publicación para decidir si sus poesías conocidas habían de calificarse de una de tantas, que una vez leídas se condenan al olvido o de dignas de ser conservadas y aprendidas de memoria.⁽³⁾

Por fin, a los cuatro años, apareció el volumen *Producciones escogidas de D. Manuel de Cabanyes*, en el que recogió Roca y Cornet la producción hasta entonces inédita o desconocida y por más que esta edición contribuyó a renovar la memoria del poeta de Villanueva, hubieron de seguirla todavía otros veinte años de profundo silencio hasta la aparición del ilustre vincador de la ciencia española, heraldo y precursor de la gloria de Cabanyes, Menéndez Pelayo, quien después de cantarla en admirables versos,⁽⁴⁾ emitió

(1) Allison Peers publica las elegías que dedicaron a la muerte de Cabanyes sus amigos «Cintio» y «Silvio». Poseemos, además, un ejemplar del periódico de Barcelona *El Vapor*, correspondiente al 31 de agosto de 1833, que publica la que le dedicó su amigo «Marcio».

(2) El artículo biográfico de las Memorias de Torres y Amat lo escribió Roca y Cornet, según confiesa en el prólogo de *Producciones escogidas*. Dedicáronle otros: Corminas en su «Suplemento» a dichas Memorias y Elías de Molins en su *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes*.

(3) «Una página de historia literaria», artículos publicados por D. Manuel Milá y Fontanals en el *Diario de Barcelona* de 25 y 29 de abril de 1854.

(4) «Oda a la memoria del eminente poeta catalán D. Manuel Cabanyes muerto en la flor de su edad el año 1833», por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Santander, 4 de febrero de 1875. Esta oda fué traducida en sáficos catalanes por D. Joaquín Rubió y Ors y publicada en las poesías del *Gayter del Llobregat*, pág. 9, y en el *Boletín de la Biblioteca-Museo* de 26 de agosto de 1888.

concienzudo y entusiasta juicio crítico de sus obras, por ser suyo tan definitivo, que muy poco o nada podrán añadirle cuantos después de él quieran estudiarle.⁽¹⁾

«Su patria, — escribió entonces y podría repetirse ahora, — no se acuerda de ese purísimo ingenio que Roma y Atenas hubieran adoptado por hijo suyo. Para él no ha llegado la posteridad todavía. Unos pocos admiradores y paisanos del poeta se han deleitado con sus delicadísimos versos: del Segre acá no le conoce nadie.»

En efecto, aunque aparecieran en pos de Menéndez sociedades catalanas que tomaran el nombre del poeta, municipios como el de Barcelona que lo dieron a una de sus calles, centros culturales que abrieron suscripciones para erigir a su memoria mármoles y bronce, todavía diez años más tarde, en 1885, pudo darse cuenta Balaguer del desconocimiento total del poeta en el más alto cenáculo literario de la Nación, al imponerse el patriótico empeño de recitar solemnemente las poesías de Cabanyes en el seno de la Real Academia Española. Entre los numerosos académicos concurrentes a la sesión, como escribía a sus amigos de Villanueva, sólo dos, Menéndez y Pelayo y Cañete conocían a Cabanyes.⁽²⁾ Sin embargo muy pronto se juntaron a la cruzada divulgadora no pocos admiradores: Coroleu,⁽³⁾ Valera,⁽⁴⁾

(1) *Horacio en España*, vol. I, pág. 167, y vol. II, págs. 160-72, 229-30. «Discurs de gracies» de los Juegos Florales de Barcelona de 1888 y «El doctor D. Manuel Milá y Fontanals».

(2) Así lo comunicó en una interesante carta de 17 de febrero de 1885 a D. Demetrio Galcerán, de Villanueva, que debemos a la bondad de su hijo D. Gustavo y cuyos principales párrafos nos permitimos transcribir:

«Ayer noche terminé mi lectura en la Academia Española. — Como en la sesión anterior, se promovió gran debate, que fué empeñado, discutiéndose largamente acerca el mérito de Cabanyes. — Campoamor y Silvela (Manuel) se me pusieron decididamente en contra, suponiendo que todo el mérito de Cabanyes consistía en mi «Estudio», sobre el cual tuvieron la bondad de hacer grandes elogios, y en la manera como yo había leído las poesías, que juzgaron también de un modo favorable (la lectura, no las poesías). — En cambio, Tamayo, Guerra, Casa Valencia, Valmar, Cañete, Menéndez Pelayo, Cheste, Mardrazo, Marqués de Molins, Alejandro Pidal y otros se pusieron resueltamente a mi lado diciendo que Cabanyes es un gran poeta y haciendo de mis escritos un elogio *piramidal*. — Alarcón se reservó y no dijo una palabra. Núñez de Arce elojó mucho lo mío pero hizo sus salvedades respecto a Cabanyes. — Esto es, muy en síntesis, lo ocurrido. — Durante tres sesiones he tenido ocupada la Academia en este asunto. Mis artículos han sido muy celebrados (es posible que en ello haya gran parte de favor y de simpatía), aplaudiéndose sobre todo el pasaje en que se describe lo que se vé desde el *terrero* de la Masia y el pasaje en que hago el juicio de Cabanyes. — Sólo Menéndez Pelayo y Cañete conocían al poeta. Los demás jamás oyeron hablar de él y les ha caído como de las nubes. — Confieso que la empresa ha sido atrevida, y hoy me asombro de haber tenido valor. Era un poco aventurado, lo conozco, meter a Cabanyes de hoz y de coz en la Academia española, donde hay tanto *filo-rímico*, como él decía. Me admira haber salido en bien, pero estoy satisfecho de haber procurado un nuevo triunfo á nuestra Cataluña, haciendo conocer a uno de sus genios más sobresalientes.»

Además del estudio «Manuel de Cabanyes» a que se refiere la transcrita carta y que está publicado en el tomo VII de sus *Obras Completas*, ocupóse D. Victor Balaguer de Cabanyes en su discurso «De la literatura catalana», leído en la Real Academia de la Historia en 10 de octubre de 1875 y en el de ingreso en la Española, en 1878.

(3) *Historia de Villanueva y Geltrú*, por D. José Coroleu e Inglada. Escribió, además, un artículo para el *Boletín de la Biblioteca-Museo* de 26 de octubre de 1885, con el título «Dos poetas villanoveses».

(4) *Historia de España*, de D. Modesto Lafuente, continuada por D. J. Valera, pág. 418; *Florilegio de la poesía castellana*, por D. J. Valera, pág. 45; «Lo moviment intelectual á Catalunya», artículo de Valera en *La Renaixensa*, de Barcelona, de 15 de abril de 1880; «La poesia lírica y épica en la España del siglo XIX», estudio de D. Juan Valera. *Obras Completas*, vol. XXXIII.

el escolapio P. Llanas,⁽¹⁾ Pardo Bazán,⁽²⁾ Ixart,⁽³⁾ el agustino P. Blanco,⁽⁴⁾ sin contar con los paisanos del poeta que emularon a los Pers, Creus y Tresserras,⁽⁵⁾ y al mercedario P. Garí y Siu mell⁽⁶⁾ estudiando interesantes aspectos de la personalidad del gran lírico, como Creus y Esther,⁽⁷⁾ Fabrè y Oliver,⁽⁸⁾ J. L. Estelrich,⁽⁹⁾ Manuel Colomer,⁽¹⁰⁾ López Picó,⁽¹¹⁾ los sacerdotes seculares Soler⁽¹²⁾ y Barrera,⁽¹³⁾ a los que siguieron Oliver,⁽¹⁴⁾ Rubió y Lluch,⁽¹⁵⁾ Novell,⁽¹⁶⁾ Ferrer,⁽¹⁷⁾ Farret,⁽¹⁸⁾ J. Pascual,⁽¹⁹⁾ Torrents,⁽²⁰⁾

(1) «Menéndez Pelayo y el poeta D. Manuel de Cabanyes», artículos por el P. Eduardo Llanas en el *Diario de Villanueva y Geltrú* de 1, 8 y 15 de abril de 1883. También había publicado antes, en 1891, una monografía del poeta.

(2) El desconocimiento de Cabanyes, a que nos referimos anteriormente, tiene un ejemplo notable en la después académica de la Española D.^a Emilia Pardo Bazán, quien, en su artículo «Un crítico neoclásico», publicado en *Nuevo Teatro Crítico* de 2 de febrero de 1891, flagela sin piedad el gongorismo y vulgaridades de Cabanyes, sin perjuicio de confesar a continuación que no lo ha leído, aunque se propone «remediar su ignorancia, pues no quisiera contarse entre los que censuran los libros sin mirarlos ni por el forro».

(3) «El poeta Cabanyes», artículo de D. José Ixart en *El Liberal*, de Madrid, de agosto de 1888, y en *El Año pasado*, de Barcelona, de 1889.

(4) *La literatura española en el siglo XIX*, por el R. P. Francisco Blanco García, agustino del Escorial. Madrid, 1891. Tomo I, págs. 99-103.

(5) *Los misterios de Villanueva*, por José Pers y Ricart, Teodoro Creus y Corominas y Ceferino Tresserra. Villanueva, 1851. Vol. I, pág. 98. D. Teodoro Creus publicó después, en 1891, un artículo en el *Boletín de la Biblioteca-Museo*, con el título «Un escritor villanovés casi desconocido de sus paisanos».

(6) *Descripción é historia de la villa de Villanueva y Geltrú*, por el R. P. Fr. José A. Garí y Siu mell. Villanueva, 1860. Pág. 255.

(7) «El poeta Cabanyes», artículo por D. Manuel Creus y Esther, en el *Boletín de la Biblioteca-Museo Balagner*, de junio de 1889.

(8) «El poeta Cabanyes», estudio biográfico por D. Juan Fabrè y Oliver en el *Boletín de la Biblioteca-Museo* de abril, mayo y julio de 1899; «A Manuel de Cabanyes», poesía por el mismo autor en el propio *Boletín*, y «Biografía y crítica del poeta Cabanyes», publicado por el mismo en *Prosa menuda*.

(9) *Antología de poetas líricos italianos traducidos en verso castellano*, por J. L. Estelrich. Palma de Mallorca, 1889. Págs. 774-75.

(10) «Manuel de Cabanyes», artículo con el pseudónimo Prósper Gandara, publicado en *Teatro Regional*, de Barcelona, de 11 de mayo de 1895.

(11) «La personalitat poètica d'En Manuel de Cabanyes», por J. M. López Picó, artículo de *Empori*, 1908. Pág. 195.

(12) Además del artículo del *Diario de Barcelona* que hemos citado, nuestro malogrado amigo D. Cayetano Soler, Pbro., organizó en 1908 en el Centro de Santa Madrona, de Barcelona, una velada necrológica en conmemoración del nacimiento del poeta. Véase *La Defensa*, de Villanueva, de 15 de febrero de 1908.

(13) También en la misma ocasión tributó solemne homenaje al poeta el Centro de Defensa Social, de Barcelona, con una conferencia en catalán sobre Cabanyes, por el R. D. Jaime Barrera. Posteriormente dedicó el Sr. Barrera la poesía «A Cabanyes», en *El Correo Catalán*, de Barcelona, de agosto de 1923.

(14) «Escritores catalanes en castellano», por D. Miguel de los Santos Oliver y Tolrá, artículo de *La Vanguardia*, de Barcelona, de 22 de enero de 1910.

(15) «Discurso de contestación», por D. Antonio Rubió y Lluch, al de entrada en la Academia de Buenas Letras de D. J. Jordán de Urries, de 25 de febrero de 1912.

(16) «Manuel de Cabanyes», «Contestando», «En la morada del poeta» y «El bosc del poeta», artículos de D. Ricardo Novell Mañé en el *Diario de Villanueva* de 11 y 17 de marzo, 23 de abril y 5 de mayo de 1914 y 14 de septiembre de 1915.

(17) «Los restos de Cabanyes», artículo por D. Francisco Ferrer y Ferret en el *Diario de Villanueva* de 30 de marzo de 1914.

(18) «Epístola», «Contemplant l'estàtua d'En Manuel de Cabanyes» y «Rehabilitació d'En Cabanyes», artículos por D. Pablo Farret y Raventós en el *Diario de Villanueva* de 17, 18, 23 y 24 abril y 19 mayo de 1914.

(19) «Un poeta olvidado», artículo por J. Pascual en la *Gaceta de Cataluña*, de Barcelona, de 23 de octubre de 1917.

(20) «Recull de notes crítiques sobre Manuel de Cabanyes», artículo por Antonio Torrents en el periódico de Villanueva *Vila-Nova*, de enero de 1918.

d'Ors,⁽¹⁾ Pujulá y Vallés,⁽²⁾ Montoliu,⁽³⁾ Burgada y Juliá⁽⁴⁾ y otros que, bajo el velo del anónimo, han aportado después valiosas contribuciones a la merecida vulgarización de la gloria de Cabanyes.⁽⁵⁾ Algunas de las poesías de Cabanyes han sido traducidas. De «La Independencia de la Poesía» conocemos dos versiones distintas al catalán, publicadas casi simultáneamente, una del presbítero D. Jaime Barrera, a quien ya hemos mencionado anteriormente y que además ha sido encargado de la censura eclesiástica de nuestro libro,⁽⁶⁾ y otra del amigo Víctor Oliva.⁽⁷⁾ Recientemente el P. Tomás Viñas, ex-prepósito general de la Escuela Pía, ha publicado su versión latina de «La Misa Nueva».⁽⁸⁾

El general homenaje encontró eco fuera de España y es justo recoger con gratitud, entre otras valiosísimas aportaciones, la de Oyuela en América,⁽⁹⁾ Fitzmaurice en Inglaterra,⁽¹⁰⁾ Ernest Merimée en Francia,⁽¹¹⁾ Casella en Italia,⁽¹²⁾ y singularmente el cariñoso tributo del ilustre profesor de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Liverpool, E. Allison Peers,⁽¹³⁾ quien, después de venir personalmente a Villanueva a ponerse en contacto con los recuerdos vivos del gran lírico, le dedicó un libro, el más completo después de *Producciones escogidas*, cuyo único defecto, si nos es dado hablar así, ha de ser para los ingleses estar escrito en español y para los españoles estarlo en inglés.

Sólo falta al unánime coro de alabanzas de propios y de extraños, de maestros y discípulos⁽¹⁴⁾ la solemne consagración del hijo predilecto por

(1) «Glosari», por Xenius, en *La Veu de Catalunya* de 7 de enero de 1918.

(2) Conferencia dada en el Ateneo Barcelonés sobre Cabanyes y Sinibaldo de Mas, por Pujulá y Vallés.

(3) «Breviari crític» de *La Veu de Catalunya* de Barcelona, de 23, 24, 25, 26, 27 y 30 de agosto y 1.º y 2 de octubre de 1923. También se ocupó Montoliu de Cabanyes con el acierto crítico que le distingue en su *Manual d'Història Crítica de la Literatura Catalana Moderna*, primera part (1823-1900). Publicación de la «Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana», 1922. Cap. II, págs. 106 a 118.

(4) «El poeta Cabanyes», artículo por J. Burgada y Juliá en el *Diario de Barcelona* de 2 de marzo 1924.

(5) «La cultura vilanovina i l'homenatge a en Manuel de Cabanyes»; «Por Manuel de Cabanyes», por R. M.; «Les jovinceles vilanovines i en Manuel de Cabanyes», por «L'Hereuet de la Platja»; «Vilanovina, En Cabanyes i la crítica imparcial», artículos del *Diario de Villanueva* de 27 y 29 de abril y 4 y 20 de mayo de 1914. También se publicó un artículo anónimo (quizás del vate catalán Arturo Masriera!) sobre nuestro poeta en la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, de la casa Espasa.

(6) Publicada en 1908 en *Biblioteca Clásica Catalana*, pequeña revista que tuvo vida bastante larga.

(7) *Empori*, *Revista catalana Mensual* (dirigida por José Carner.) Año II. N.º 10. Abril de 1908, págs. 126 y 127.

(8) *Versiones latinas de poesías hispanas*. Barcelona, 1927. Pág. 243 y sig.

(9) «Estudio sobre la vida y escritos del eminente poeta catalán, Manuel de Cabanyes», por D. Calixto Oyuela, Buenos Aires, 1881; «Estudios literarios», por D. Calixto Oyuela, Buenos Aires, 1889, y «Noticia acerca de Cabanyes», por D. Calixto Oyuela, publicada en *España*, de Buenos Aires, en 1898.

(10) *A History of Spanish Literature*, por James Fitzmaurice Kelly, Londres, 1898.

(11) *Précis d'histoire de la littérature espagnole*, por Ernest Merimée, París, Garnier Frères, 1906.

(12) «Agli albori del romanticismo e del moderno rinascimento catalano», por Mario Casella, en la *Rivista delle Biblioteche e degli Archivi di Firenze*. Año XXIX, 1918, págs. 81-120.

(13) *The Poems of Manuel de Cabanyes*, por E. Allison Peers, Londres, 1923.

(14) «Será Cabanyes, escribe Fabrè y Oliver, desconocido del vulgo literario, pero en cambio, en España, la lectura de sus endecasílabos libres, según oí de labios de mi venerado maestro Cañete, hizo adoptarlos para «El Vértigo» a Núñez de Arce; Menéndez Pelayo sigue la tradición cabanyesca en sus raptos líricos; Ixart hablando de Guimerá cree hacer su mejor elogio diciendo que no desdenaría Cabanyes sus pensamientos». Conferencia citada del Ateneo Barcelonés.

el pueblo que le vió nacer. Jamás le perdonará la Historia ni se librarán los venideros de su execración si olvidara trasladar en triunfo, en un arranque de noble patriotismo, a la iglesia de San Antonio — el más digno mausoleo del poeta cristiano —, aquellos preciosos restos que esperan en el desierto camposanto de La Granada el día de su glorificación en la tierra, para coronarlos con el laurel que le ofreciera el glorioso heredero de su espíritu, el Horacio catalán, en aquellos sus inolvidables versos :

Y no manqui a ta rassa la corona
qu'ab temps y millor sort cenyir debies
de Tarraco en la Acròpolis sagrada,
Píndar de Catalunya.⁽¹⁾

(1) Oda «A Cabanyes» por Mossen Costa y Llobera, en sus *Horacianes*.

MANUEL DE CABANYES

POESÍAS



WILLIAM W. W. W.

WILLIAM W. W. W.

PRELUDIOS DE MI LIRA

Pues la verdad que quiero que me diga, dijo Preciosa, es si por ventura es poeta. A serlo, replicó el paje, forzosamente había de ser por ventura: pero has de saber, Preciosa, que el nombre de poeta muy pocos le merecen, y así yo no lo soy, sino un aficionado a la poesía.

CERVANTES: *La Gitanilla.*

ADVERTENCIA

PARA la publicación de estas poesías, no han mediado ni ruegos de amigos, ni anteriores ediciones incorrectas, ni las mil y tantas razones que suelen acompañar los prefacios de obras más graves que ésta. El natural deseo que un novel escritor tiene de ver sus garabatos puestos en letras de molde, el ansia de saber el concepto que formarán de sus primeras producciones ojos más perspicaces que los suyos y menos indulgentes que los de la amistad; éstas son las únicas causas que me han incitado a dar a luz estos Preludios. Si enmascarándome con impertinente modestia, no viese en ellos más que desaciertos, no sería tan sandio que me arriesgase a publicarlos: si, empero, mis ojos preocupados no admirasen en ellos más que primores, no soy tan exento de amor propio, que en este caso quisiese guardar un oscuro *incógnito*.

Creo que esta declaración sencilla y franca valdrá todas las excusas que en favor de estos ensayos pudiera alegar. No encareceré, por lo mismo, las dificultades que un catalán ha de vencer para escribir en una lengua cuyo estudio le es tan costoso como el de cualquier idioma extranjero; pues con razón podrían contestarme que nadie me obligaba a escribir, y que sin mis poesías poco perdiera la literatura española. Y aunque no pocas veces las obras de las Musas han sido un objeto de tráfico, tampoco haré valer, como pudiera, mis privilegios de menoridad. Tengo muy presentes las malhadadas chu-

fletas que esta advertencia acarreó contra el primer poeta del siglo, por parte de los Revisadores de Edimburgo, y no quiero yo exponerme a otro tanto, con menos ventajas que el noble Lord.

Sin embargo, una dote preciosa llevan consigo estas poesías, y es que *son pocas*. Con ella, lector, yo espero que buenas o malas no llegarán a causarte hastío; pero concluyendo con palabras de Lord Byron, ya que de él hemos hablado, «si nos entendemos, nos encontraremos otra vez; y si no, yo sólo molestaré tu paciencia con este corto ensayo». ¡Ojalá que todos siguiesen mi ejemplo! ⁽¹⁾

(1) We meet again, if we should understand
Each other; and if not, I shall not try
Your patience further than by this short sample.
'Twere well if others follow'd my example.

Don Juan, Cant. 1, est. 221.

I

LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA

Eu nunca consenti que á minha lyra
Fosse lyra de côrtes:
A verdade, a so única verdade
Soube inspirar-me o canto.

FRANC. MANOEL

Como una casta ruborosa Virgen
Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su harpa solitaria,
Suelta la voz del canto.

Lejos ¡ profanas gentes! No su acento
Del placer muelle corruptor del alma
En ritmo cadencioso hará suave
La funesta ponzoña.

Lejos ¡ esclavos! lejos : no sus gracias
Cual vuestro honor traficarse y se venden;
No sangri-salpicados techos de oro
Resonarán sus versos.

En pobre independencia, ni las iras
De los verdugos del pensar la espantan
De sierva a fuer; ni, meretriz impura,
Vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan :
Las cumbres vaga en desnudez honesta;
Mas ¡guay de quien la ultraje!

Sobre sus cantos la expresión del alma
Vuela sin arte : números sonoros
Desdeña y rima acorde; son sus versos
Cual su espíritu libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
Cual la espada del bueno : y nunca, nunca
Tu noble faz con el rubor de oprobio
Cubrirán, madre España,

Cual del cisne de Ofanto los cantares
A la Reina del mundo avergonzaron,
De su opresor con el infame elogio
Sus cuítas acreciendo.

¡Hijo cruel! ¡Cantor ingrato! El Cielo
Le dió una lira mágica y el arte
De arrebatár a su placer las almas
Y arder los corazones;

Le dió a los héroes celebrar mortales
Y a las deidades del Olimpo... El eco
Del Capitolio altivo aun los nombres,
Que él despertó, tornaba

Del rompedor de pactos inhonestos
Régulo, de Camilo, del gran Paulo
De su alma heroica pródigo, y la muerte
De Catón generosa.

Mas cuando en el silencio de la noche
Sobre lesbianas cuerdas ensayaba,
En nuevo son, del triúmviro inhumano
La envilecida loa;

Se oyó, se oyó (me lo revela el Genio)
Tremenda voz de sombra invindicada
Que «Maldito, gritó, maldito seas,
» ¡Desertor de Filipos!

» Tan blando acento y a la par tan torpe
» Tuyo había de ser, que el noble hierro
» De la patria en sus últimos instantes
» Lanzando feamente,

» ¡Deshonor! a tus pies, hijo de esclavo,
» Confiaste la salud : ¡maldito seas!»
Y la terrible maldición las ondas
Del Tiber murmuraban.

II
EL ORO

Σοφίη τρόπος παρτεῖται ·
Μόνον ἄργυρον βλέπουσιν.
'Απόλοιτο πρῶτος αὐτός,
'Ο τὸν ἄργυρον φιλήσας ·
Διὰ τοῦτον οὐκ ἀδελφός,
Διὰ τοῦτον οὐ τοκῆς.
Πόλεμοι, φόνοι δι' αὐτόν.

'Ανακρ.

Pacto infame, sacrílego
Con el Querub precito celebrara
Aquel que a un metal pálido
Primero dió valor inmerecido.
Lanzó del hondo báratro
El rey con mano avara el don funesto
Y al ver en ansia férvida
Arrojarse el mortal a devorarlo,
¡Ay! sonrióse el pérfido,
¡Feroz sonrisa! y dijo : «El orbe es mío».
Bañada en santas lágrimas
Con velo de dolor cubrió el semblante
La Virtud, y al Empíreo
En alas vagarosas tendió el vuelo.
¿Qué de entonces los vínculos
Del Deudo y la Amistad? ¿la sacrosanta
Fidelidad del tálamo?

¿La Fe del juramento? ¿la Constancia,
Burladora de déspotas?
¿Qué de entonces las leyes generosas
Del Honor, y en las bélicas
Lides el Entusiasmo de la Patria?
¡Prole sacra de númenes!
Despareciste : solo, único el oro
De los hombres fué el ídolo;
Y a porfía en sus aras ofrecieron
Penas, trabajos ímprobos,
Simulada virtud, torpeza, crimen...
Sitibundos hidrópezicos,
Cuanto más beben, más en sed se abrasan.
Ni mitigan el ávido
Furor cuantos mineros desde el suelo
Nebuloso del Anglia
A la mansión sonora de Adamástor
Y de las playas Indicas
A los campos de Luso deleitosos
La tierra oculta. Incógnitas
Regiones sueñan en su afán, las buscan,
Y a merced de los rábidos
Vientos y embravecida mar incierta
Lanzan los vasos frágiles.
Tú viste ufana el temerario arrojito
De tus hijos ¡oh Hispania!
Tú de sus manos recibiste altiva
La corona de América...
¡Joya fatal! jamás te ornara ¡oh Madre!

Y en extranjeras márgenes
De tu seno arrancados no murieran
Por la flecha del Indio
Y ¡oh dolor! por la espada de Toledo
Tus malogrados jóvenes :
No en daño tuyo las peruanas sierras
En raudales mortíferos.
Del ansiado metal ríos brotaran
Que tus campiñas ópimas
Convirtiendo cual lava abrasadora
En desiertas, en áridas,
Corrieron a engrasar extrañas gentes :
Y ¡oh! no fueras escarnio
De tus lejanos hijos, que abatida
Mirándote, en sus ánimos
Ingrato ardor que rebelión encienden
Y con sus manos ímpias
La diadema a tu sien arrebatando :
«Esta sola la mácula»,
Dicen, «borrar podrá que en nuestras frentes
» Vincularon los crímenes
» De nuestros padres : tú ya no eres digna».
De los Pampas al Méjico
Un clamor «¡Libertad!» fieros arrojan.
Y los odiosos vínculos
En insoldables trozos quebrantados
En las simas de Océano
Hunden ¡ay! que jamás sus presas vuelve.

III

EL CÓLERA - MORBO ASIÁTICO

El hombre
Desconociendo términos, excede
A las iras del cielo y del abismo.

L. MORATÍN

A fuer del adalid que en hora aciaga
Sus moradas de hielo abandonando,
El bello Mediodía
Inundó en llanto y sangre,
Hizo bambolear el Capitolio
Y el *Azote de Dios* fué apellidado;
Nuncio así de terror, nuncio de muerte,
Circundado de Sármatas guerreros,
Sobre el suelo de Europa,
Morbo letal, despeñas
Tu carro asolador, y desde el Ganges,
Tumbas cavando, el Bósforo traspasas.
Doble vallado de aceradas puntas
Quiere en balde atajar tu asoladora
Marcha : tus venenosos
Prestos golpes en balde

Reconocen los hijos de Esculapio;
Y a la sorda Natura en balde invocan.
Vencido el arte y el poder, tú ufano
De la desolación corres la senda
Misterioso y terrible :
So el velo que te encubre
Al Ángel de la cólera divina
El justo creyó ver con su ígnea espada.
Pero de tu poder, crudo extranjero,
Hace burla la Europa corrompida;
Y tu émula en estragos,
«¡Hola! veremos, dijo,
» Quien envíe más víctimas al Orco
» Y cuáles sean víctimas más nobles».
Así la impía : su malvado acento
A los buenos incita y a los viles;
Suenan el clarín de guerra;
Levántanse los fieros
Que en sueño reposaban, desde el día
Que dejó de brillar el astro Corso.
¡Ay! ¡qué de sangre scita y trace inunda
Las faldas del Balkán! ¡Ay! ¡cuántos vuelca
Extinguidos guerreros
El Vistula aciago!
¡Cuánto de lloro apaga vuestras lumbres,
Flamencas madres, Bátavas esposas!
¿Otra vez para horror del universo
Queréis, oh Galos, con un mar de sangre

Regar esa extranjera
Planta, que en vuestro suelo
No arraigará jamás, y cuyos frutos
En criminal furor os embriagan?
Y estas que ora aprontáis armas impías
¿A dónde, a dónde, oh Lusos? ¡Ah! estas armas,
¡No fueron estas armas
Las que en sus altos hechos
A Gama acompañaron y Alburquerque,
Y el lauro os conquistaron de la gloria!
¡Tened!... ¡Jamás del sueño en que yacíais
Para tan negra lucha despertarais!
¡Tened!... Luchen los hijos
De la Ambición y el Odio;
La sacrílega lid ni un brazo ayude;
Ellos solos al orbe escandalicen.
¡Crimen! ¡Infando crimen! Una el habla,
Unas las aras son : corre la sangre
De un padre por las venas
De los dos contendores,
Y una mujer en su materno gremio
¡Ay! con dolor a entrambos concibiera.
¡Nudos bellos de amor! Al golpe horrible
Del hierro fratricida rotos caen :
Se estremece Natura,
¡Ay! ¿y las ves? Ya aullando
Sobre tus torres, oh Ulysea, vagan
Las furias de Montiel y las de Tebas.

IV

A UN AMIGO EN SUS DÍAS

Donarem . . .
Sed non hæc mihi vis . . .
Gaudes carminibus; carmina possumus
Donare.

HORAT.

Ora que al Cancro abrasador vecino
Nos vuelve el Padre de la luz tu día,
Y tardo guía al piélago de ocaso
Su ígnea cuadriga;

Índicas telas y chinescos vasos
Y candelabros de oro reluciente
Tu amigo ausente en prenda de cariño
Darte quisiera.

Pero, Batilo, la Deidad injusta
Que en rauda rueda sin cesar girante
Vuelve inconstante las humanas suertes,
Me lo prohíbe.

Me lo prohíbe; que de sus riquezas
En hambre torpe, a pérfidos tiranos
Nunca mis manos puras ofrecieron
Fétido incienso,

Ni vil lisonja mis vendidos labios;
Nunca me ha visto la africana orilla
En ímpia quilla sus tostados hijos
Arrebatarla.

Cultor humilde del pierio coro,
Tan sólo aquestos, que en mi tosca lira
Ora me inspira, dedicarte puedo
Fáciles metros.

Dádiva pobre, mas honesta y franca
Hija de un pecho que, Amistad, animas,
Y que tú estimas más que ricos dones,
Tierno Batilo.

Tú que del Pindo en su florida cumbre
Tal vez gustando el delicioso encanto,
Sabes del canto el poderío inmenso
Do se dilata.

¿Y qué sin canto y números sonoros
Fueran los héroes? Su brillante gloria
Con la memoria de su nombre hundiera
Invido el Lethe.

Que, allá en los tiempos primitivos, otros
Más que el monarca de Itaca prudentes,
Y más valientes otros que el Pelida
Hélade viera;

Mas densa nube cércalos de olvido.
¡Tristes! La suerte les negara airada
La voz sagrada que desiertas tumbas
Célebres hace :

Vagan las sombras plácidas en torno;
Y al grato son del cántico divino,
El peregrino dice : «So esta tierra
»Inclitos duermen».

Fué, que Alejandro aquella voz oyera
Do goza Aquiles inmortal reposo,
Y «¡oh venturoso que un amigo hubiste
»Mientras vivías!

»Y ora en el lecho mortuorio halaga
»Tu paz eterna la meonia lira
»Que el orbe admira al relatar sublime
»De tus proezas».

Dice y suspira, y humillado calla
Su antiguo ardor; mas hete que a deshora
Inspiradora de furor guerrero
Suenan la trompa.

Férvida el alma con recuerdos nobles
Lánzase el Magno, y es su audaz cimera
La que primera, Gránico, tremola
Sobre tus ondas.

V

A CINTIO

Nesciunt quid faciunt.

S. Luc., cap. 23, v. 34

¡Ay! De mi triste juventud, oh Cintio,
¡Cuál se arrastran inútiles los días
Y sin placer! Un tiempo, de la gloria
La brillante fantasma su amargura
Con esperanzas halagó mentidas :
Tal centella fugaz, artificiosa,
Lanzada entre las sombras de la noche,
Al inocente rapazuelo alegre
Y sus lágrimas calma mientras brilla :
Muere, y el lloro torna. Con su magia
Poderosa, invencible, la Hermosura
Colmó también mi corazón un tiempo
De aquel sumo gozar por quien los Dioses
El bienhadado Olimpo abandonaban
Y humanos seres a adorar venían.
Mas ¡ay de mí! la apetecida Gloria
Burla mi afán, y el cáliz del deleite,
¿Creyéraslo? comienza a serme amargo.

¿De qué, Cintio, sirvió que esa existencia
Del hondo caos la quietud dejase?

¿Y a qué mi puro espíritu sucias carnes
Vestir, y por veredas retorcidas
De bandidos sembradas y de monstruos
Buscar la patria y primitivo origen?
Amapola de vida momentánea
La frente saca de la tierra un punto;
Viene el arado del gañán, la troncha,
Y deja de existir. Gota lanzada
Del matinal rocío en la corriente
Del Orinoco, a las inmensas ondas
¿De qué sirve? Arrastrada a la par dellas,
Irá a morir sin pro y desconocida.
Breves y oscuros de la tierra al seno
Así mis días correrán llevados:
Sobre mi huesa la espinosa zarza
Como antes crecerá, y el viajero
Proseguirá sin percibir mis huellas:
No más profunda estampa del nocturno
Favonio, que pasó en callado vuelo,
Repara en su vergel la zagaleja.
Pero, ¿qué importa? ¿Y piensas tú que envidia
La suerte yo de aquellos que ufano
Para divinizar el propio fango
El mortal a los cielos encarama?
¡Oh Cintio! en su memoria embebecida,
No hace nada, la mente, sus ruidosas
Acciones recordaba, y yo el hinojo
Iba casi a doblar para adorarlos;
Cuando «¡Detente! en cariñoso acento

» Mi Genio me gritó: detén y escucha.
» Irremediable enfermo, trabajado
» De antiguos males es el mundo, y busca
» Medicamento en vano a sus dolencias.
» De su dolor en el angosto lecho,
» Manando podre y la razón furiosa,
» Se agita, se carcome, se consume
» Revolcándose: ya en blasfemia impía
» Con labio inmundo al Eternal insulta;
» Ya humilde, arrepentido, prosternado
» Demanda a su piedad: ora a la fuerza
» Se abandona del mal sin esperanzas,
» Ora la ciencia de mentidos sabios
» Invoca... ¡Oh sin ventura! a luengo agudo
» Padecer condenado, del momento
» Que inobediente de su Dios el hombre
» Fué al mandato primero, hasta el instante
» En que a la nada la creación tornando,
» Dirá la voz del Infalible: *Basta*.
» Ve aquí la eterna ley, y contra della,
» De esa estúpida chusma envilecida
» (Que por un pan de oprobio el honor suyo
» Vende y su vida miserable) el vicio,
» La ignorancia y maldad es tan inútil
» Como del Macedonio las victorias,
» Los sueños de Platón, y el celebrado
» Pensamiento de aquel, que a los Planetas
» Hizo danzar a guisa de la poma
» Que sus narices aplastó cayendo».

Dijo, y finió sus últimas razones
Con risa estrepitosa : yo aturdido,
Bien fuese de dolor o de despecho,
Bien de placer, humedecido el rostro
Con el llanto sentí que derramaba.

VI

LA MISA NUEVA

Et suscitabo mihi sacerdotem fidelem.

Reg. I. 1, cap. 2, vers. 35

¿Quién se adelanta modesto y tímido
Cubierto en veste fúlgido-cándida
Al tabernáculo mansión terrena
De Adonái?

Es Juan, oh fieles; es el mancebo
Que por los trámites marchó del justo
Y entre los ímpios guardó sin mácula
Su corazón.

Es... ¡Oh! postráos : l'arpa de Sólíma
Suena del templo ya por las bóvedas,
Ya Leví entona gloriosos cánticos
A Jehováh.

Postráos, fieles, y vuestro espíritu
Y vuestro acento juntad al místico
Cantar del vate que oyó la ínclita
Hija de Sion.

Y al Dios ahora cantad benéfico
Que vuestros días colma de júbilo,
Que del amado pueblo no olvidase
En su penar.

¡Ah! no le olvida y un hijo escógese
Entre sus hijos a cuya súplica,
Cuando en los áridos campos marchítese
La dulce vid,

Romperá el seno de nubes túrgidas
Y hará de lo alto descender pródiga
Lluvia, que el pecho del cultor rústico
Consolará.

Un hijo escógese cuyas plegarias
Tornarán mansa la eterna cólera,
Cuando ceñido de piedra y rayo
Asolador,

Sobre las alas del viento lóbregas
Volará el Justo contra los réprobos
Y so sus plantas truenos horrísonos
Rebramarán.

Bien como el Arco señal de calma
Que de los montes la yerma cúspide
Une a las altas salas espléndidas
Do mora el Sol;

Así él la tierra mansión de angustias
Juntará al trono de Dios ingénito,
Y humanas preces bondoso el Numen
Escuchará.

Él, cuando presa de genios túrbidos
El orbe gima triste agitándose
Y en negros odios ardan los ánimos.
Y ansia de lid,

La ley de vida mansa y pacífica
Dirá que el Cristo dió a los Apóstoles
Y a los mortales en santos vínculos
Hermanará.

¡Oh! de su labio las infalibles
Dulces promesas ¡cuán grato bálsamo
Llevan al pecho del que sin mácula
Siempre siguió

De la justicia las sendas ásperas!
Y ¡oh! ¡cuál le colma de dicha célica
El pan angélico que sus purísimas
Manos le dan!

Pero de duelos nuncio terrible
Será y de penas y ayes sin término
Para el protervo que apacentóse
De iniquidad;

Para el frenético que allá en su rabia
«No hay Dios» dijera, y al hombre mísero
De un Dios imagen cual fiera líbica
Encadenó,

Bajo sus plantas cual cieno fétido
Le conculcaba, reía bárbaro
De sus lamentos, y con su sangre
Mató la sed;

Y ¡mal pecado! cubrió sus crímenes
Con velos santos, fingióse méritos,
Mientras que el ímpio no conocía
Ni Dios ni ley.

¡Señor! ¡conviértele!... Nuestras plegarias
Une a las tuyas, oh sacerdote,
De los perdones celestes nuevo
Dispensador :

Únelas, cuando del sacrificio
En los misterios incomprensibles
Velado en gloria vendrá a tus brazos
El Hombre-Dios.

A su presencia del arpa armónica
Callan las cuerdas : el sacro cántico
Leví suspende, y humilde póstrase
El pueblo fiel.

VII

A MI ESTRELLA

*¿Veis aquella estrella? dijo el Empe-
rador al Cardenal de Fesch señalando,
en medio del día, el cielo; pues
aquella es la mía.*

Vida de Napoleón

¡Salve, luz de mi vida!
Guiadora gentil de mi carrera,
Estrella mía, salve!
Largo tiempo mis ojos te han buscado :
En el zafir celeste
Clavados largo tiempo, a tus brillantes
Hermanas preguntaron,
¡Ay! y a su voz ninguna sonreía.
Mas tú... yo te conozco,
Y tú me escucharás, Ninfa del Éter.
Sobre tus áureas alas
A tu mortal desciende que te implora,
Y así de su destino
La ley sobre su frente con un rayo
De tu corona escribe :
«Ciencias vanas que el alma ensoberbecen
»Y el corazón corrompen,
»Favor de plebe y dones de tiranos
»Este mortal desprecia :
»Ni asesino de déspotas, ni siervo

»Será, ni de virtudes
»Enseñador que ultrajan los mortales
»O mofan, ni de leyes
»Artífice que a guisa de ramera
»Con desdén o con saña
»Miran al infeliz, y al poderoso
»Cariñosas sonríen.
»¡Hombres! pensad, mas permitid que piense :
»Dejad pasar su carro
»Que no él el vuestro impedirá que marche.
»De vuestra fantasía
»Los ídolos amad : él nada anhela
»De lo que amáis vosotros.
»Del corazón en el altar, do tiene
»Pocos nombres inscritos,
»Arde una llama pura, inmensa, eterna :
»¡Hombres! ella le basta;
»Nada quiere de vos más que el olvido.»
Finiste, amada Ninfa,
Y agradecida el alma te bendice.
Sobre tus alas de oro
Vuelve otra vez a tu mansión celeste :
Yo lejos de los hombres
Levantaré mi choza solitaria,
Y mis oscuros días
Con tu luz regiré modesta y pura.
Del perdón en las aguas
Me lavaré, y envuelto en mi inocencia
Veré caer y alzarse

Y otra vez sucumbir reyes y pueblos :
Por altos conductores
Veré a un arena vil viles rebaños
Guiar de humanas fieras,
Y apedazarse, devorarse, el alma
Saciar de los caudillos
Con scenas de matanza y de carnaje :
Horrorosas contiendas
Que encienden solo cuantas de infierno hijas
Rabiosas pasiones,
Desde que existe, al universo asuelan,
En máscaras hermosas
Siempre velado el lúbrico semblante.
¡Yo lo veré — con llanto!
Pero mi pecho latirá tranquilo.
Del Ida allá en la cumbre
Así al Saturnio el gran cantor nos pinta
El áspera refriega
Contemplando de Teucros y de Aquivos,
Caen los héroes; rojas
Con la sangre las límpidas corrientes
El Janto y Simois vuelcan;
La faz llorosa y suplicantes manos
Al Olimpo dirigen
Las Dárdanas esposas y las madres;
De las Deidades mismas
El feliz corazón palpita inquieto :
Y calma goza eterna
El Padre de los hombres y los dioses.

VIII

A MARCIO

Aetas parentum peior avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiore.

HORAT.

Por la angosta senda de Garraf riscoso
Corcel desbocado dirigir sin riendas,
O por las furentes olas del Egeo
Barquilla regir,

Más fácil te fuera que por rectas vías
Conducir, oh Marcio, la mísera patria
A la bienandanza que tu mente sueña
En noble ilusión.

¿Qué prestan tus leyes? ¿Qué prestan, si al crimen,
Rompido el precepto que inspira Natura
Y consagra el Numen, el hijo de Iberia
Despéñase audaz?

Y befa y ultrajes prodigando al justo
Enhiesta la frente va el Vicio asqueroso
La pálida frente que el velo desdeña
Del muerto Pudor :

Do quiera rencores, molície do quiera,
Y sed de rapiña descarada y torpe,
Y un tráfico horrible de cuanto más sacro
El mundo adoró...

¡Oh tiempos felices aquellos antiguos
Que bárbaros llaman noveles doctores!
Hipócritas hace, corazones duros
La hodierna luz.

Al menos entonces del honor la palma
De un Barón idiota cercaba el almete,
Y un hidalgo acero sostener podía
Un franco *mentis*.

No itálicas solfas, no gálicas danzas
Supieron, mas libre de afectos villanos
So la férrea cota, corazón sin tacha
Sintieron latir.

¡Costumbres sin arte! ¡Severas costumbres
De nuestros abuelos! ¿do estáis? ¡que a la cima
De la gloria alzasteis poderoso y bello
De España el blasón!

Finieron los héroes : de madres impuras
El impuro seno progenie bastarda
Tan sólo concibe, bastarda progenie
Cobarde y falaz.

¡Eh! mienten aquestos : son prole de vicios,
No prole de aquellos preclaros varones
Que en lucha continua blandiendo la lanza
Cansando el trotón,

Lanzaron al Arabe al desierto antiguo
Y la Cruz bermeja con mano robusta
Sobre el eclipsado menguante erigieron
Del vencido Islam.

Y en las patrias Cortes el bien de los pueblos
Trataban sesudos, o a las demasías
De reyes aviesos, oponían firmes
Prudencia y valor.

Bien fuiste tú entonces, oh Burgos, testigo
De noble constancia, cuando de Castilla
En Santa Gadea juntados los Grandes
Ante el nuevo Rey,

Se alzó un Caballero : varonil talante,
Majestad y gracias dicen que es Rodrigo,
Aquel que en buen hora naciera, al que llaman
El Cid Campeador.

«Ni fe ni homenaje, señor rey Alfonso,
»Prestaros no quiere quien de leal blasona,
»Si a lo que os pregunte, con solemne jura
»Vos no respondéis.

» ¿En la muerte aleve del buen rey Don Sancho,
» Que en gloria se goce, vos, Rey, no tuvisteis
» Nada que culparos? — No. — ¿Della no os plugo?
» ¿La esperásteis? — No.

» — Hayáis mala muerte, si a la verdad santa
» Faltareis, Alfonso : vuestro cuerpo engorde
» Carnívoras aves, y sea vuestro alma
» Presa de Luzbel.

» — Amen » el Monarca tres veces repite,
Mas la saña esconde que pronto, oh Jimena,
Por el caro ausente lágrimas cual viuda
Te hará derramar.

IX

EL ESTÍO

Cuncta terrarum subacta,
Præter atrocem animum Catonis.

HORAT.

Gala y beldad y juventud y copia
De frutos varios ufanosa ostenta
Natura; y hombres, brutos,
Inanimados troncos,
Rudos peñascos y ligeras auras
De la gran madre la fecundia sienten.
Desde el alto cenit, el que en su seno
Derramara calor vivificante,
Monarca de los días
Se huelga en contemplarla;
Y los bridones férvidos reprime,
Que el carro arrastran en tardío curso.
¡Astro mayor del firmamento, salve,
Desparcidor de tempestades, fuente
De luz, amor del mundo!
Sobre los cerros patrios
Hijo yo del ardiente mediodía
Vengo a adorarte ¡oh Sol! y en ti me gozo.

¡Divinidad! ¿de esos ardientes rayos
Inspiradores de entusiasmo y vida,
Por qué al poder inmenso
Las testas de los héroes
Lozanas otra vez no resucitan,
Como el fresco botón de la azucena?
Y las que yacen en silencio antiguo
Ciudades de alto nombre entre ruinas,
¿Por qué otra vez sus torres
Y gigantes murallas,
Cual de hojas nuevas pirinaico abeto,
De activa muchedumbre no coronan?
¡Ay! ¡que es el sueño de la muerte el suyo!
Y lo duermen los hijos de la Fama,
Y Babel y Palmira,
Y contigo ¡oh Cartago!
Que el Beduino galopando insulta,
Tu funesta rival también lo duerme.
A esclavitud, asolación y muerte,
¡Oh Roma! condenada desde el punto
Que la virtud antigua
Y severas costumbres
Mofando, el oro y fútiles arreos
Cual sierva persiana apeteciste.
Hacia ti con deseos criminales
La su vista de águila volviera
Entonces de las Galias
El domador, cual mira

Hambriento azor de la región del éter
La que va a devorar tímida garza.
¡Astro del Orión! hermoso brillas
En las noches de otoño; mas tu lumbré
Nuncia de tempestades
Llena de luto el alma
Del labrador, que en torno el duro lecho
Enjambre ve de nudos parvulillos.
Mensajera de mal la estrella Julia
Así de Italia apareció en el cielo,
Cuando el falaz caudillo
Su corazón de piedra
Cerrando de la patria al triste ruego,
El prohibido Rubicón salvaba.
¡Consternación! Desatentada inunda
La itala gente la ciudad eterna;
Los padres la abandonan,
Y el héroe en quien su amparo
Creyó encontrar. «— ¡Huyamos!... Do los libres,
»Allí Roma estará y allí la patria».
Mas ¡ay de mi! Los libres han caído.
Cual rápido huracán impetuoso
Desde tu amena margen,
Oh Segre, a las comarcas
Tésalas vuela el dictador impío
Y victoria fatal sigue sus huellas.
Entonces fué que la indomada frente
Con la corona universal ceñida

Roma humillara al yugo :
Lo vió vengada Grecia,
Y un grito alzó de júbilo, que el eco
Repitió de Numancia en las ruinas.
Fué entonces que gloriosa muerte huyendo
Muerte halló infame el adalid vencido;
Y ¡oh baldón! imploraron
Un perdón de ignominia
Los viles campeones de la patria;
Y esclavo prosternóse el orbe todo :
Mas no Catón; que de la infausta lucha
Un noble hierro conservara el héroe,
Y pensó «aun soy libre»;
Y contempló sin grima
A las úticas torres avanzarse
Del parricida Capitán la hueste.
Ni un solo acento pronunció : brumaban
Ideas de dolor su alma sublime.
La raza de Quirino
Vió envilecida; vióla
De romper incapaz el nuevo yugo
Y el alto espíritu recobrar antiguo :
Y a su destino obedeció... Y en balde
Pensó el Liberticida entre la turba
Verle de sus esclavos :
En balde; que al impío
Soberano poder da acaso el Numen,
Pero el imperio de las almas nunca.

X

MI NAVEGACIÓN

Non est meum ; si mugiat Africis
Malus procellis ; ad miseris preces
Decurrere et vobis pacisci.

HORAT.

¿Tanto afán y tan breve derrotero?
¿Siempre halagar a mercaderes sandios
Y a malvados cuestores insolentes?
¿Siempre implorar la fuerza?

No; que en mi quilla corruptora plata
No he de traer de las peruanas costas;
Ni he de llevar al Méjico rebelde
Domeñadoras armas.

Y solamente al querer de mi destino
Sin ansia alguna de cambiar la suerte,
Lanzo joven piloto mi barquilla
Al piélagos espumoso.

Al espumoso piélagos, que alzando
En insana bravura a las estrellas
Mil poderosas naos, con ruina
Las hundió en el abismo.

Y del dulce León y el buen Carranza
Los inocentes virtuosos leños
En pos lanzara de ásperas tormentas
A las crueles playas

Que habitaban los hijos sanguinarios
Del Cielo y de la Tierra ¡prole impía!
Por el rayo después aniquilada
Del Padre de las luces.

¡Terrible mar! que en negros turbiones
Súbite al gran Jovino arrebatando,
A un escollo arrojó, donde cautivo
Gimió de un vil pirata.

¡Mas qué! ¿Y acaso en la malvada tierra
Buscaron ellos el ansiado puerto?
¿Y naufragios y bárbaras prisiones
No burlaron constantes?

Sí; que en su pecho el corazón tranquilo
Sintió el solaz de la inocencia : su alma
Los puros días de su edad primera
Corrió sin sobresalto.

Y cuando más feroz bramó la rabia
De las tormentas, cuando el dulce día
En lobreguez velaban las espesas
Murallas de su cárcel;

Siempre a su vista apareció una estrella
De luz inmensa, esplendorosa, suave :
¡Estrella que jamás del ímpio alumbras
Las tortuosas sendas!

Así en el mástil de mi barca nunca
Enseña flote indigna; ni en su puente
Vivas suenen de mal que la virtuosa
Playa vecina espanten;

Y tu lumbre mi breve derrotero
Siempre esclarezca, y de infestadas naos
Siempre me aleje, y de los sitios donde
Las férreas proas guien.

No es en la tierra el fin de mi viaje,
Y tú lo sabes : busco ¡ojalá llegue!
Busco de paz las plácidas moradas,
Do la verdad es reina,

Do, con balanza siempre igual, justicia
Al trabajado recto navegante
Da galardón sin fin, y al criminoso
Sin fin con rayo abrasa.

XI

A . . .

¡Memoria inmortal de un momento de ilusión, delirio y encanto! Nunca, nunca de mi alma te borrarás; y mientras en ella esté grabada la imagen de mi Julia, mientras sienta y aliente este agitado corazón, serás tú el suplicio y la felicidad de mi vida.

Perdón, celeste Virgen,
Si a tus honestos labios
Arrebaté de amor costoso un sí :
Si a tu inocente pecho,
Si a tus sueños tranquilos
Turbé la calma plácida, perdón.

Yo te adoré : y un ara
De purísimo culto
En el seno del alma te erigí :
Que ni mi ardiente boca,
Ni mis ojos de fuego,
Ni un pensamiento vago profanó.

¡Yo te adoré a ti sola!
Y ledo ya tejía
Nupcial corona para orlar tu sien :
Mas de repente en punzas,
En punzas venenosas
Vi tornarse en mi mano cada flor.

¡Lejos, fatal guirnalda!
De la dicha renuncio,
Si al bien que adoro llanto ha de costar :
De mi dolor el cáliz
Apuraré yo solo :
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.

¡Sé tú feliz!... Del pecho
La infausta imagen borra
De quien más que amador tu amigo fué;
Y en urna funeraria
La triste llama ahoga,
Llama primera que en tu seno ardió.

Sin una pobre choza,
Sin un árbol contigo
A cuya sombra el cuerpo adormecer,
Yo arrastraré mi vida,
Como torrente inútil
Entre jaras y breñas corre al mar.

Mas solitario, errante
Entre agitadas olas
So el templo santo, en desesperada lid,
¡Oh Virgen! donde quiera
Al ánima afligida
Dulzura tus memorias. llevarán.

Y cuando al fin mi espirtu
Las odiadas cadenas
Rompa que le atan al arcilla vil;

Y sus alas despliegue
Y a volar se aperciba
A la eterna mansión del Sumo Bien;

¡Angel mío! en los coros
Yo esperaré encontrarte
Que himnos santos entonan al Señor;
Y a tan plácida idea
Sobre el muriente labio
Sonrisa celestial florecerá.

XII

COLOMBO

Quanto se érgue entre stupidos humano
Quem ao nascer sortio un peito altivo.
Capaz de inclyta empreza!
Máis que homem é um Nume.

Por los dudosos mares do insepultos
Vagan aún de Atlántida los hijos
Iberas quillas de Liguria un hombre
A ignotas playas conducía : el Héroe
Sentado en el alcázar, ya los ojos
Al último confín del horizonte
Giraba, y a las páginas del cielo.
No era temor : ligeras, vagas dudas
(Que siempre al débil hombre un Dios envía)
Su corazón brumaban; cuando el Padre
De las ondas Océano en calma breve
Su ventoso escuadrón encadenando,
Agorero de bien, así le dijo :
«Anímate y alienta, imperturbable
Varón : cercano estás de tu derrota
Al fin ansiado : ¡anímate y alienta!
Pronto a tu vista desdoblado el mundo
Será : de Iberia el estandarte pronto
Sobre Aleghany flotará y los Andes;

Y con temor atónito el Indiano
Del león de España escuchará el rugido.

«¡Loor a ti, caudillo ilustre! ¡Excelsa
Nación, loor a ti, que de naufrágios
Despreciadora altiva, y de la muerte,
A la empresa clarísima te arrojas!
Mi braveza temieron las naciones,
Y mis vías inciertas de escondidos
Escollos esparcidas y de monstruos
Y por rabiosos vientos agitadas :
Tú, sola audaz, y fuerte y generosa,
Del inglorioso sueño en que yacía
Me despertaste y me pediste paso.
En los Genios oceánicos el gozo
Tu acento derramó; que no sus aras
Ya desiertas serán, ni el europeo
Navegador desdeñará su culto.

«¡Prosperidad y gloria te acompañen!
Esas que encontrarás regiones vastas
De gratitud yo te las doy en muestra,
Y a las mentidas de Hércules colunas
Las trabaré con poderoso nudo
Que durará — mientras lo quiera el hado.

«Será tal vez que se deshaga o rompa;
Será tal vez que del hispano trono
El estandarte de oro prez de Otumba

Desparezca y el cetro de los Incas :
Pero siglos y siglos la aureola
Con que la Iberia ahora se enguirnalda,
Esplendorosa brillará y de pasmo,
A las edades llenará remotas.

«Cual víbora rastrera, que del suelo
No es poderosa a levantarse, ardientes
Ojos de muerte llenos a la Reina
Del aire vibra en vano, y de despecho
Silba y de rabia; espíritus villanos,
Ignoble raza de envidiosos pueblos
Tachar querrán la esclarecida hazaña
Que no supieron inventar; y vicios
Achacarán de un vil aventurero
O de un torpe soldado... a un pueblo todo
Con indigno placer y siempre en balde.
Así del sol en la órbita esplendente
Un oscuro mortal máculas busca,
Y en su eje de diamante fijo en tanto
Mares de luz en derredor esparce
El monarca del día, y al mezquino
Que le miró deslumbra y le confunde.

«Mas vos, Americanos, prole hispana,
¿Vos también a injuriar sois atrevidos
La madre antigua? Aquestos que en su tumba
Padres vuestros reposan, ¿olvidásteis
Que del Ebro en las márgenes y el Betis

El aliento de vida respiraron
Por la primera vez? ¿que la cabaña
Se muestra aún, do madres españolas
Sus pobres cunas con amor mecieron?
¡Oh Americanos! ¡no ultrajéis a España!
Si crueles no queréis ya ser sus hijos,
Volved la vista en derredor, y al menos
No en vuestras almas gratitud se apague.

«Esos campos, un día hórridas selvas
Do víctimas humanas ofrecidas
En culto impío a impíos dioses fueron,
Ella en felices campos convertía
Que ahora surca el labrador tranquilo,
Y virtuosa familia en ellos vive :
Ella elevaba esas ciudades vuestras,
Y para darlas acción y vida
Se desangraba, y de sus propios hijos
Quedó huérfana y sola. ¿Quién primero
Que ella erigió de Cristo los altares
En vuestro suelo, do la ley de vida
Grabada, y ley de amor, los indios
Feroces pechos ablandó? De entonces
No entonó más el cántico de muerte
Triste guerrero que en la lid cayera;
Ni en crujir espantable humanos miembros,
Calientes todavía y palpitantes,
En bárbaros festines clamorosos
Tragados fueron con horror. De entonces

Vírgenes gracias del pudor el velo
Cubrió, y el velo del pudor encantos
A las vírgenes gracias añadía.
Arrebatado goce y fugitivo
No fué ya más amor, fué de las almas
Deleite celestial, magia inefable;
Y un acento fugaz, un descuidado
Dulce mirar, una memoria vaga
Endulza los pesares de una vida :
No más de su aflicción el vaso apura
Desconsolado el hombre; que en el fondo
Le pone siempre Religión amable
Una gota de miel, que es la esperanza.

«¡Oh Americanos, acatad a Iberia!
Sed de gloria, ambición, hambre del oro,
Temor de la cuchilla levantada
Sobre vuestras cabezas por delitos
O por virtudes en el viejo Mundo
¿Do un sitio hallar para pasiones tantas?
¡Ved! España os lo muestra; ella el camino
Vos abre; la seguid.... ¿Quién son aquellas
Popas que adorna asiático trofeo?
¡Inclitas Lusitanas! yo os conozco :
Dejáis altivas, como el sol, la aurora,
Y en el ocaso dormiréis.... De Galia
Esotros leños son : argollas llevan
Para aherrojar Haití.... ¿Oís? Rompidas
Por africanas manos ora caen....

¡Cual las proas británicas se lanzan
De libertad y poderío fieras!
¡Albión! ¡Albión! raza de heroes
En tus quillas escondes : de Wasington
Y de Franklin vas a plantar el germen;
Vas a plantarle en las comarcas, donde
Cual ciervo de los bosques vagueaba
El cazador salvaje, y los celestes
Custodiadores del país inmenso
Los ángeles lloraban sobre el hombre
Cual fiera entre las fieras confundido.
¡Salud, modelos de virtudes patrias!
Mas, sin aquella que os mostró la senda,
Grande nación y generosa, ¿en dónde
El sublime edificio ora se alzara,
Que en robustos cimientos sostenido,
Incapaz de imitar admira Europa?
Morada augusta, por la cual olvida
Los siete Montes y el sagrado Tíber,
La, que de Roma esclavizada huyendo,
Noble mujer en la riscosa Helvecia
Por almas hospedada virtuosas,
Solamente tenía un rudo albergue...
Pero en oscuridad están veladas
Esas palabras para ti : prosigue
Ya la sublime empresa, oh generoso :
Impelerán mis Náyades tus popas;
Y a los propicios orientales vientos
Yo las cadenas soltaré.... Pudiese,

Pudiese así ¡oh dolor! los envidiosos
Indignos hierros quebrantar que un día....
¡Oh Colombo! ¡Colombo! de la humana
Vida son breves las más fieras cuítas,
Mas sigue al grande eternidad de gloria.»

CANTICO NUPCIAL

A D. Joaquín Roca y Cornet con motivo
de su enlace con Doña Josefa Fiter.
Su buen amigo M. J. C.

Si del Edén las prohibidas puertas
Fuesen ahora a mi anhelar abiertas,
Yo de aquellos jardines deleitosos
Con las flores de vida santo-olientes
Tejiera una guirnalda, almos esposos,
Y en don de boda orlara vuestras frentes.

«Si el ser-aéreo un querubín me diera
Y el arpa-de-oro y música del alma,
Canoro espirtu en la nocturna calma
Sobre el lecho nupcial yo descendiera,
Y los presentes goces celebrara
Y venideras dichas anunciara.

«Mas ¡ay Cintio! de tu amigo
Sobre la mano abrasada,
Palidece marchitada
De nuestro valle la flor;
Y de mi laúd las cuerdas,
Fugitivo el placer blando,

Mueve triste murmurando
Sólo el aura del dolor.

« Sentidas lágrimas
Por mi semblante
Corrieron férvidas,
Cuando a las aras
Cabe tu Fílida
Marchar te ví;

« Y en ansia incógnita
Palpitó el pecho,
Cuando con sincero
Labio amoroso,
Mirando a Fílida,
Dijiste : ¡ Sí!

« No fué la envidia
¡ Ah! ¡ bien lo sabes!
Del placer célico
Que tú gozabas,
Quien de mi espíritu
Turbó la paz;

« Fué una mortífera
Voz que en el alma
Sonó fatídica :
Tales dulzuras
Nunca tú ¡ mísero!
Disfrutarás.

« ¡ Eh! marchad pensamientos de duelo,
Cuando el grito de HIMENE resuena :
¡ Eh! marchad, y la tierra y el cielo,
Sólo espiren ventura y placer.

Ya en mi pecho enmudezco la pena,
En mi pecho que el estro ya inflama :
Es de Amor, es de Himene la llama,
Quien le torna de nuevo a encender.

« ¡ Santo Himene! dos almas tan bellas
Une en lazos de eterno diamante,
Cual por siempre dos claras estrellas
Juntas siguen su curso eternal :

Y el buen hijo, el amigo constante,
De Virtud y de Apolo el amado,
Vea siempre mi Cintio estimado
Brillar pura la tea nupcial.

« Dulce amor, de la tierra consuelo,
Tú de rosas esparce su vida,
Tú concede a su férvido anhelo
Virtuosa progenie gentil :

Y sus hijos España placída
Los contemple con noble fiereza,
Y sus hijas en gracia, en terneza,
Se asemejen ¡ oh Fílida! a tí. »

Así dijo el Cantor; y del Esposo
Estas palabras susurró al oído :

«En el árbol de vida más lozano,
Con el llanto regado del deleite
Y mecido de Amor con el ¡ay! trémulo,
Amargas punzas imprevistas crecen;
Mas yo sé un talismán que las destruye,
O las endulza al menos : sea aquesta
La ofrenda que hoy mi afecto te consagra.»
Y la AMISTAD fué el don que el Bardo hizo.

CANCION

1.^a

Yo te adoré, cuando la vez primera
Recato y gracias admirara en ti;
Yo te adoré cuando benignas viera
Tus lumbres bellas dirigirse a mí.

2.^a

Cuando tu voz oí melodiosa
Yo te creyera un ángel del Señor;
Y te adoré cuando por fin piadosa
Me prometiste sempiterno amor.

3.^a

Yo te adoré, cuando un destino impío
Lejos de ti, mi Nice, me arrancó,
Y la corriente del extraño río
Mi llanto fiel mil veces aumentó.

4.^a

Yo te amaré, yo te seré constante
Mientras a la noche siga el rosicler,
Siga la sombra a la deidad radiante,
Goce al afán, quebrantos al placer.

5.^a

Cuando la luz yo dejaré del mundo
Y de mi tumba el mármol abriré;
Entonces aún mi labio moribundo
Repetirá : «te adoro, te adoré».

CANCIÓN DEL ESCLAVO

1

Por los jardines de mi patrio suelo
Tiende natura el manto floreal
Mas ¡ay! la niebla que encapota el cielo
No desvanece el Sol de Libertad.

2

Nuncias de goce, encantadoras Bellas
En mi aflicción prométenme solaz;
Mas pasan ¡ay! cual pálidas estrellas,
Que no esclarece el Sol de Libertad.

3

Sólo me queda el consolar del llanto
Y un arpa ¡ay Dios! que no será inmortal:
Con el cantor perecerá su canto
Que no inflamara el Sol de Libertad.

4

No, jamás diga el eco de la Historia
Mi nombre esclavo, al siglo que vendrá:
¡Ay! turbios son los rayos de la gloria
Si no los hiere el Sol de Libertad.

5

Muramos pues, la inmerecida afrenta
Sólo el sepulcro puede ya ocultar:
Feliz si un día plácido calienta
Mi frío tronco el Sol de Libertad.

A LA LUNA

¡Cuán dulces llegan al alma
Tus rayos, oh de la noche
Reina hermosa,
Mientras por el cielo en calma
Llevas tu argentado coche
Silenciosa!

¡Oh! la paz de tu reinado
Ni el hombre a turbar se atreve,
Ni la fiera:
El eco duerme callado,
El céfiro no conmueve
La pradera.

Sobre su lecho de arenas
Calla la furia aplacada
De la mar;
Y a las sus ondas serenas
Tu modesta faz le agrada
Retratar.

Mi turbio pecho descansa
También en sueño profundo,
Y parece
Que a tu ley suave y mansa

Que obedece fiel el mundo,
Obedece.

Fija en tí mi vista ardiente
Yo te contemplo extasiado,
Y el gozar
Vago que el ánima siente
Al mortal labio no es dado
Expresar.

¡Maga divina! tu encanto
Sólo el corazón sensible
Gusta y ama;
Ya a su poder, tierno el llanto
Por el rostro, y apacible
Se derrama.

A fuer de la virtud bella,
Del Sol recibes fulgente
Tu esplendor;
Nubes de envidia, cual a ella,
Te siguen eternamente
En redor.

Cuando a par de mi cabaña
Sentado una noche amiga
Del estío,
Armada de su guadaña
Venga la muerte y me diga,
«Ya eres mío».

¡Oh Luna! en aquel momento
¡Ay! alumbra por piedad
Al que un día
Joven, su lira y su acento
A ti, bondosa deidad,
Dirigía.

Y sobre tus rayos, rotas
Las mortales ataduras
Volará
Mi espíritu a las ignotas
Deseadas mansiones puras
De Jehová.

ODA IMPROVISADA *

A D. JUAN CORMINAS

No entre el fragor de los combates muda
Yace la lira del cantor : entonces
Entonces sus robustos sonos llenan
El campo de la gloria.

Con inspirado acento entonces el vate
De patria y libertad los sacrosantos
Nombres recuerda, que arden a los buenos
En divino entusiasmo.

Se lanzan cual leones : devoradas
Las enemigas huestes desaparecen,
Y las enseñas de baldón y oprobio
En polvo hundidas yacen.

¡Ay del menguado que la espada vuelve!
Eterno olvido cubrirá su nombre,
O entre la befa universal y escarnio
Pasará a las edades.

Viven los héroes; gratitud y loa
Acompañan su fama sempiterna
En patrióticos cantos celebrada,
Que repiten los pósteros.

¿Viven? y ¿torpe mísera existencia
Preferiremos a la tumba ilustre
No con venales lágrimas honrada
Ni con serviles pompas,

Mas visitada en soledad, cubierta
De inmarchitables lauros, con el lloro
De la virtud, de la piedad, del genio
Humedecida siempre?

¡Oh! no, Corminas, no, tu noble amigo
Obrara como un vil, si nudos santos
Que natura formó y estrechó el cielo
Ligado no le hubiesen.

Una madre... ¡ay! ¡su corazón cuitoso
Si vieras cuál palpita! si le vieras
Cuando a la Virgen del Dolor sus preces
Por sus hijos dirige :

Y al escuchar el parche de las lides
Cuál tiembla, cuál la vista hacia nosotros
Vuelve con amoroso afán, y piensa :
¡Ay Dios! ¡si los perdiese!

¡Si la vieras, Corminas!... ¡oh! mi pecho
A los combates del poder, del oro,
De la opresión tiránica y del hado
Incontestable opongo;

Empero a tanto amor todo lo olvido,
Y oculto débil la sagrada llama
Que me inspiró, y avergonzado escondo
Mi dolor y mi lanza.

A***

Fatal lauro de victoria
Ciñe al caudillo feroz,
Que del campo vien cubierto
De sangre, polvo y sudor :
Su carro tiran cien reyes
Que del trono derribó :
Naciones son sus esclavas
Y un mundo su adorador.
¡Feliz tú! ¡hombre de imperios!
Felice tú mil veces que yo no.

Florido en años y en gracias
Hechicero como un Dios
Do quier Medoro se muestra;
La llama brota de amor,
Y cual la rosa en su seno
Al claro rayo del sol,
Así mil bellas acogen
Al venturoso garzón :
¡Feliz tú! ¡galán mancebo!
Mil veces tú felice, que yo no.

Si a la dulce patria oprime
La coyunda del baldón,
Cual trueno noble retumba

La sacra voz del cantor :
La oyen los héroes y vuelan
En hidalga indignación,
Y entre las ruinas del trono
Sepultan a su opresor :
¡Libertador de tu patria!
Dichoso tú mil veces, que yo no.

Ni el arte de hacer esclavos,
Ni de la hermosura el don,
Ni de las gracias del ingenio
Naturaleza me dió :
Me dió solamente un alma,
Un alma para el dolor,
Cual a corza solitaria
Lanza el montero un harpón,
Y en mi penosa existencia
Veo a todos felices, y yo no.

Mas si tú, virgen que adoro,
En tu amante corazón
Conservas fiel la memoria
De nuestro infelice amor,
Como rosal que insensible
A mudanza de estación
Vencedor de sol y escarcha
Aparece siempre en flor,
¡Oh! si fuese así, felice
Felice más que todos seré yo.

A D. PABLO ALCOVER

Sentado a par del glorioso Ibero,
Llena aún la mente del país hermoso
Que acaba de gozar y de sus hijas,
Las cántabras de rica undosa trenza;
¿Cuya es la voz que alhaga blandamente
Mis oídos, hendiendo las llanadas
Que me separan de mis dulces Lares?

Es la tuya, Paulino : es la voz tuya
Del canto incitadora : fiel traslado
Del estro que te anima : ella recuerda
Grandes memorias, generosos hechos
De los valientes que en la tumba yacen.
Blanda la tierra séales : la noche
Del sepulcro no sientan, ni la sangre
Vertida en lides mil; que la cabeza
Desnuda ya del agareno yugo
Triunfante España levantó, y de gloria
Y libertad los nombres sacrosantos
No con ellos se hundieron en la tumba.

¿Ves esos muros que el furor guerrero
Al suelo derribó? ¿Ves las ruinas
De los templos do el canto resonara
En loor del Eterno, esos escombros

Y esas murallas solitarias restos
De altos palacios? Todos, oh Paulino,
Todos a los valientes abrigaron,
Todos oyeron resonar sus ecos
Con la voz de la patria, e inextinguible
Odio al Tirano. — Cuando envanecido
Este en los triunfos fáciles que Europa
Daba a su audacia, sus cohortes fieras
A la España mandó; mil funerales
Tubos preñados de terror y muerte
Y puntas mil de armados escuadrones
Amagaron la noble Zaragoza.
Y decían los bárbaros del Sena :
«Caerán, caerán esos altivos muros
»Cual feble arista de aquilón al soplo :
»¿Quién al valor resiste de los fuertes
»De Jena y Austerlitz?» Y ya en idea
De Aragón a las vírgenes veían
Llorar en cautiverio y de la patria
Servir al vencedor los fuertes hijos.

¡Servir! antes la muerte el grande quiere.
Tú lo juraste, Zaragoza : el numen
Que al destino de España precedía
Aceptaba tu voto generoso,
Y a tu suerte una lágrima vertiendo,
Te destinó, ¡oh dolor! para ofrecerte
De la patria al altar, víctima pura
Como los hijos ínclitos de mayo.

Mas no se ufane el bárbaro : las ondas
¡Oh! no enrojecerá del padre Ibero
Tan sólo de Aragón la noble sangre.
También cayeron, sí, y con vergüenza
Tornaron a caer los invencibles
Sólo en Marengo y Lodi, y sus laureles
Con polvo vil mancharon. De victoria
No les oirá entonar festivos cantos
Ya la ciudad del turbulento Sena :
Ni esperen ya sus hembras adornarse
Con los ricos despojos que de orgullo
Hinchados al partir las prometieran.
¿Qué fué de aquel orgullo? ora abatido
De hermosa virgen a la vista yace;
Cual desaparece tenebrosa nube
Del sol al rayo plácido. ¡Insensatos!
Aquellas manos cándidas que vían
Ya en alegres festines presentarles
La copa del placer, son las que ahora
De cántabro metal en copa negra
Les sirven la bebida de la muerte.

¡Llor a ti, virgen hispana! ¡gloria
A vos, oh campeones de la patria!
Si por ella morir la suerte ordena;
Morir por ella es dulce : ya en su libro
La fama vuestro nombre y vuestros hechos
Con caracteres escribió inmortales :
Del ilustre cantor ya el arpa suena,

Y del Sena en las márgenes el canto,
Que entona en vuestro prez y en vuestra loa,
A su despecho las matronas galas
Oirán cuando lamenten de sus hijos
En país extranjero el fin aciago.

Llegó el día de duelo ¡ay! que debía
Ver la inmutable voluntad del numen
Cumplida. Dicen que entre el humo y pólvora
Y horror y confusión de la pelea,
Aquel día fatal, brillante nube
Vióse encumbrar a la región del éter;
Cual fuera la que un día los Apóstoles
Del sagrado Jordán en las riberas
Vieron llevar a la feliz María.
La cúpula marmórea que a la Virgen
Sin mancha los fieles consagraron
Aromas espiró, y una armonía,
Cual nunca el mundo oyó, se oyera entonces
Que por el viento vago fué perdiéndose.
De entonces a los hijos de la Patria
No faltara el valor, que antes las ondas
Faltaran a la mar y al cielo estrellas.
No faltó el entusiasmo de los buenos
Al honor y a la gloria : que debajo
De aquellos cuerpos flacos consumidos
Por las enfermedades ¡ay! y el hambre,
Dentro sus pechos con ardor vivía
Cual vive del Vesubio en las entrañas

El ferviente volcán que dentro bulle.
Dejó su causa la Deidad : no ellos.
Cayeron : sí, mas cuando ya sus ojos
A cerrarse iban en eterna noche
Vieron abrirse de la Fama el templo
A recibirle, vieron a la España
A sus sienes ceñir corona eterna.
Triunfaban entre tanto los esclavos :
Triunfaban, sí, pero los victoriosos
Pasos llevaban sobre los cadáveres
Cruentos de los suyos : sí, triunfaban
Mas fué triunfo de duelo, do a los lauros
Entrelazados fueron los cipreses.

¡Cuán dulce es recordar, cantor amigo,
La liza de los héroes! ¡Oh, cuán tierno
A un corazón que con vehemencia siente
Ver esos derrocados edificios
Y en la nocturna oscuridad estático
Oír su muda voz misteriosa!

¡Sublime voz! ¡ruinas sacrosantas!
Vendrá un tiempo (¡oh, Gran Dios! no está lejano),
En que el padre del canto al ver en torno
Tan sólo corrupción, egoísmo, infamia,
Vil interés, falsía y tantos tantos....

.

A D.^a MARÍA JOSEFA AMALIA

REINA DE ESPAÑA

La reina acudió al Señor, temiendo
el peligro que amenazaba.

Esther, cap. XIV, v. 1.

Las armas, las batallas, el sangriento
Carro del genio adusto de la guerra
Quise cantar en son, que repitieran
Los ecos retumbando.

Y al pulsar de la cítara templada
Las cuerdas de oro, los suaves trinos
De ternura y amor y paz amable
Plácidas exhalaban.

¡Oh paz! ¡oh dulce paz! sola tú seas
El numen que me inspire; asaz oímos
Lúgubres sonos, y gritos espantosos
Como en tormenta el trueno.

Voz de matanza las cavernas santas
Del Montserrat ríscoso resonaron:
Voz de matanza pavorosa y ronca
Llegó al augusto templo.

Suspendieron los cánticos divinos
Los padres solitarios, que en el yermo
Himnos de loa entonan a la Madre
Del Salvador del mundo.

¡Ay! ¡y el fusil tronó! ¡ay! ¡y cien veces
Y cien tornó a tronar! y al eremita
Palpita el pecho más que en bramadora
Tempestad de los montes.

No así, no así le oísteis temerosos
El son de muerte, oh hijos de la sierra;
La faz tostada de la tierra alzando
Respondisteis: ¡venganza!

Insanos, ¿dó corréis? ¿a qué estos hierros?
¿A qué esta rabia?... ¡Dios! y no me escuchan,
Y en torno de sus mantas onduladas
Del mal vaga el espíritu.

Gritan, y nada su gritar expresa,
Gritan, y asestan el puñal; ¡ay! ciegos,
No ven que el labio que merced les pide
Chupó la misma leche.

Brazo que esconde impenetrable velo
Al negro fratricidio los impele,
Los arrastra cual víctimas al ara
De sacrificio impuro.

¡Brazo infernal!, él solo, catalanes
Os concitaba, él solo en vuestros pechos
Sencillos derramó mortal ponzoña;
Con la ponzoña, el crimen.

Brazo infernal, ¿dó está la ánima justa,
Mansión de la piedad y las virtudes,
Que tu poder quebrante, don funesto
Del rey de las tinieblas?

La tuya fué, Princesa, honor del trono
Occidental. Tu corazón sensible
Lloró sobre los males de tu patria,
Y al cielo convirtiendo

Entrambas luces bellas abundosas
En lágrimas: — Oh Padre, — le dijiste
Al que al mover del ceño omnipotente
Estremece los orbes,

— Merced, oh Padre, la virtud triunfe,
Caiga el malvado; y en noche sempiterna
Ocultando sus tramas infernales
Mudo y vencido yaga. —

En alas de mil ángeles la prece
Voló; Jehová la escucha; a Iberia torna
Serenó el rostro en majestad velado;
Y ya la paz brillaba.

Gloria, gloria a Jehová; al Santo, al Fuerte,
Al Inmortal, que como arista el fuego
Destruye del inicuo la pujanza,
Eternamente gloria.

Y a ti loor y prez, Piadosa Madre,
Que aplacaste la saña del Eterno
E hiciste que sus rayos depusiese,
Los rayos de su cólera.

No cese tu rogar, ya que ha logrado,
Que de los altos cielos descendiese
La santa paz, que huyera estremecida
De la española tierra.

EPÍSTOLA 1.^a

No, mi amable Gisperto, no tu amigo
Irà a pasar sus juveniles días
En la mansión de Cosetania, donde
Rancios inciensos queman a Sofia
Sus sacerdotes de fruncidas cejas
Y adusta faz, mansión aborrecible
Sin el ángel de paz, que en otro tiempo
Era consorte mío y lo era tuyo.
Una mujer allí me cautivaba,
Una mujer en años abundosa,
Y en la que acaso tú no contemplaste
Con frío corazón gracias sublimes

.....
Yo, ¡miserio de mí! cuyo destino
Rige maligno un astro, y me condena
A registrar Pandectas y Partidas :
El culto hermoso de las dulces musas
Abandonar apóstata, y hundirme
So las góticas bóvedas de un templo,
Que para nuestro asilo levantaron
Antiguas gentes : Yo, querido mío,
Si amorosos cuidados te desvelan,

Si la estrujada bolsa te entristece,
Cuyo peculio vació en sus garras
Despiadado banquero, o falaz moza;
Yo, mi Gisperto, entonces con pausado
Docto compás, y magistral acento
Cual ensalmo de bruja, una y dos veces
Te leeré los bárbaros escritos
De nuestro foro, espléndidas lumbreras
Que de patrios Doctores y de extraños
Ocupados trajeron los celebros
Luengas vigiliás, mas los tiempos mudan,
Y nosotros también, dijo el poeta.
Ora verás cual a su magia, al duro
Pesado estilo, al son de peregrinas
Dicciones y vocablos (no lo dudes
Lo sé por experiencia), un sueño dulce
Oprimirá tus párpados y al pecho
Retornará la fugitiva calma.

Y al santo don serásme agradecido :
Que aquellas doctas páginas no siempre
Efectos tan pacíficos producen.
Cual las palabras de furiosa Pithia
Que inicuos sacerdotes trasladaban
A placer del menguado, que iba al templo,
Así hambrientos letrados interpretan
La ambigua ley, el comentario y glosa;
Se arman las lides, la discordia turba
La doméstica paz, rompe los lazos
De la amistad y de la sangre, y entra

Del Dios de paz en el santuario mismo :
Crece el proceso, aumentanse los gastos :
Una sentencia al fin, comprada o justa
Pierde la causa, y entretanto luce
Del defensor la esposa en el teatro
La necesidad del triste pleiteante,
Y los talentos del marido ilustre.

Mas no quiero, Gisperto, que trazados
Veas con hiel los rasgos fugitivos,
Que mi péñola forma cuando corre
Libre, y sin arte en amistosa carta.
A Dios pues : las locuras de los hombres
Hunde en olvido, mas de mí te acuerda.

La Granada, 24 de Octubre de 1830.

EPÍSTOLA 2.^a

.
.
. Corro a la margen
Del humilde Cervera; su corriente
Sigo que se desliza entre olmos blancos.
¡Árboles de dolor! La mano dura
Del diciembre robó la cabellera
Que os adornaba, y la marchita frente
Contempláis en los límpidos cristales.
Lloráis ¿o es del rocío por ventura
La gota matinal que se ha mezclado
Con las aguas? Así del patrio Eridano
Cabe la margen, la corriente undosa
Con sus piadosas lágrimas crecieran
Los amantes... que plañían
Del mozo audaz la muerte lastimera

.
.
Un arbusto, una peña, y mustias plantas
Esto del mundo veo, y sólo escucho
Del agua el ruido plácido, de lejos
La cascada tronar precipitándose
Y una siniestra voz que por los aires
Vagea, y me estremece; aves infaustas

Aves de agüero funeral, horrendas,
Negras como el delito, la producen,
Cortan los aires : por detrás del pardo
Velo de niebla revolar las veo,
Y colmado de horror, en mi delirio,
Creo que son las sombras de los impios
Que en estos mismos campos, fraternales
Armas blandieron, fraternales armas
Que en sangre fraternal crudos bañaron :
Y cuando exhalan el graznido horrible
¡Sangre! ¡Venganza!, en mi delirio escucho
¡Sangre! ¡Venganza!, acentos pavorosos
De lástima y horror : ¡ay! ¿cuántas veces
Cuántas veces, Osmán, aquestos montes
Aquestos campos y la margen esta
Los oyeron tornar estremecidos?
Y cuantas veces la eco Catalana
Ronca aquí los tornó ¡sangrienta idea!
Muy más llena de espanto, dulce amigo
Que cuanto ofrece de terrible y triste
Naturaleza airada. Ella, sí, ella
Del canto alegre y amoroso el goce
Interrumpe a la mente contristada,
Ella la voz a la garganta apega,
Y ella el semblante en lágrimas inunda.
Se vela en luto la acordada cítara
Y el genio del dolor en torno vuela;
Que aquí, que aquí do ahora guía al campo
El labrador sus bueyes, de labranza

Los hierros convirtiéronse en objetos
De asesino, el furor entrambas haces
Al combate llevaba : hubieras visto
Asestando el puñal contra el canudo
Padre, el hijo infeliz, salir silbando
Del tubo funeral rauda la bala
Y atravesar ardiente del amigo]
El pecho que fué amado; el tierno joven
Bañado en sangre y en sudor caía,
Tornaba el rostro pálido la muerte,
Y veía al matador que era un hermano,
El furor los guiaba, y ni en afectos
De humanidad y amor, ni en el silencio
Y paz del tabernáculo encontraron
Do guarecerse. La discordia impía
Introducía su voraz hoguera
En los rabiosos corazones : crudas
Las Furias del averno dirigían
Las homicidas manos «¡Patria! ¡Patria!»
Gritaba el uno y «¡Libertad!» y fiero,
Desapiadado más que hircana tigre
La cabeza que aun chorreaba sangre
De su contrario paseaba en triunfo,
Los otros, ¡mal pecado! furiosos
Gritaban «¡Religión!» y la ponzoña
En las venas hubieran derramado
De su enemigo. ¡Oh Dios! y todos, todos
Tenían una fé, y uno era el hábito,
Uno el país natal, unos los padres!...

NOTAS

NOTAS DE CABANYES A LOS «PRELUDIOS»

*... son sus versos
Cual su espíritu libres.*

(Página 60, versos 7 y 8)

Indudable parece que la razón ganaría no poco en la moderna poesía si de ella se desterrase el consonante. Yo empero, iniciado apenas en los misterios de las Musas, me guardaré bien de querer echar un abuso convertido ya en arraigada costumbre. Al contrario, en gracia de los filo-rímicos, y puesto que en estas poesías hay *sólo una* con versos aconsonantados, me arriesgo a poner aquí como el único que en mi vida he hecho, el siguiente

SONETO

¿Ves, Gil, un hombronazo allí sentado,
De faz profana, en sayo penitente,
Tragar la torta y chocolate ardiente
Que la devota Flor le ha presentado?
Mírale bien: el Egoísmo ha hinchado
Su panza; Estolidez hundió su frente;
Y afectos torpes arden la impudente
Llama de su mirar: ese es Conrado.
Nueve horas largas a la paz dedica
De un sueño estrepitoso; cinco yanta;
Cuatro en el seno de hembra corrompida
Se revuelca; y moral que no practica,
Con bronca voz las otras seis decanta;
¡Qué piadoso varón! ¡Qué santa vida!

EL CÓLERA - MORBO ASIÁTICO

(Página 65)

Para la mejor inteligencia de esta oda ténganse presentes bajo un golpe de vista los siguientes hechos aunque sobradamente conocidos. El cólera-morbo pasó a Europa con los ejércitos rusos que volvieron de Persia. Ya estaba entonces encendida la guerra de Rusia con la Puerta, y continuó con estrago. Estallaron poco tiempo después los movimientos de julio en París, e instantáneamente las turbulencias de los mal aconsejados Belgas y la revolución de un pueblo generoso y engañado. El sacudimiento de los tronos europeos se hace sentir en América: viene un Monarca fugitivo a la tierra de sus padres, y ha de dormir bajo el techo del extranjero. Se apresta para la lid, y va en busca de su contrario. Los dos combatientes están ya en la arena: el vencedor será tal vez un fratricida. No son opiniones polí-

ticas las que han dictado el final de esta oda : son los afectos que, bajo cualquier creencia política o religiosa, la naturaleza ha inspirado siempre a los corazones tiernos.

Bien fuiste tú entonces, oh Burgos, testigo

(Página 84, verso 13)

Esta y las siguientes estancias hacen alusión al siguiente pasaje de nuestra historia :

«Los caballeros de Castilla se juntaron en la ciudad de Burgos para acordar lo que se debía hacer. La resolución fué de recibir a Don Alonso por rey de Castilla, a tal que jurase por expresas palabras no tuvo parte ni arte en la muerte de su hermano don Sancho. Don Alonso avisado desto se partió para aquella ciudad. Los más de los que presentes estábanse recelaban de tomarle la jura, por pensar lo tendría por desacato, y para adelante se satisfaría de cualquiera que lo intentase. Sólo el Cid, como era de grande ánimo, se atrevió a tomar aquel cargo y ponerse al riesgo de cualquier desabrimiento. En la iglesia de Santa Gadea de Burgos le tomó el juramento, que en suma era, no tuvo parte en la muerte de su hermano, ni fué della sabidor; si no era así, viniesen sobre su cabeza gran número de maldiciones que allí se expresaron... Disimuló el Rey por entonces el desacato; mostróse alegre y cortés con todos, como el tiempo lo pedía, pero su pecho gravemente ofendido contra el Cid, como los efectos claramente lo mostraron.»

MARIANA, lib. IX, cap. X.

«Por el mismo camino los nobles y caballeros se encendieron contra él (el Cid) en una nueva envidia : procuraban abatir al que más aina debieran imitar; armábanse para esto de calumnias y cargos falsos que le hacían; torcían sus servicios y sus palabras. No era dificultoso salir con su intento, por estar el Rey de tiempo atrás disgustado.

» Acordaron saliese desterrado del reino, sin dalle más término de nueve días para cumplir el destierro. No se atrevió el Cid a contrastar con aquella tempestad : encomendó su mujer e hijos al abad de San Pedro de Cardeña.»

Id., lib. IX, cap. XI.

Ignoble raza de envidiosos pueblos

(Página 98, verso 11)

Los filosofadores franceses son los que más han declamado contra los horrores cometidos por los Españoles en América. Pero nosotros podríamos a nuestra vez preguntarles, qué dulce y apacible trato excitó la sangrienta venganza de los Negros de Santo Domingo, cuando las colonias españolas se mantenían todavía tranquilas debajo el férreo yugo de la Metrópoli? Y en tiempos más de nuestros días, en tiempos más alumbrados que el bárbaro siglo xvi por el resplandor de una filosofía humana y tolerante, ¿qué han hecho los organizadores de pueblos, los regeneradores de naciones, los predicadores de filantropía, hordas esclavas con bandera democrática? ¿qué han hecho en España que los hospedaba como amigos, en Italia, en Alemania, que a fuer de vencidas y conquistadas los acogían? ¡El mundo lo sabe!

NOTAS DE ESTA EDICIÓN

ODA IMPROVISADA : A D. JUAN CORMINAS

(Página 112)

«Después del hermoso artículo que en las Memorias se dedica a este malogrado joven, a fuer de reconocido al cariño con que siempre me miró desde que le alisté entre mis alumnos de la academia de oratoria de la Universidad de Cervera y de mi cargo; cariño al cual debí la oda a *Batilo*, contenida en sus *Preludios de mi lira*, y cuyo original conservo, séame permitido esparcir algunas flores sobre sus cenizas... El ilustrado joven D. Manuel Milá y Fontanals en su *Compendio del arte poética* inserta la oda de Cabanyes a Doña Josefa Amalia, reina de España, y dos epístolas con la numeración de 1.^a y 2.^a que poseo de letra del autor. Una pasión decidida por la verdad y justicia y un ardiente deseo de saber constituían el carácter de su alma, el cual se revela en sus composiciones. Tenía cierta aversión a la rima, y su libre y valiente espíritu le movía a buscar nuevos rumbos al canto : marcha que sostenía con honor, y sin duda hubiera dejado acreditada. Pongo a continuación una oda improvisada, con que después de responderme en 10 de Noviembre de 1830 quiso expresar su sentimiento sobre uno de los puntos de mi carta. Su estilo en prosa era galano, vigoroso y lleno de filosofía.»

Suplemento a las Memorias para ayudar a formar un Diccionario crítico de los escritores catalanes y dar alguna idea de la antigua y moderna literatura de Cataluña, que en 1836 publicó el Excmo. e Ilmo. Señor Don Félix Torres Amat, Obispo de Astorga.... por el Dr. D. Juan Corminas, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos. Burgos : Imprenta de Arnaiz, 1849. (Pág. 59).

A DOÑA JOSEFA AMALIA

REINA DE ESPAÑA

(Página 122)

Al publicarse después esta Oda en la edición de *Producciones escogidas*, son de notar las variantes y adiciones con que la modificó Cabanyes y que, al insertar íntegra la segunda versión, indicamos con tipo cursivo :

Las armas, *los combates* y el sangriento
Carro del genio adusto de la guerra
Quise cantar en son que *retumbando*
Repitieran los ecos.

Y al pulsar de la cítara templada
Las cuerdas de oro, los suaves trinos
De ternura y amor y paz amable
Plácidas exhalaban.

¡Oh paz! ¡oh dulce paz! sola tú seas
El numen que me inspire; asaz oímos
Lúgubres sonos, gritos espantosos
Como en tormenta el trueno.

Voz de matanza las cavernas santas
Del Mont-serrat ríscoso resonaron,
Voz de matanza pavorosa y ronca
Llegó al augusto templo.

Suspendieron los cánticos divinos
Los Padres solitarios que en el yermo
Himnos de loa entonan a la Madre
Del Salvador del mundo.

¡Ay! ¡y el fusil tronó! ¡ay! ¡y cien veces
Y cien tornó a tronar! y al eremita
Palpita el pecho más que en bramadora
Tempestad de los montes.

No así, no así le oyeron temerosos
De muerte el son los hijos de la sierra
La faz tostada de la tierra alzando,
«Venganza» respondieron.

— «Insanos, ¿dó corréis? ¿a qué estas armas?
» ¿A qué esta rabia?...» amedrentadas piden
Las hembras catalanas: aquel eco
Que les respondió un día

Amorosas palabras, guerra, muerte
Ora les torna flébil. Huyen ellos
Y en torno de sus mantas onduladas
Del mal vaga el espíritu.

Vosotras, vos, montañas de mi patria
Atravesar les visteis vuestras cumbres
Buscando presa y lid, buscando el pecho
Do hundir la aleve punta.

Y le hallaron ¡ay Dios!... Tened, oh crudos,
Que en vuestro seno palpó mil veces
Y la leche que un tiempo vos chupásteis
Chupó el labio que os ruega.

Tres vegadas natura ha suspirado
El golpe criminal, en vano ¡ay tristes!
La cuarta cae al duro poderío
De irresistible fuerza.

Y era así, que yo vi salir de un velo,
(Velo que nunca cobijar debía
El crimen) vi salir el brazo infame
Sembrador de discordia.

Le vi, le vi guiar trémulas manos
Al fratricidio atroz, a los incautos
Arrastrando cual víctimas al ara
De sacrificio impuro.

¡Brazo infernal! él solo, catalanes,
Vos concitaba; él solo, no vosotros,
Amados hijos de una tierra amada
La maldad cometía.

¡Brazo infernal! ¿dó está la ánima justa
Mansión de la piedad y la dulzura
Que su poder quebrante, don funesto
Del rey de las tinieblas?

La tuya fué, Princesa, honor del trono
Occidental; tu corazón sencillo
Lloró sobre los males de la España,
Y al cielo convirtiendo

Entrambas luces bellas abundosas
En lágrimas «¡oh Padre!» le dijiste
Al que al mover del labio omnipotente
Estremece los orbes,

«Merced ¡oh Padre! la virtud triunfante,
» Caiga el malvado en noche sempiterna
» Ocultando sus tramas infernales
» Mudo y vencido yaga».

En alas de mil ángeles la prece
Voló, Jehovah la escucha, a Hesperia torna
En blanda majestad velado el rostro
Y ya la paz brillaba.

¡Gloria! ¡gloria a Jehovah! en gloria suya
Resuena el arpa que encantara un día
A la hija de Sion, cuando el Rey lleno
Del inspirante numen,

De sus cuerdas harmónico-sonantes
Sublimes tonos arrancando, el coro
De levitas las grandes maravillas
De Adonái cantaba.

Y a ti, loor y prez, piadosa Madre,
Que aplacaste la saña del Eterno,
E hiciste que sus rayos depusiese,
Los rayos de su cólera.

No cese tu rogar : si él ha logrado
Que de los altos cielos descendiese
La santa paz que huyera estremecida
De la española tierra,

*Haz que a ella suceda aquel Espíritu
De divinal Amor que al Padre abrasa
Y al Hijo en caridad, y al Hijo y Padre
Igual en gloria reina.*

*El encienda los tibios corazones;
El al sabio y su boca en son robusto,
Cual de agua que mugiente se derrama,
La verdad enaltezca.*

*Y brille la verdad, sus rayos puros
Al árbol mustio de mi Patria tornen
El esplendor antiguo y lozania
Y las sombras disipen.*

*Las sombras del error encubridoras
Del negro trono do sentado el Pérfido
Victimas pide y a la Madre España
Sume en viudez y llanto.*

APÉNDICE DE DOCUMENTOS

I. PARTIDA DE BAUTISMO DEL POETA

«Dia vint y set de Gener de mil vuit cents y vuit : En las Fonts Baps. de la Parral. Iglá. de St. Antoni Abad de Vilanova y Geltru, Bt. de Barna : Per mi Dr. Pelegri Guasch, Pbre. y Rector de ella; fonch batejat : D. Manuel, Nicolau, Josep Oriol, Pau, nat lo mateix die, fill lilegitim y natural del Noble Senyor D. Llorens de Cabanyes, y de la Sra. D.^a Catharina de Cabanyes y Ballester, conjs. naturals de la present Parr.^a Fou Padri D. Pau Cabanyes. Contralor de la Artilleria, en Barna. habitant. Ita est: Dr. Peregrinus Guasch, Pber. Ror.» (*Libro de Bautismos del Archivo parroquial de San Antonio Abad, de Villanueva y Geltrú.*)

II. PARTIDA DE CONFIRMACIÓN

«Dia disset de Agost de mil vuyt cents y vuyt : En la parroquia de Sant Antoni Abat de la Vila de Vilanova y Geltrú, Bisbat de Barcelona. Lo Ilustrissim y Reverendissim Senyor Don Pau Schar Bisbe electo y confirmat de la Diocesis de Barcelona (trobantse en esta emigrant de Barcelona per causa dels francesos que oprimian la Ciutat y personas en ella residint) confirmá los següents :

» Cabanyes D. Manuel, fill de Dn. Llorens y D.^a Catharina Ballester de Carro conjs. Padri, lo Rnt. Doctor Peregrí Guasch Pbre. y Rector de Vilanova.» (*Libre de Confirmacions de 1772 a 1813.*)

III. CARTA DEL R. D. JOSÉ MORERA A LA MADRE DEL POETA

«Cervera Febrer 7 de 1821. — Molt señora mia D.^a Catarina : no envie a buscar á son fill Manuel que no tinga Vm. antes carta mia, pues se exposaria a perdre lo any, y los estudiants fan correr veus falsas sobre lo día de la marxa. Fins al present he rebut tres onsas de Rodon a nom de Vm. com ja li tinch escrit per son govern. Deu la gt. ms. as. com ho desitja est son afe. serv. — JPH. MORERA Pbre.»

IV. CARTA DEL R. D. JOSÉ MORERA

«Cervera, Mars 9 de 1821. — Molt señora mia D.^a Catarina : Rodon ha entregat altre vegada trenta lliuras y aixis lo total es 120. Lo Manuel ab altres 4 Colegials estas Carnestoltas ha anat á fer los exercicis espirituals en Guissona en lo Seminari de Pauls, y li han probat be. Servr. de Vm. — JPH. MORERA Pbre.»

V. CARTA-CUENTA DE MANO DEL POETA, POR ENCARGO DE SU MADRE,
A D. DOMINGO CREUS

«Villanueva 29 Julio 1822. — Muy Sr. mio : recibí á su tiempo la suya apreciada y segun lo que en ella me dice, no ha recibido una carta mia, lo que seguramente será por ir tan malamente los correos. Creo habrá visto V. al mozo y al Caballo, y en la carta que le habrá entregado el mozo habrá visto el precio del Caballo. No esten de venderlo por 4 duros más ó menos como tambien le repito que los arreos del Caballo no van en la venta. Es-
presiones á todos y V. disponga de esta S. S. S. - Catalina. — P. D. Enviará la carta adjunta á José Antonio este ó el otro correo. — Sr. D. Domingo Creus.»

VI. CARTA-CUENTA POR EL POETA, POR ENCARGO DE SU MADRE

«Villanueva 11 Julio 1824. — Mi apreciado Amigo : despues de tanto tiempo que no había tenido el gusto de escribir a V.; siento tener que hacerlo ahora para molestarlo. Espero se servirá V. perdonarme la libertad me tomo de hacerle los encargos siguientes. Adjunto hallará V. la medida de mi cabeza, la que le servirá á V. para que tenga la bondad de comprarme un sombrero de los de ultima moda y de mas de su gusto de V. pero si los de paja negra ultimamente salidos fuesen de 7 á 8 pesetas me comprará uno de estos últimos, otramete uno de los regulares de 17 á 18 pesetas. Iguamente pido á V. se sirva comprarme un marco para un retrato. En un papel adjunto hallará V. en una cara la grandeza del retrato, y en otra la figura del marco, cuya esplicación es como sigue: la tabla A. B. C. D. E. F. G. H. es negra; la guarnición E. F. G. H. de laton ó bronce dorado, y dentro de esta guarnicion es el lugar del retrato. Si V. no los hallase como este, puede V. comprarme uno de sencillo, es decir una mera guarnición dorada. — En fin por Geroni recibirá V. un zapato; bajo cuya medida se servirá V. hacerme por su mismo zapatero de V. un par con la advertencia que sean de dos dedos mas largos de empeine, de lo mismo bastantemente altos, pues yo tengo el pie muy alto, con mucha punta como se usan ahora, y un *petit peu* mas estrechos. — Oh Dios cuantas impertinencias. Tiene V. muchisima razon. Sirvase V. escusarme. Reciba V. mis afectos, de los de casa y mande siempre á su mas afto. ser. — MANL. CABANYES. — La medida del sombrero es tomada por la parte de adentro de un sombrero mio. Sobre todo que no sea nada mas pequeño porque es muy justo.»

VII. CARTA-CUENTA POR EL POETA A D. JUAN CREUS, POR ENCARGO DE SU MADRE

«Villanueva 16 Agosto. — R $\frac{17}{18}$ d. — Molt Sor. meu : lo Miquel de la Masia li entregara un llit de ferro y un de fusta, estimare los remetrá a casa Ros. Espresions a tots — S. S. S. — por Catalina Cabanyes — Manuel Cabanyes — Dn. Juan Creus, en casa Dn. Domingo Oriol. Calle den Petritxol. Barcelona.»

(Biblioteca-Museo Balaguer. Reg. de códices y manuscritos, núm. 960.)

VIII. MEMORIAL DE D. RAMÓN MARTÍ Y EIXALÁ SOLICITANDO, EN NOMBRE DEL POETA, UNA CERTIFICACIÓN DE ESTUDIOS EN LA UNIVERSIDAD DE CERVERA

«M. I. S. — Ramón Martí y Eixalá en nombre de D. Manuel Cabañes natural de Villanueva y Geltru Obispado de Barcelona con el mayor respeto

a V. S. espone — Que el arriba dicho D. Manuel Cabañes cursó y ganó en la ciudad de Tarragona, desde 1823 á 1824 *Ética* o *Filosofía moral*, segun se acredita de la certificación adjunta, y cuyo curso desea tener incorporado en la Secretaria de esta Universidad — No duda el interesado será admitida semejante incorporacion, siendo esto prescrito por el nuevo plan de Estudios, y atendido el justo proceder de V. S. — Ramon Martí — M. I. S. — El esponente — Ramon Martí en nombre de D. Manuel Cabañes — Cervera 28 de noviembre de 1828 — Incorporese como se pide mediante acordada — Felipe Minguell.»

IX. POESÍA QUE DEDICÓ EL POETA ALCOVER A CABANYES CUANDO ÉSTE ESTUDIABA EN LA UNIVERSIDAD DE HUESCA

«D. Manuel de Cabañes despues de una persecucion literaria que le acarreó su afición á las bellas letras estudiaba en Huesca. Allí le fue dirigida la siguiente

EPÍSTOLA

Alza al cielo la frente consternada,
Vuelva el sonris al labio macilento :
Miserables los hijos de los hombres
El talento persiguen envidiosos.
¿Qué sirven impotentes sus rencores
Y el soplo de su rabia envenenado?
La débil llama de un candil apagan,
Pero las llamas de un incendio activan.
Viste tal vez en la serena noche
La clara Luna iluminar las playas
De tu querida patria. Presagioso
Nublado se adelanta la quebrada
Garraf estremeciendo : sus tinieblas
La clara Luna envuelven, y oscurecen
La deliciosa noche de verano.
¿Qué pudieron los truenos y los rayos
Conque amenazó al mar la armada nube?
Cayó la nube sobre el mar desecha :
Volvió la Luna a iluminar la costa.
Desprecia ya la miserable rabia
De la ignorancia que probó orgullosa
Humillar tu saber : cayó la nube
En que tronó la envidia : y apreciado
En tu justo valor Cabañes, eres.
¡Oh sí serena al fin tu amable frente
Tomas la lira honor de Cataluña,
Con qué placer escucharé tus cantos!
El flumen y el izuela en sus orillas
En álamos fecundos te contemplen
Llenos de admiración, Cisne viajero.
Recuérdales los días gloriosos
En que vieron alzarse las murallas
De la Ciudad querida de Sertorio
Roma los vió con triste sobresalto :
Temió perder la desabrida dicha

De mandar orgullosa la ancha tierra.
 Pregúntales también de aquellos días
 Grandes, pero ¡ay! aciagos, en que el fiero
 Musulmán vencedor de Guadalete
 Como torrente que rompió sus diques
 Inundó asolador la triste España.
 Días de llanto en que luchó seis veces
 La ruina retardó de nuestra Patria...
 Que no hubiese jamás llegado el sexto,
 O no lo hubiese un crimen mancillado!...
 Maldición al traidor... Nunca el Numida
 Caballo vencedor nuestras llanuras
 Escarbara soberbio con sus uñas.
 Feliz con sus Monarcas, nunca España
 Cargada de cadenas la rodilla
 Al enemigo de su Dios doblara.

Mas no la raza santa de los héroes
 Se exterminó: Repara estas quebradas
 Montañas que se elevan majestuosas
 Sobre las rojas nubes: entre el hielo
 Que coronó sus cimas ardió el fuego
 De un noble patriotismo. Amenazante
 Rugió el León de España: amedrentado
 El invasor se desvió del monte.
 ¡Oh cuántos héroes de tu canto dignos
 En sangriento combate estas campiñas
 Cubrir de gloria miro! ¿No te llenan
 De fuego sus memorias? Oye el golpe
 De la cuchilla que la sien quebranta
 Del africano usurpador impávido.
 ¿Quién es este guerrero que a sus huestes
 Enseña el alto muro de Sertorio?
 Las olas de su ejército impetuosas
 En él se estrellarán. ¿Estas murallas
 Que arruina Don Pedro no merecen
 El honor de tu lira? Sí, Cabañes,
 No sumida en silencio vergonzoso
 Tu Musa está: las fértiles riberas
 Del izuela escucharon tus cantares,
 Haz que yo los repita entusiasmado.»

P. ALCOVER.

X. CARTA DE CABANYES A SU AMIGO D. JOAQUÍN ROCA Y CORNET

«Mi estimado Roca: Tuve el gusto de saber buenas noticias de V. y vi con sumo placer sus bellos trozos de prosa en los días de Semana Santa. Pero créame V. nunca más inserte V. en un diario trabajos de este género, pues se pierde para la mayor parte de los lectores, y nada hay que tanto desanime al ingenio, como ver desdeñado o desatendido lo que ha costado algunas horas de afán. Un nuevo periódico literario sale en Madrid con el título de *Cartas españolas*. Como es de presumir que todos sus suscritores serán aficionados a las bellas letras, allí sí que no sería desacertado remi-

tir alguna cosa, toda vez que, según V. me ha indicado, reprodujeron ya sus redactores algún artículo de V. Anímese V. amigo mío: la patria de Boscán hace largo tiempo que figura muy poco o nada en la república literaria: preciso es hacer ver que también las crestas de nuestros montes son visitadas tal vez por las hermosas hermanas del Pindo. Yo he suspendido el culto de estas diosas: mi próximo grado de licenciatura me tiene algo ocupado; y sólo me distraigo en la lectura del sublime Horacio, en donde encuentro siempre nuevas bellezas. ... Con respeto al amigo Mas no estoy por las tragedias en prosa, por más que haya empeño en probarnos que este lenguaje es más natural que el verso. El grande Alfieri sabía bien lo que era natural, y a pesar de esto sus tragedias son eminentemente poéticas. Que se pruebe poner una en prosa, que se coteje y se verá cuanto habrá perdido de su energía. Pero es inútil insistir en lo que es de suyo tan evidente. Adiós, amable amigo: no me olvide V. y disponga francamente de su apasionado, CABANYES. — Villanueva, 23 Abril de 1831.»

XI. CARTA-CONTESTACIÓN DE ROCA Y CORNET

«Siento el mayor placer, mi caro Cabanyes, en contestar por primera vez a un amigo tan digno de aprecio y me congratulo sinceramente del instante en que fijó entre nosotros tan agradable amistad. Tiempo hace estoy convencido de que se pierde el trabajo en lo que se inserte en este insubstancial periódico por friolera que sea; pero también sabe V. que mi objeto en los últimos artículos anónimos fué más bien en lo posible cumplir con un encargo en que comprometí mi palabra, que salir con lucimiento de un asunto cuyo perfecto desempeño no es para mí. Ya me parece admirar en ese periódico (que todavía no se nos ha anunciado en ésta) alguna producción de V. Anímese, pues, amigo mío, puedo decirlo yo con más razón y creo ingenuamente más seguro que V. se encargue del honor de nuestra patria, cuando después de las actuales tareas vuelva V. al delicioso culto de las castas hermanas. Suarez me dice que en su vida ha leído producción más descabellada que el Aristodemo y cuasi me inculpa por no haberle negado el pase, pero ya vé V. que esto no estaba en mi mano, mucho menos habiéndome presentado el autor con la recomendación de un conocido. Opino que a pesar de las letras gordas conque la tragedia en prosa se anuncia al público, este va a juzgar de la obra cual se merece y ¿qué castigo puede caer más de molde a un autorcillo atrevido? Pero el buen gusto parece va a resarcirse de esta especie de ofensa con la prójima aparición de las tres *Heroidas* de Ovidio traducidas por Suarez. Se ha logrado ya el permiso por mi conducto, y si los literatos saben hacer justicia a esta preciosa traducción quedará bien compensado el trabajo que se tomó su autor. Nada sé por ahora de nuestro Milá y es lo cierto que no ha comparecido todavía. Es lástima que un buen fondo y algunas dotes de ingenio se malogren en él por esta especie de abstracción adusta que llegará a hacerle insociable y tal vez infeliz con harto sentimiento mío. En nuestro teatro parecen quieren reproducirse las piezas de nuestros antiguos dramáticos, bien que arreglados o refundidos al gusto del siglo. Los nombres de Lope y de Montalvan parece se leen muy a menudo por los carteles. No pude leer las *Estaciones* de Thomson en su traducción francesa y me fué preciso contentarme con la versión en romance por el Presbítero D. Benito Gómez Romero, única que hallé en la librería de Gorchs. Me guardaré muy bien de calificar su estilo, a mi parecer bellissimo, a pesar de lo que ha debido perder en la versión española. Me admiró la riqueza y facundia de su fantasía y la ex-

tensa profusión de sus conocimientos, pero no supe hallar en medio de todas sus bellezas el candor y la ternura y las gracias encantadoras de Gesner y Virgilio. Me pareció un riquísimo poema descriptivo, pero no un cuadro pastoral como me había figurado. — J. ROCA Y CORNET.»

XII. CARTA DE CABANYES A ROCA Y CORNET

«Mi estimado Roca: Estaba en el Panadés, a donde había pasado para algunos días con mi familia, cuando recibí su muy apreciada del 30 del pasado. Bien hubiera querido escribirle a V. Bien hubiera querido contestarle más pronto; pero en el campo y aun en este pueblo se ofrece tan poco, tan poco que decir! No estrañe V. pues que me acoja a nuestras materias favoritas para llenar algo mis cartas. Permítame V. en primer lugar decirle que fué mal acuerdo de V. leer a Thompson traducido en castellano. Yo desgraciadamente no me hallo muy ducho en el original, pero le he visto muy bien traducido en francés, y puesto que esta lengua es tan poco poética, su traducción lleva mucha ventaja a la nuestra. El empeño del traductor español en asonantar sus versos le hace marchar con más trabas que su original mismo, pues los versos de este son libres. Esto hace que, en el canto tercero, por ejemplo, apura todas las terminaciones en oro, de modo que fatiga y abrumba: esto le hace ser no pocas veces prosaico. Sin embargo, dice en el canto cuarto:

La sociedad de Pope, el grato eco
De su conversación embelesaba
Mas que sus cantos y divinos versos.

He aquí purísima prosa. Yo creo que de nuestros poetas ninguno mejor que Meléndez podía emprender la versión de las *Estaciones*. Si este poeta que, según dice él mismo, tenía ya traducidos seis libros de la Eneida, hubiese preferido a este aquel trabajo, tendríamos ahora una buena traducción. Porque a nadie como a Meléndez ha dado la musa Española el pintar con tanta maestría los variados cuadros de la naturaleza. Y entonces yo no dudo que hubiera V. encontrado el sentimiento que halla V. a faltar ahora en la fría traducción. Tierno vería V. a Thompson en aquel bellissimo episodio de la caza; apasionado al recordar los grandes hombres de la Gran Bretaña; y cuando en las largas noches de invierno se entretiene con las augustas sombras de los Numas, los Solones, los Brutos, etc., no se conmoviera V. menos que al verlos todavía antes de salir al mundo en el Eliseo de Virgilio. Yo, sin aguardar, como el poeta inglés, a que llegue la fría estación, he leído algunas vidas de Plutarco. Lo que me encanta más en este biógrafo es aquella pintura fiel que nos hace de los grandes hombres de la antigüedad, no presentándolos, como casi todos los modernos, en público, sino haciéndolos ver al mismo tiempo allí a sus solas y como de casa, por decirlo así. Y de este modo es sin duda como debieran estudiarse los hombres, porque ¿quién es ya tan niño, que no sepa las farsas que se representan y se han representado y representarán por grandes y pequeños en este miserable globo? El caso consiste pues en quitar la máscara y descubrir palpablemente lo que pasa dentro. Plutarco se parece en esto, aunque con mucha más filosofía y conocimiento del corazón humano, a los antiguos cronistas, que nos hablan de sus héroes, contándonos sus más familiares discursos y acciones, lo que hace tan interesantes sus gruesos tomos. Nada sé de Suarez. Sírvase V. decirle si ha recibido carta mía, y mande a su apasionado, CABANYES. — Villanueva, 28 de Mayo de 1831.

XIII. CARTA DE CABANYES A R. Y C.

«Mi estimado amigo: Aprovecho la ocasión de nuestro Milá para contestar a la de V. de 22 del pasado. Más de una vez tuve deseos de escribir algo para la nueva Misa, pero ya lo había abandonado como cosa muy superior a mis fuerzas; pues como sabe V. muy bien, estos asuntos sagrados abundan de rasgos felices y poéticos, y dan margen para grandes composiciones; pero exigen mucho más que cualquier otro un tino grandísimo, y cierta facilidad en manejarlos que sólo se adquiere con la continua lectura de la Biblia. Los áridos libros que actualmente me ocupan eran capaces además de extinguir el estro más fogoso. Agregue V. aún ese estudio a aquellos justos temores, y no extrañará que hubiere yo colgado el harpa santa sin ánimo de tocarla. Cuando recibí la apreciada de V. y la voz de la amistad, más poderosa que la inspiración de las musas, me animó de nuevo, y a pesar del corto espacio de dos días que sólo me quedaba, hice una pequeña oda de que no quiero hablar pues temo que Milá se la hará leer a V. Hay mucho, muchísimo que corregir; hay dureza en muchos versos que ya puede V. conocer les falta mucha lima. Dígame V. francamente lo que en particular merece corregirse: hágalo V. mismo; pues ya sabe V. que ocultar a un amigo los defectos es el mayor agravio que se le puede hacer. Los escrúpulos de nuestro común amigo no me han permitido que yo sepa lo que V. está ahora trabajando, o que tiene en proyecto. ¿Quiere V. sorprendernos? Si por ahora no me lo quiere V. decir, espero que seré de los primeros en poderlo gustar cuando salga. Me resuelvo a incluir la adjunta para Suarez; pues no dudo que no recibe las mías. Creo tendrá V. la bondad de entregársela, y recordarle mi afecto. Dentro quince o veinte días pienso que nos veremos, aunque por poco, pues sólo me detendré algunos días para ir luego a graduarme en Zaragoza. El libro que le entregará Suarez podrá remitírmelo por Milá cuando vuelva. Véngase V. con él, amigo mío: pase V. algunos días en ésta hasta la fiesta mayor, y nos volveremos juntos. Lo mismo escribo a Suarez: vengan Vds. y en esta casa siempre tendrá V. su cuarto y una amistosa acogida. Adiós mi querido Roca y no dude un instante del afecto de su apasionado, CABANYES. — Villanueva, 17 de Julio de 1831.»

XIV. ACTA DE ADMISIÓN DE CABANYES AL GRADO DE LICENCIADO EN LEYES EN LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

«En la ciudad de Zaragoza á quince de Octubre de mil ochocientos treinta y uno en la Universidad y Sala de su claustro habiendo hecho constar D. Manuel José Cavanies, natural de Villanueva, Diócesis de Barcelona hallarse habilitado para recibir el grado de Licenciado en Leies y obtenido la aprobacion correspondiente de la Inspeccion general de Instruccion pública conforme á lo mandado por Real orden de 12 de Mayo de 1827 segun resulta del expediente formado al efecto que original queda unido á esta acta, y hecho el ejercicio prescrito en el artículo 156, tit. 15 del Plan de Estudios decretado por S. M. en catorce de Octubre del año mil ochocientos veinte y cuatro los S. S. D. D. dela expresada facultad, D. Diego Mallada, D. Francisco Aguilar, D. Pedro Ortiz de Urbina, D. Ramon Satocildes, D. Bartholomé Bartra, D. Manuel Laredo, D. Gaspar Gallart, D. Angel Lacuesta, D. Gil Yarza, D. Josef Iñigo, D. Timoteo Ximenez, D. Benito Serrano, D. José Centenac y D. Manuel Lasala bajo la presidencia del Dr. D. Juan Perez Canonigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, Rector, despues de

haberlo examinado y tanteado la idoneidad en una hora de preguntas segun se establece en dicho articulo, votaron con bolas blancas y negras la admision ó exclusion del mencionado Dⁿ Manuel José Cavanies y resultando votos conformes quedar admitido; se acordó estar en el caso de poder hacer el correspondiente deposito y proceder á lo demas necesario para la obtencion del grado que pretende con lo cual se disolvió este acto, de que certifico. — EUGENIO LIGERO Secretario.»

XV. TOMA DE PUNTOS POR CABANYES PARA EL ACTO DE REPETICIÓN PÚBLICA PARA EL GRADO EN LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

«En la dicha ciudad, á dichos día, mes y año. En la Universidad por el Dr. D. Diego Mallada se dieron puntos para el acto de repeticion publica que ha de preceder al Grado de Licenciado en Leies que debe verificarse el veinte y uno de los corrientes á Dⁿ Manuel José Cavanies y habiendose extraido tres bolas de las cuatrocientas que se hallan en una bolsa correspondientes á otras tantas proposiciones de las principales materias de la facultad segun sus numeros salieron las siguientes: — 1.^a num. 332, L. 26, tit. 28, Part. 3. — 2.^a num. 197, ley 2, tit. 38, lib. 3. Dec. Greg. IX. — 3.^a num. 7. Inst., tit. 21 Inst. Imp. — Eligió el num. 7 que dice — «Pupillo licet meliorem condicionem facere sine Tutoris auctoritate deteriorem vero non ita» — Siendo presentes por testigos Valero Rocés y Esteban Rocés, de que certifico — EUGENIO LIGERO Secretario.»

XVI. ANUNCIO DEL ACTO PÚBLICO PARA EL GRADO

«D. O. M.
Hanc juris civilis positionem
pro adipiscenda licenciatus laurea
D. Emmanuel Cabanyes
et Ballester E. J. B.
D. O. C.

Ex. § Init. Tit. XXI. Lib. I.
Pupillo licet meliorem conditionem facere sine
tutoris auctoritate, deteriorem vero non ita.
Propugnator aderit, qui supra, in Majori ejusdem
Pontificiae et Regiae Universitatis Theatro.
Die XX Mensis Octobris anni M.D.CCCXXXI.
Hora nona matutina.

Super. permissu : Cæsaraug. Typis Josephi á Val, Universitatis Typografi.»
(*Archivo Cabanyes.*)

XVII. ACTA DE LOS EJERCICIOS PÚBLICOS DEL GRADO

«En dicha ciudad á veinte y uno de dichos mes y año. En las casas de la propia habitacion del M. I. Sr. D. D. Juan Perez Rector con asistencia de los S. S. D. D. José Antonio Centenac y D. Manuel Lasala se dieron puntos para el grado de Licenciado en Leies á D. Manuel José Cavanies y habiendose extraido tres bolas de las cuatrocientas que se hallan en una bolsa correspondientes segun sus numeros á otras tantas materias de la facultad que estan anotadas en un libro arreglado al efecto salieron los siguientes: — Punto 1.^o: Num. 146; L. 9, tit. 14, Part. 7. — Punto 2.^o: Num. 173, L. 2, tit. 7, lib. 10. — Punto 3.^o: Num 39, § init. tit. 4, lib. 2 Inst Imp. — Eligió el

numero 173 que dice: «Nullus potest omnium suorum bonorum donationem facere etiam si cum sacrat. tantum præscriptum». — Siendo á ello presentes por testigos Valero Rocés y Joaquin Perez de que certifico. — GREGORIO LIGERO Secretario.»

(*Archivo Universitario de Zaragoza. Libro "de Gestis" n.º 62, fol. 276.*)

XVIII. ACTA DE APROBACIÓN DE LOS EJERCICIOS, JURAMENTO, PUBLICACIÓN Y POSESIÓN DEL GRADO

«En la ciudad de Zaragoza á veinte y dos de Octubre del mil ochocientos treinta y uno. En la Universidad Literaria y Sala de su claustro: Habiendo hecho constar D. Manuel José Cavanies, natural de Villanueva de Geltru, Diocesis de Barcelona hallarse habilitado para recibir el Grado de Licenciado en Leies obtenida la aprobacion correspondiente de la inspeccion general de Instruccion publica conforme á lo mandado por Real Orden de doce de Mayo de 1827 segun resulta del Espediente formado al efecto que original queda unido a esta acta; haber tambien sufrido el quince de los corrientes el examen secreto que previene el articulo 156 del Plan General de Estudios, que le fue aprobado, y tenido en veinte y uno de los corrientes tambien el ejercicio de repeticion publica en la forma establecida por el articulo 158 del mismo, se juntaron y congregaron los S. S. D. D., D. Diego Mallada, D. Francisco Aguilar, D. Pedro Ortiz de Urbina, D. Ramon Alonso Santocildes, D. Pablo Ximenez, D. Mariano Nougues, D. Pedro Nougues, D. Bartolomé Barta, D. Manuel Laredo, D. Gaspar Gallart, D. Angel Lacuesta, D. Gil Yarza, D. José Iñigo, D. Timoteo Ximenez, D. Benito Serrano, D. José Antonio Centenac, y D. Manuel Lasala, bajo la presidencia del Dr. D. Juan Perez, Canonigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, Rector, y se presentó ante los mismos el referido D. Manuel José Cavanies é hizo el ejercicio que manda el articulo 161 del mencionado Plan de Estudios; lo cual verificado votaron los Señores Examinadores con bolas blancas y negras la aprobacion ó reprobacion del grado que pretendia, y resultó votos conformes quedar admitido el relacionado D. Manuel José Cavanies. Publicada la votacion se mandó entrar al graduando y puesto de rodillas hizo la profesion de la Fee; juró enseñar y sostener la Doctrina del Concilio de Constanza contra el regicidio, enseñar y defender el misterio de la Inmaculada Concepción de Maria Santisima; enseñar y defender la Soberania del Rey nuestro Señor y los derechos de su Corona, no haber pertenecido, ni haber de pertenecer jamas á las sociedades secretas reprobadas por las Leyes; guardar los Estatutos de la Escuela y obedecer *in licitus et honestis* al Señor Rector y sus sucesores; y habiendose trasladado dichos S. S. Rector y Examinadores y el Graduando al teatro mayor el D. D. Manuel Lasala puesto en la cathedra publicó el grado con la calidad de *nemine discrepante* y despues de tomar posesion en el mismo acto mandó el Señor D. D. Juan Perez Canonigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, Rector y Procancelarario de la Universidad se le diese la correspondiente cartilla con el sello de la Escuela para acreditar este grado, siendo á ello presentes por testigos Valero Rocés y Esteban Rocés residentes en esta Ciudad de que certifico. — GREGORIO LIGERO Secretario — Se le dio la cartilla.»

(*Archivo Universitario de Zaragoza. Libro "de Gestis" n.º 62, fol. 277.*)

XIX. CARTA DE CABANYES A SU AMIGO ROCA Y CORNET

«Mi estimado Roca: ¿Dos meses de silencio durante la ausencia de un amigo pueden probar disminución en su afecto? No quisiera por nada del mundo que se inclinase V. por la afirmativa en la contestación a esta pregunta, pero estoy indudablemente convencido que no lo hará V. porque no ignora que las cartas, como las odas y todo lo del mundo, necesitan inspiración, *et dulce otium*. Ocupado en repasar las materias de mi carrera que tenía hartamente olvidadas, aburrido por aguardar mi licencia para graduarme y fastidiado por último con mil diligencias y requisitos impertinentes que exigen para recibir aquel bendito grado, crea V., mi buen amigo, que me han quedado muy pocos ratos de humor para dedicarlos a la grata correspondencia epistolar con mis amigos ausentes. He concluido mi carrera: esta noticia no dudo que complacerá a V. porque yo también me alegrara si estuviera V. en mi caso. Falta saber qué es lo que haré yo ahora, y en verdad que no lo sé. Mi suerte, como la de muchos jóvenes en el día, es tan incierta, tan vaga, que me causa no pocos momentos de tristeza, pues ignoro absolutamente un destino en que podamos ser útiles a los otros y a nosotros mismos. Dios nos valga: esta es la esperanza de los infelices. No le parezca a V. por esto que me ponga ya en el número de estos, no; tengo una madre, hermanos, algún amigo, y con esta compañía ¿quién puede decirse infeliz del todo? Pero cuando la naturaleza va rompiendo los vínculos que ella misma ha formado; cuando el torbellino de las humanas vicisitudes nos arrebatara lejos de aquellos que han correspondido a los afectos de nuestro corazón; cuando llega el día en que uno se encuentra solo, aislado en el camino de este mundo, ¡ay amigo mío! ¡cuán triste debe ser no encontrar una barraca hospitalaria, los lares de la familia y un pedazo de pan! ¡Cuán horrorosa debe ser la suerte de aquel, cuyo corazón de hielo y su alma impía no encuentra a su miseria otro remedio más que la desesperación y los delitos! Mas ¿a dónde voy, mi querido? no querrá el cielo que lleguemos jamás a tan deplorable estado: ¿podrá faltarnos nunca aquel rayo de esperanza que un Dios de bondad hace lucir siempre para los que confían en él? Y hablando de otra cosa, ¿ha leído V. la Iliada traducida por Hermosilla? Tiene hermosos versos; hay mucho conocimiento de nuestra versificación y de nuestra lengua. Dentro de poco nos veremos: entre tanto reciba V. el afecto de su apasionado, CABANYES. — La Granada, 30 de Octubre de 1831.»

XX. CARTA DE ROCA Y CORNET A CABANYES

«La amistad, mi caro Cabanyes, no es tan fácil en perdonar como la etiqueta. Cuanto más sincera y veraz tiene también sus recelillos y resentimientos, no es tan tan nimia como el amor pero participa algún tanto de sus sospechas, tiene sus privaciones y se place en sus más pequeñas delicias; lejos estoy de inculpar a V. por su silencio, me pongo en su lugar y me hago cargo de sus ocupaciones pasadas, pero esta misma disculpa de V. de que no necesita, me resarce en un momento la larga privación en que estuve de su grata correspondencia. En Tarragona me cupo la satisfacción de saber de V. por su Sra. madre y amable hermanita, a quienes tuve el honor de conocer por una casualidad no esperada; el mal tiempo me permitió el gusto de volver a verlas, pues pasé luego a Cambrils, de donde después de una inundación peligrosa me tiene V. regresado pocos días hace. No puede V. figurarse la parte que tomo en la satisfacción de V. por su nuevo

grado y entera conclusión de sus estudios. El cielo no debía haberme destinado para acompañarle en ellos y mi espíritu debía limitarse en más estrecho círculo por aquellos respetos de familia de que no es dado prescindir a un hijo único. V. se lamenta de su suerte y no tiene razón, mi caro amigo. La carrera de V. en sus varias ramificaciones abre un campo inmenso al mérito, al talento y aun a la fortuna. Desde el que rige el timón del Estado hasta el que salva la vida de un infeliz delincuente, hay infinitas gradas que le aguardan. V. y sus compañeros forman la primera clase de la sociedad ilustrada, las armas ceden a la toga muchas veces por la razón de que la fuerza física cede a la fuerza moral y por último lleva V. consigo el diploma de la sabiduría y sus sienes se han coronado de un lauro que siempre será respetado. Parece que yo tuviera más motivo de lamentarme si no me resarciese de esta privación la vida de unos padres que adoro. Esto en cuanto a consideraciones sociales. Pero el tono de V. se transforma repentinamente, desaparece el letrado y queda el poeta, sin faltar a la naturalidad epistolar, porque V. no hace más que seguir los impulsos del corazón, cuyo lenguaje tiene siempre algo de incierto, misterioso, que no es fácil adivinar. La felicidad es un fantasma encantador que Dios ha colocado en la carrera de la vida. Podemos acercarnos a ella pero no poseerla, porque es una visión, un sueño, una idea como la luz y el sonido. El hombre infeliz ha probado engañarse dando este nombre seductor a sus tristes placeres, pero el tiempo y la muerte se apresuran a descerrar el velo con que se oculta a sí mismo y prójimo a la tumba conoce su engaño con dolor. Aun en medio de la vida se duerme en sus mismas ilusiones y se cree feliz. Estos pocos momentos son, amigo mío, los menos desgraciados, pero siempre es nuestra imaginación la que nos hace la felicidad. No tiene pues V. con que desconsolarse atendido su actual estado prescindiendo de aquella historia secreta del corazón que desgracia, por lo común, los más bellos días de la vida. Los encantos mismos del amor en todas sus relaciones tienen un no sé qué de formidable, como decía un poeta filósofo, por el temor continuo de perderlos y así resulta que de lo único que disfrutamos es de la esperanza, y la mayor miseria del hombre es que su dicha desaparece con la realidad. Por esto es menester en cierta edad adherirse a un solo objeto para no verse después aislado en medio del mundo y parecerse un poco al común de los hombres para ser un poco menos desgraciado. Me lisonjeo de hallar en los sentimientos de V. una cierta simpatización con los míos y creo son el vínculo más fuerte de la amistad. Nuestro siglo, en medio de sus adelantos, es frívolo y a fuerza de filosofar se pierde en varias teorías y de lo que menos cuida es de consolar al corazón. Mirando al hombre bajo relaciones puramente humanas no le deja levantar los ojos al cielo y le priva de un grande recurso para ser feliz, pero en medio de su misma agitación ofrece lecciones terribles e interesantes. ¡Cuán verdad es que ese rayo de esperanza en la Providencia es el único consuelo del hombre viador y desgraciado aquel que no lo perciba en el fondo de su alma! Cuánto gusto hubiera en que viniese V. a establecerse en ésta, como me lo indicó la Sra. de Martras! Estrechando así nuestras relaciones, nuestra comunicación se aumentaría con el trato y la amistad y ya que su patria de V. me ha privado de un buen amigo, me daría otro en V. Me complazco ya en tan grata presunción y al mismo tiempo no me priva de otra apreciada por pocos días que hayan de mediar hasta nuestra vista. Ahora sí que no alegrará la falta del dulce *otium* y no será disculpable. Póngame a los pies de sus Señoras madre y hermana, reciba los afectos de mis S. S. padres y cuente siempre con su inalterable amigo, J. ROCA Y CORNET.»

XXI. CARTA DE CABANYES A ROCA Y CORNET

«Mi estimado Roca: Por mi mala inteligencia de una carta de Suarez creía que estaba V. fuera de Barcelona; y este ha sido el motivo de no escribir a V. más pronto. Estoy persuadido que no habrá V. tomado mi silencio como falta de afecto, y que una ligera suspensión en nuestra correspondencia epistolar en nada habrá menguado la amistad con que V. quiso favorecerme y con la cual yo me honraba. Si para esto hubiese algún otro remotísimo motivo no lo calle V. El primer derecho y aún deber que tienen mis amigos es el hablarme franca y libremente; y este lenguaje, en vez de aflojar, confirma y estrecha mis relaciones amistosas. ¿Creería V. que no he visto aún a nuestro amigo Milá? El oculto siempre, y yo siempre metido en casa, menos un rato por la noche, ahí tinene la razón sencilla de que no se haya presentado ocasión, no sólo de hablarnos, mas ni de vernos... Yo en los muchos ocios de que ahora disfrutaba he escrito tres o cuatro frioleras que tendré el gusto de comunicar a V. a la vista para que haga V. correr encima una lima severa. Me he arriesgado a traducir la famosa oda de Horacio *Justum et tenacem* etc., y he llevado la audacia hasta a no dar a mi traducción más número de versos de los que hay en el original. He aquí una muestra:

Al varón justo de ánimo constante
No el furor de rebeldes ciudadanos
No la faz del tirano que le amaga
 Tuercen el alma recta.
Ni el Austro turbio rey del Adria inquieto,
Ni de Jove la mano fulminante;
Se desquiciara el orbe, y sus ruinas
 Impávido le hirieran.

Hábleme V. de sus trabajos literarios. Mas está ya de vuelta de los baños: saludelo V. y dígame que le escribiré. ¿Ha salido ya el sistema musical? ¿Han hablado de él las *Cartas españolas*? ¿Y de nuestras *Noches* han hablado? Adiós: no olvide V. a su apasionado, CABANYES. — Villanueva, 23 de Agosto de 1832.»

XXII. CARTA DE CABANYES A ROCA Y CORNET

«Mi estimado Roca: A su debido tiempo recibí su apreciada de V. de 28 del pasado Agosto y con ella un testimonio de su buen afecto. He ido a visitar a nuestro Milá y lo encontré bastante jovial por lo que él acostumbra. Me dijo que salía a paseo y que no estaba tan retirado como yo pensaba. Mas como quiera que sea, siempre será sensible para mí que un mozo que podría lucir en su carrera quede sumergido en una *ingloriosa* oscuridad. Hoy he tenido carta de Mas en contestación a una mía en que le hablaba de su sistema Musical. Es una obra sumamente ingeniosa, y aunque yo no convengo en todos sus resultados, la he leído con interés y aun con convencimiento de muchas cosas que en ella demuestra. Está satisfecho en gran manera del concepto que de ella han formado Burgos y Virués. Tiene verdaderamente motivos para estarlo, y tan respetables autoridades deben contentar a cualquiera. En la obra de Mas se ve talento y un estudio grande de la materia que trata: a mi ver estas dos cualidades deben ellas solas hacer recomendable una obra. En cuanto al estilo, no me ha gustado aquel

pasaje en que dice, hablando de Hermosilla: «piensa que he de ceder? pues no, no cederé por esto». Estas palabras tienen algun de pueril. Yo no se lo digo en mi carta porque se me pasó por alto: por lo demás es una bagatela que tampoco vale la pena. No he recibido de Suarez la oda a la Luna: mándemela pues uno de Vds. Suplico a V. que no prodigue demasiado las bellas flores de Helicon, ya que sus castas ninfas le permiten a V. cogérlas. Acuérdesse V. siempre que es el autor del hermoso himno a Cristo crucificado. No piense V. por esto que yo me proponga censurar el objeto de sus versos: un artista hábil merece elogios y estímulos, pero es por ejemplo para un Maiquez, un Talma, un Rosini y aun para una Concha Rodríguez. A últimos de este mes pienso abrazarle a V. de vuelta a esa. Interin manténgase V. bueno: trabaje V. y escribame. Sus cartas serán siempre preciosas para su afectísimo amigo de corazón, CABANYES. — Mis respetos cuando V. lo visite a D. Félix Torres.» (1)

XXIII. CARTA DE ROCA Y CORNET A CABANYES

«Por fin, caro amigo, vinieron a parar en mis manos los preludios de mi lira (como decía el otro), cuyo decreto era del 14 y no se me pasó hasta el 21, día posterior al de nuestra última entrevista. Procuré despacharlo para el día siguiente 22 y lo remití al Secretario. Veremos si Bergne se dará tanta prisa como yo. Nada hubiera tocado de sus odas horacianas, pero como a censor y atendida la poco favorable prevención que de ella había hecho concebir el primer censor al Sr. Regente, hice particular estudio de no substituir sino tres o cuatro palabras en diversos puntos que apenas V. conociera si no las sabe de memoria, ni vale la pena de reconvenirme por esta ligerísima bagatela. Ahí va esta más leonina que horaciana y que según dijo el Sr. Igual no puede ser de Roca porque no hay pensamientos aunque haya buen lenguaje, pero a él le gustan pensamientos como los de su soneto; ¡si nos definiría ese buen crítico lo que son pensamientos en poesía! No se la enviara por ser una insigne friolera a no habérmelo V. encargado. No me conteste sin que me hable de ese enmilanado Milá de quien estoy superlativamente quejoso. Parece que nada he ganado en el cambio de Subdelegado, pues por desgracia siguen también censuras. Dichoso V. que puede divertirse ruralmente y tocar su zampoña junto a la cueva de Belén. No tiene V. que quejarse de un amigo que a pesar de sus privilegiadas ocupaciones dedica con el mismo gusto que antes ese rato para felicitar a V. estas Pascuas de Navidad con todo lo de costumbre de antaño s. s. — J. ROCA Y CORNET.»

XXIV. CARTA DE CABANYES A SU AMIGO ROCA Y CORNET

«Villanueva, 27 de Diciembre de 1832. — Millones de gracias, mi estimado Roca, por la prontitud con que ha despachado V. mis malhadados *Preludios*, y otro millón por la bella odita que tiene V. la bondad de remitirme. El *plátano que se eleva como un espectro*, el *amor única estrella de la vida en la noche tenebrosa*, las *humanas dichas cayendo lividas como las agostadas hojas*, la patética cuanto verdadera conclusión con que acaba el poeta en su ordenado desorden lírico, etc., me ha parecido bello, y muy digno de la escuela de León; y digo escuela, no ligera y dispartadamente como Igual pues el *modo* de Fr. Luis es acaso único en nuestro parnaso; la mayor parte de antiguos poetas nuestros habiendo imitado más bien a los italianos

(1) Torres Amat.

que a los griegos y latinos. Todo esto me hace desear que sea V. tan osado como yo a dar a luz las varias composiciones que tiene V. y que formarían sin duda más abultado volumen que el mío, e indudablemente más variado. Francamente, me hubiera gustado que V. me dijese las palabras que merecieron su escrupulosa censura, aunque de todos modos crea V. que estoy muy lejos de reconvenirle por ello, y sería gustoso que las hubiese mirado con ojos no preocupados por la amistad, pues encontrara V. en ellos mucho más para corregido que para admirado. Yo mismo voy a dar a V. un ejemplo de franqueza amistosa, y perdone V. mi poca modestia en presentarme por modelo. En su oda, dice V. hablando del plátano, que no hay ya brisa que le mueva. Creo que esto no es absolutamente verdadero, pues nunca soplan más los vientos que en invierno. Me parece que el pensamiento sería más exacto, y la imagen quedaba casi la misma, diciendo:

Sin pompa de verdor, sin atavío
Que mover pueda la ligera brisa.

Vi a Milá. Cumplí con toda la autoridad de un plenipotenciario sus órdenes de V., pero mis reconvenciones temo no produzcan mucho efecto. Hoy le volveré a ver; le mostraré su oda y sus quejas. Veremos a ver si logramos poner en movimiento su mano derecha, pues parece que en ella sola está la culpa. Yo verdaderamente no sé como pasar el tiempo en esta. Le encontré bastante jovial por lo que acostumbra, preguntándome mucho por V. y me dijo que no creía tan pronto el casamiento. Se rió a la idea del Epitalamio; pero yo no cesaré de instarle para que componga alguna cosa. Yo estoy aguardando un momento de inspiración para hacer sonar mi ronca lira y entonar el cántico nupcial; pero el frío me tiene rendido, y no hago nada, absolutamente nada. Adiós, amigo mío: conserve V. en su buen afecto a su apasionado de corazón, CABANYES.»

XXV. CARTA DE CABANYES A SU AMIGO ROCA Y CORNET

«Extraño mucho, mi estimado amigo, no haber visto contestación de V. a la que le escribí hace bastantes días, respondiendo a la de V. y dándole las gracias por la presteza con que despachó V. mis poesías. No puedo atribuirlo sino al pensarse V. que yo estaría ya en esa, como lo prometí antes de partir, pero madre me ha instado a que pase aquí la fiesta mayor de esta villa que es el día de S. Antón, y no he podido negarme a sus deseos. No han faltado maliciosos que atribuyan su silencio de V. a los precisos quehaceres de la próxima boda, y yo estoy medio tentado a ser del mismo parecer. Ayer paseamos con Milá toda la tarde, y V. nos dió agradable materia a nuestra conversación. Me dijo que por fin había escrito a V. y me habló del modo singular con que lo había desempeñado. Ello en fin es una prueba que está ya de más buen humor, que es lo que más interesa para aquella su condición reflexiva y melancólica. Tengo ya bosquejado el Canto nupcial, pero falta la lima, que ya sabe V. es lo que más me cuesta. Hay consonantes: hay metros de once, diez, ocho, de cinco sílabas... ¿qué tal? Sólo la amistad podía recabar de mi libre musa que así se sujetase a tan duras trabas. Si la boda es antes de S. Antón, lo mandaré, y si no tendré el gusto de entregárselo yo mismo. Adiós, mi buen amigo; mande V. a su afectísimo de corazón, CABANYES. — Villanueva, 10 de Enero de 1833.»

XXVI. CARTA DE SINIBALDO DE MAS A SU AMIGO ROCA Y CORNET

«Madrid, 2 Febrero 1833. — Muy estimado amigo D. Joaquín: Doy a Vd. la más cordial enhorabuena por el enlace contraído con esa amable Señora y celebro infinito que el estro de nuestro Cabanyes le haya tan felizmente cantado. ¿Qué podré yo hacer ahora que a V. parezca bien? La he dado a López Soler que es uno de los editores de la Revista, habiéndole quitado la primera hoja para que no saliesen al público los nombres, según la mandaba, pues en los demás periódicos ningún amigo tengo de franqueza, ni aquí admiten artículos redactados y menos de asuntos eróticos o ajenos de la política. En cuanto al abandono que V. intenta dígame a V. que me ha parecido escandaloso e imperdonable, y si esa D.^a Pepita tiene celos recítela en mi nombre los siguientes versículos:

Por Dios te pido, Señora,
Dándote la enhorabuena,
Que por tus amantes brazos
No se rompa la cadena
Conque fué atado algún hora
Al Pindo, con almos lazos,
El cisne que por ti pena
Y el coro de Musas llora.

No quiero turbar más la dulce conversación que tal vez he interrumpido con esa engalanada y feliz novia, y así, ofreciendo mis respetos tanto a ella como a sus Señores padres, disponga Vd. de mí como guste pues sabe soy su admirador y amigo, SINIBALDO MAS.»

XXVII. BILLETE DE CABANYES A SU AMIGO ROCA

«Hoy viernes. — Mi estimado amigo: Ahí van mis *Preludios*: hoy mismo o mañana saldrán anunciados en el *Vapor*: mucho me temo que V. no use con ellos del rigor de Juez, y que el amigo usurpe al crítico algunos derechos... He visto el hermoso canto sacro para su compañero A. Todo él me gusta en extremo, menos en lo que V. ha sido demasadamente modesto, imitando, aunque de lejos, a este su apasionado de veras, CABANYES.»

XXVIII. CARTA DE CABANYES A SU HERMANO JOSÉ ANTONIO

«Barna., 11 de Mayo de 1833. — Mi estimado Josef Antonio: Por la que escribiste a Joaquín supe tu feliz llegada a esa de la que me alegré: y por el hermoso tiempo que hace supongo que podréis disfrutar de la única diversión que ofrece ese país, el paseo. He tenido contestación del poeta Quintana, quien me escribe una carta sobradamente lisonjera. «Hallo, dice, en sus poesías de V. el mérito poco común de una composición sencilla, juiciosa e interesante, unida a pensamientos elevados, sentimientos enérgicos y miras grandes y nobles. — En esta parte hay mucho que alabar». Me habla enseguida de mi sistema de versificación y de la casi necesidad de la misma en la poesía lírica moderna. «Esté seguro, concluye, de que estimo y agradezco mucho el obsequio que V. me ha hecho y le animo con toda sinceridad a que prosiga en su camino empezado tan felizmente, etc.». Estas palabras me han parecido tanto más francas en cuanto Mas me escribe posteriormente: «Debo decir a V. que tuve un gran placer en oír de boca del

Sr. Quintana que sus poesías le habían gustado infinito y que entre todos los que escriben en el día no había visto tan robustos pensamientos, lacerismo, sublimidad y acierto en la distribución de la composición como en V., que era V. un joven de grandes disposiciones, etc.» Tengo pues el voto de uno de nuestros jefes y ya puedes figurarte cuán hueco estoy. En compensación Mas me habla de otro poeta moderno de la Corte, quien le dijo que mis preludios eran muy malos. Esta sinceridad de Mas en repetirme las censuras me hace más verosímiles los elogios. Joaquín irá de cobranza a Villanueva y Villafranca. Con este motivo se propone pasar una temporada en vuestra compañía. Todavía no sabe de fijo el día de su partida pues será la próxima semana. Adiós, mis memorias y de Joaquín a madre, la noya a quien escribiré el próximo correo y a la tía Antonieta si está en esa. Tuyo siempre de corazón, tu hermano, MANUEL. — Al Sr. Miguel Puig, confitero, (1) para D. José Antonio de Cabanyes. — Villafranca del Panadés.»

XXIX. ARTÍCULO SOBRE LOS «PRELUDIOS» PUBLICADO POR D. JOAQUÍN ROCA Y CORNET EN EL DIARIO DE BARCELONA DE 13 DE MAYO DE 1833

LITERATURA

La verdadera poesía lírica es conocida de muy pocos. Los raptos olímpicos de Píndaro, los juegos fugaces del cantor de Theos y los sublimes y variados vuelos de Horacio han tenido muy pocos imitadores, porque no abundan los genios dignos de inspiraciones tan elevadas. Muchos han probado florear las cuerdas de su lira, unos han producido sonos melódicos y dulces suspiros, otros han sorprendido por la gala y valentía de la composición, pero son rarísimos los que hayan penetrado el espíritu de este canto, cuyo aparente desorden descarría con placer la imaginación, y cuyo freno apenas perceptible la deja volar con libertad hasta los últimos límites señalados por el buen gusto. En los transportes líricos hay una magia inexplicable: la fantasía ardiente y vagarosa va brotando siempre ideas nuevas que el juicio enlaza de lejos por no faltar a la unidad, y recorriendo todos los espacios permitidos a la invención, y convirtiendo a veces el objeto principal en accesorio derrama con una profusión concisa y animada lo más grande del sentimiento, y lo más misterioso de la filosofía. Soltura, importancia y elección de ideas, brevedad y fuego de expresión, he aquí los caracteres y las leyes de los cantos líricos. La novedad, la dependencia de unas ideas con otras y el giro que las presenta como producidas en un raptó repentino, esto está reservado al genio. Se siente pero no se pueden fijar las reglas, porque es un secreto de nuestra sensibilidad. Hemos trazado sin querer el carácter de unas poesías que bajo el título de *Preludios de mi lira* acaban de ver la luz pública. No pretendemos hacer su apología, porque la amistad puede alucinarse en sus juicios. Desearíamos, sí, que quien no las penetra se abstenga de criticarlas. Si las consideramos con relación al estado de la sensibilidad poética de la multitud, convendremos en que sus bellezas son en su mayor parte imperceptibles, y más propias para una academia que para un público; pero esto no impide que las recomendemos por sí mismas a los pocos capaces de percibir su no común perfección. Son además unos preludios nacidos en nuestra patria, y que no sería decoroso mirasen con desdén las musas del Betis y del Henares. El autor es un joven cuya modesta timidez no le permite aventurar con su nombre sus primeros

(1) D. Miguel Puig y Catasús, hermano del colono de la «Masía d'En Parellada», fundador de la colonia Puig de Esparraguera y padre del Excmo. Sr. D. José Puig y Llagostera.

ensayos, y cuyo estilo característico le haría traición por poco que fuese conocido. No aspira a lauro alguno, conoce la escabrosa senda a que le guía su genio, y sólo espera, dócil y respetuoso, el aprecio y la aprobación de los inteligentes. Ha procurado la novedad en la elección de sus asuntos y en el modo de tratarlos. Para muestra de sus composiciones nos complaciéramos en copiar entera una de sus odas, pero bastará apuntar algunos pasajes selectos. En la que titula «La Independencia de la Poesía», traza en breves estancias la senda que ha de seguir, y marcó muy singularmente su nuevo carácter:

Como una casta ruborosa Virgen
Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su harpa solitaria,
Suelta la voz del canto,

Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan:
Las cumbres vaga en desnudez honesta;
Mas ¡guay de quien la ultraje!

La segunda, «El Oro», ofrece en cortos y valientes rasgos las maldades y los estragos abortados por la codicia:

Pacto infame, sacrílego
Con el Querub precito celebrara
Aquel que a un metal pálido
Primero dió valor inmerecido.
Lanzó del hondo bátrato
El rey con mano avara el don funesto
Y al ver en ansia férvida
Arrojarse el mortal a devorarlo,
¡Ay! sonrióse el pérfido,
¡Feroz sonrisa! y dijo: «El orbe es mío».

A la brillante sublimidad de este primer rasgo corresponden todos los demás. Véase esta feliz alusión, que por desgracia nos toca tan de cerca:

Tú viste ufana el temerario arrojó
De tus hijos ¡oh Hispania!
Tú de sus manos recibiste altiva
La corona de América...
¡Joya fatal! jamás te ornara ¡oh Madre!
Y en extranjeras márgenes
De tu seno arrancados no murieran
Por la flecha del Indio
Y ¡oh dolor! por la espada de Toledo
Tus malogrados jóvenes.

No son menos admirables, por la copia de imágenes y por las transiciones líricas, la de «El Cólera-Morbo asiático» y la dirigida «A un amigo en sus días». Esta última forma un contraste bellísimo entre los muelles sáficos y la enérgica robustez de algunas ideas. Sean estas dos estancias prueba de lo uno y de lo otro:

Cultor humilde del pierio coro,
Tan sólo aquestos, que en mi tosca lira
Ora me inspira, dedicarte puedo
Fáciles metros.

.....
Fué, que Alejandro aquella voz oyera
Do goza Aquiles inmortal reposo,
Y «¡oh venturoso que un amigo hubiste
» Mientras vivías!

La 5.^a, «A Cintio», está llena de verdad y de filosofía sostenidas por el fuego de la imaginación. En la 6.^a, «La Misa nueva», brilla la majestad y la dulzura de la poesía sagrada :

¿Quién se adelanta modesto y tímido
Cubierto en veste fúlgido-cándida
Al tabernáculo mansión terrena
De Adonái?

No es posible seguir las todas. El poeta abraza un círculo infinito, o por mejor decir la región del genio no tiene límites. Cada ciencia le presta su tributo, todas las artes le ofrecen sus encantos, la historia le presenta todas sus riquezas, y lanzándose más allá de los espacios conocidos, el porvenir le deja levantar un poco su velo impenetrable. Los verdaderos poetas son los hombres por excelencia, dice uno de los más bellos genios modernos, porque a ellos solos se concede la mayor elevación e independencia del espíritu... Nos habíamos extraviado. Véase en la oda 8.^a y en la 11.^a una corta prueba de lo que estamos diciendo. En aquella se juegan los principios de la política, en esta se oyen los suspiros del amor. ¡Qué distancia! todo lo abarca el genio. Muchos son los que han tomado de las estaciones bello asunto para sus odas, pero tal vez a ninguno habrá acudido dirigiendo al sol la palabra el exclamar («El Estío»):

¡Divinidad! ¿de esos ardientes rayos
Inspiradores de entusiasmo y vida,
Por qué al poder inmenso
Las festas de los héroes
Lozanas otra vez no resucitan,
Como el fresco botón de la azucena?

Y las que yacen en silencio antiguo
Ciudades de alto nombre entre ruinas,
¿Por qué otra vez sus torres
Y gigantes murallas,
Cual de hojas nuevas pírnaico abeto,
De activa muchedumbre no coronan?

¡Ay! ¡que es el sueño de la muerte el suyo!
Y lo duermen los hijos de la Fama,
Y Babel y Palmira,
Y contigo ¡oh Cartago!
Que el Beduino galopando insulta,
Tu funesta rival también lo duerme.

Para no ser minuciosos bastará indicar, por último, la feliz elección del asunto en la 12.^a, dirigida a Colombo. En ella, digno imitador de Horacio y de León, hace levantar al Océano de las ondas para hablar al héroe más intrépido del mundo. ¡Con qué maestría pone en boca de ese gran Numen la envidia que produciría a las demás naciones esta empresa de gloria, los inmensos beneficios que derramará España a aquellas regiones, y la ingratitud con que un tiempo debían alzarse contra la madre patria! Tales son las principales o más notables bellezas de estos ensayos líricos, que escapan sin duda así a los adustos y mal contentadizos críticos como a los lectores superficiales, pero su voto en esta parte no es de ningún peso. Mas hablando con los verdaderos y sensatos inteligentes y para manifestar la imparcialidad y desinterés con que aventuramos nuestra opinión sobre las producciones de un amigo, prevendremos lo que la delicadeza de la crítica pudiere hacernos notar en esa corta colección. En primer lugar, el joven autor ha prescindido de consonantes, lo cual quizás desagradará a los que buscan en las composiciones líricas esta especie de armonía. No hay duda que el genio queda más libre sin ella, pero también gustamos de ver una dificultad vencida, y no todos se avienen con tanta independencia. Pero sea de esto lo que fuere, nada hay aquí de esencial. Pudiera ser que se objetase en algunos pasajes cierta obscuridad, efecto o de demasía en la profusión de ideas y alusiones, o de transiciones demasiado rápidas, o de poco enlace en otras o de excesivo prurito en seguir todo el vuelo de la imaginación en los raptos líricos. Es muy difícil calificar a punto determinado hasta donde tiene el poeta esta libertad de soltar la rienda a los pensamientos que van produciéndose unos de otros; pero puede decirse que en caso de calificarse de viciosa esta extremada abundancia o soltura, se deja ver que proviene de un exceso de entusiasmo poético, o de un vuelo poco reprimido de fantasía, faltas en todo caso de que no debe avergonzarse el genio en sus primeras tentativas. Quizás no se tolerará cierta libertad de lenguaje, uno que otro modismo poco usado, tal cual supresión de letras o unión de vocablos no conocida. Tampoco decidiremos si esto merece corrección; pero serán apreciables para el autor estas advertencias cuando vengan de quien sepa estimar por otra parte la facundia, la novedad y las bellezas de estas poesías. CINTIO.

XXX. CARTA DE CABANYES A ROCA Y CORNET

«Barcelona, 19 de Mayo de 1833. — Mi estimado Roca: ¿Quiere V. que vaya a turbar la dulce paz de esos campos con la relación de las pasiones desesperadas del hombre? En cinco o seis días ha visto esta ciudad a un joven beber la copa del veneno, y a otro desconocido degollarse sin piedad con una navaja. Mal he empezado esta carta; pero sin volver la hoja paso a más agradables materias. Las lisonjeras expresiones de su artículo de V. descubrieron a la legua a su autor; estoy contentísimo de él, o más bien descontento, porque hubiera querido más censura. Mucho más me ha agradado su lindísima oda a la Ascensión. *Generaciones brotan, agólpanse*, ¡Valiente imagen! ¿por qué me concluye V. la oda con un verso llano, cuando todos, todos son esdrújulos, y sobre todo cuando tan poco le hubiera costado hacerlo igual a los demás? Preciso es que V. lo enmiende a su tiempo. La marcha de la composición es bella. Preguntar si todavía esperan nuevos milagros es original, y naturalmente lleva al poeta a recordar lo que ya ha hecho. La transición del juicio final es hermosa, es horaciana: es de la escuela moderna catalana, ¿y se ríe V.? pues sepa V. que existe esta escuela,

que es reconocida por uno de los padres de la poesía, en fin por nadie menos que Quintana. Ese buen señor, que ha tenido la bondad de contarme de un modo demasíadamente amable, después de haber hablado a Mas de mí en términos muy lisonjeros, le dijo si me conocía, y sobre afirmárselo Mas repuso él, ya me figuraba yo que sería de la moderna escuela catalana. Con que, prosigue Mas, ya ve V. que el Sr. Quintana reconoce en nosotros una escuela. Dígaselo V. a Suarez, a Roca, a D. Félix, etc. Me encarga sobre todo a que incite a V. a dar algo a luz. Yo he hecho ya mi división de sus manuscritos: 1.^a sección: lima; 2.^a sección: mucha corrección; 3.^a sección: consérvense sólo como memorias de los mejores años de la vida. Estas inscripciones medio doctorales, medio impertinentes he puesto yo con sobrada ligereza y osadía, para que V. haga el uso que mejor le parezca. Y todavía añadiré, que así como de la *elegía a la muerte de Amalia* acá debe V. ponerlo todo, de aquella atrás debe V. ser rigurosísimo, implacable con sus versos. Sobre todo, tiene V. sobrados para formar un volumen regular, y al salir por la vez primera en público es preciso sacar las mejores galas. Se habla de fiestas para la jura de la princesa. Me presumo que la musa estrambótica de Y... estará ya en el tocador para ostentarse con su acostumbrada gallardía. Para ocasiones como estas se deben guardar los serventesios, laberintos, y toda la cáfila de exóticos y estraños mamarrachos poéticos que nosotros, pobres diablos, no sabemos hacer. Adiós: mis respetos a Pepita y a la señora mamá. De V. siempre apasionado, CABANYES.»

XXXI. PARTIDAS DE DEFUNCIÓN DEL POETA

«En lo dia setse de Agost de mil vuit cents trenta y tres en la Parroquia de Santa Maria de la Geltrú, Bisbat de Barcelona mori el Dr. D. Manuel de edat vint y cinch anys, fadrí, fill de D. Llorens de Cabañas y de Catarina Ballester, conjs. Rebé tots los S. S. Sagraments, no feu testament y en lo dia següent en lo Portal del Plana de la present Vila per mi lo infrascrit fou entregat lo cadaver del dit Sr. al Rnd. Vicari de Vilanova (después de haverli cantat la acostumada absolta) per esser portat a Vilanova. Ita est Sever Perarnau, Vicari. Drets y acompanyament 4 ₧ 2 ¢ 6 d. — Solvit la Mare del difunt.»

«Dia setse de Agost del any mil vuit cents trenta tres: en la Parroquia de Santa Maria de la Geltrú, Bisbat de Barcelona mori Dn. Manuel Cabanyes de edat vint y sis anys, fill del Sr. D. Llorens de Cabanyes y de D.^a Catarina Ballester havent rebut tots els Sagraments. Y lo dia següent immediat fou enterrat son cadaver.»

(*Archivo parroquial de Santa María de la Geltrú.*)

XXXII. CERTIFICACIÓN DEL SEPELIO DEL POETA

«Als divuit de Agost del añ mil vuit cents trenta tres: en lo fossar dela Iglesia Parral. de St. Cristofol de la Granada, Bisbat de Barcelona se doná sepultura eclesiastica al cadaver de D. Manuel Cabañas, natural de Vilanova Fill de D. Llorens y de D.^a Catharina de Carro, conjs. mori lo dia antes de malaltia de edat 22 años. Bernat Serrat. Ror.»

(*Archivo parroquial de La Granada.*)

XXXIII. CARTA DE D. JOSÉ ANTONIO DE CABANYES, ANUNCIANDO A ROCA Y CORNET LA MUERTE DEL POETA

«Sr. D. Joaquín Roca y Cornet. — Muy señor mío y de mi mayor aprecio, la viva amistad que unía a V. y mi hermano Manuel, y el particular afecto que sé que éste le profesaba, me obligan a anunciar a V. la triste noticia de la muerte de este malogrado joven. — Atacado de una enfermedad que generalmente dura años, se desplegó en él con un carácter tan agudo, que lo arrebató en menos de dos meses. El sufrió con la mayor resignación su desdicha, sin mostrar jamás la menor impaciencia ni a lo agudo del mal ni al fastidio y dolor de los remedios; y recibió por fin con ánimo tranquilo y sumiso los consuelos de la Religión. — Nadie mejor que V. mi apreciable señor, que conocía a fondo a mi infeliz hermano, podrá figurarse el desconsuelo en que nos ha dejado a toda la familia una tan inesperada e irreparable pérdida, y no dudo que V. tomará la más viva parte en nuestra desdicha. — No puedo menos de decir a V. que durante el delirio que precedió la muerte de mi pobre hermano le vimos a menudo pronunciar el nombre de V. — Aprovecho esta ocasión para ofrecerme a la disposición de V. y de su familia y asegurarle que si ha perdido V. un amigo, hallará V. siempre en su hermano sino otro tal, a lo menos un seguro y afectuoso serdor, Q. B. S. M., JOSÉ ANTONIO DE CABANYES. — Villanueva, 29 de Agosto de 1833.» (*Archivo Cabanyes.*)

XXXIV. CARTA DE D. JUAN ANTONIO SUÁREZ A D. JOSÉ ANTONIO DE CABANYES DÁNDOLE EL PÉSAME POR LA MUERTE DEL POETA

«Barcelona, 7 septiembre 1833. — Sr. D. José M.^a Cabanyes. — Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Sabía ya la desgraciada suerte de mi querido Manuel, y su prematuro fin había costado ya dolorosos suspiros a mi corazón, cuando recibí su favorecida del 29 del pasado. Inesperada desgracia, que nos ha sumergido a todos en el más profundo dolor. Deudos y amigos debemos pagar tan sensible tributo a su memoria, a sus prendas, a sus talentos. No puedo proseguir sin enjugar las lágrimas que acuden a mis ojos, de tropel nacidas de la más sincera ternura, por un joven que me interesaba a par de un hijo; añadiendo que no pocas veces me acometen mil infaustos escrúpulos de haber cooperado a su destrucción con mis malhadados consejos para promover su aplicación y su gusto por las lenguas y por la literatura. Pero quién se atreve a levantar el misterioso limbo del velo que oculta los decretos de la providencia? Lloremos: sintamos la comun desgracia; que nuestros suspiros, nuestros recuerdos, nuestras lágrimas son tal vez lisonjero incienso, deleitoso bálsamo a los manes del justo. Este es el consuelo que puedo ofrecer a la desolada familia de mi caro amigo, pues admitir o suministrar la idea del olvido de la persona a quien hemos amado, será siempre el ingrato egoísmo del insensible vulgo que se afana en huir de un dolor tan justo y santo porque se reconoce incapaz de saberlo sobrellevar con templada y filosófica resignación. Entre los papeles de Manuel deben existir varias composiciones tuyas: si Vdes. quieren fiarlas a mi eficacia, me emplearé en ordenarlas, y si es necesario en retocarlas para dar una reimpresión de sus *Preludios* aumentados con sus obras póstumas y alguna pinclada biográfica. Al mismo tiempo debo advertir a Vdes. que la sociedad literaria de que hago parte debía algunos reales a Manuel: avisaré a V. de la cantidad, y la entregaré a la persona que me indique, luego que

yo la retire de los socios. Entretanto y ofreciendo de mi parte los más sinceros consuelos a su señora madre y hermanita, me lisonjeo, tanto de su amabilidad, como por las protestas con que V. se ha dignado honrarme en su favorecida, que me contará V. entre el número de sus mayores amigos, confesándome su más afectísimo, q. b. s. m., JN. ANT. SUÁREZ.»

(Archivo Cabanyes.)

INDICE

	Pág.
Censura	4
Dedicatoria	5

NOTAS BIOGRÁFICAS

Nota preliminar: Los retratos de Cabanyes	8
--	---

POESÍAS

Preludios de mi lira: Advertencia... ..	57
I La Independencia de la Poesía	59
II El Oro	62
III El Cólera-Morbo asiático	65
IV A un amigo en sus días... ..	68
V A Cintio... ..	71
VI La Misa Nueva	75
VII A mi estrella	79
VIII A Marcio.	82
IX El Estío... ..	86
X Mi navegación	90
XI A	93
XII Colombo	96
Cántico nupcial	103
Canción	107
Canción del esclavo	108
A la Luna	109
Oda improvisada: A D. Juan Corminas	112
A ***	115
A D. Pablo Alcover	117
A D. ^a María Josefa Amalia	122
Epístola 1. ^a	126
Epístola 2. ^a	129

NOTAS

	Pág.
Notas de Cabanyes a los «Preludios» :	
... son sus versos cual su espíritu libres	135
El Cólera-Morbo asiático... ..	135
Bien fuiste tú entonces, oh Burgos, testigo	136
Ignoble raza de envidiosos pueblos	136
Notas de esta edición :	
Oda improvisada : A. D. Juan Corminas	137
A Doña Josefa Amalia... ..	137

APÉNDICE DE DOCUMENTOS

I	Partida de Bautismo del poeta	143
II	Partida de Confirmación	143
III	Carta del R. D. José Morera a la madre del poeta	143
IV	Carta del R. D. José Morera	143
V	Carta-cuenta de mano del poeta, por encargo de su madre, a D. Domingo Creus	144
VI	Carta-cuenta por el poeta, por encargo de su madre... ..	144
VII	Carta-cuenta por el poeta a D. Juan Creus, por encargo de su madre	144
VIII	Memorial de D. Ramón Martí y Eixalá solicitando, en nombre del poeta, una certificación de estudios en la Universidad de Cervera	144
IX	Poesía que dedicó el poeta Alcover a Cabanyes cuando éste estudiaba en la Universidad de Huesca	145
X	Carta de Cabanyes a su amigo D. Joaquín Roca y Cornet	146
XI	Carta-contestación de Roca y Cornet.	147
XII	Carta de Cabanyes a Roca y Cornet	148
XIII	Carta de Cabanyes a R. y C.	149
XIV	Acta de admisión de Cabanyes al grado de Licenciado en Leyes en la Universidad de Zaragoza	149
XV	Toma de puntos por Cabanyes para el acto de repetición pública para el grado en la Universidad de Zaragoza	150
XVI	Anuncio del acto público para el grado	150
XVII	Acta de los ejercicios públicos del grado... ..	150
XVIII	Acta de aprobación de los ejercicios, juramento, publicación y posesión del grado	151
XIX	Carta de Cabanyes a su amigo Roca y Cornet	152
XX	Carta de Roca y Cornet a Cabanyes	152
XXI	Carta de Cabanyes a Roca y Cornet	154

XXII	Carta de Cabanyes a Roca y Cornet	154
XXIII	Carta de Roca y Cornet a Cabanyes	155
XXIV	Carta de Cabanyes a su amigo Roca y Cornet	155
XXV	Carta de Cabanyes a su amigo Roca y Cornet	156
XXVI	Carta de Sinibaldo de Mas a su amigo Roca y Cornet	157
XXVII	Billete de Cabanyes a su amigo Roca	157
XXVIII	Carta de Cabanyes a su hermano José Antonio	157
XXIX	Artículo sobre los «Preludios» publicado por D. Joaquín Roca y Cornet en el <i>Diario de Barcelona</i> de 13 de mayo de 1833	158
XXX	Carta de Cabanyes a Roca y Cornet	161
XXXI	Partidas de defunción del poeta	162
XXXII	Certificación del sepelio del poeta	162
XXXIII	Carta de D. José Antonio de Cabanyes, anunciando a Roca y Cornet la muerte del poeta	163
XXXIV	Carta de D. Juan Antonio Suárez a D. José Antonio de Cabanyes, dándole el pésame por la muerte del poeta	163

SUPLEMENTOS APARTE

Retrato al pastel, por Sinibaldo de Mas, y autógrafo, frente a la portada.
Retrato al lápiz, anónimo frente a la página 56



Se acabó de imprimir este libro
por Oliva de Vilanova, Impresor, de Barcelona
en primero de diciembre de
MCMXXVII

